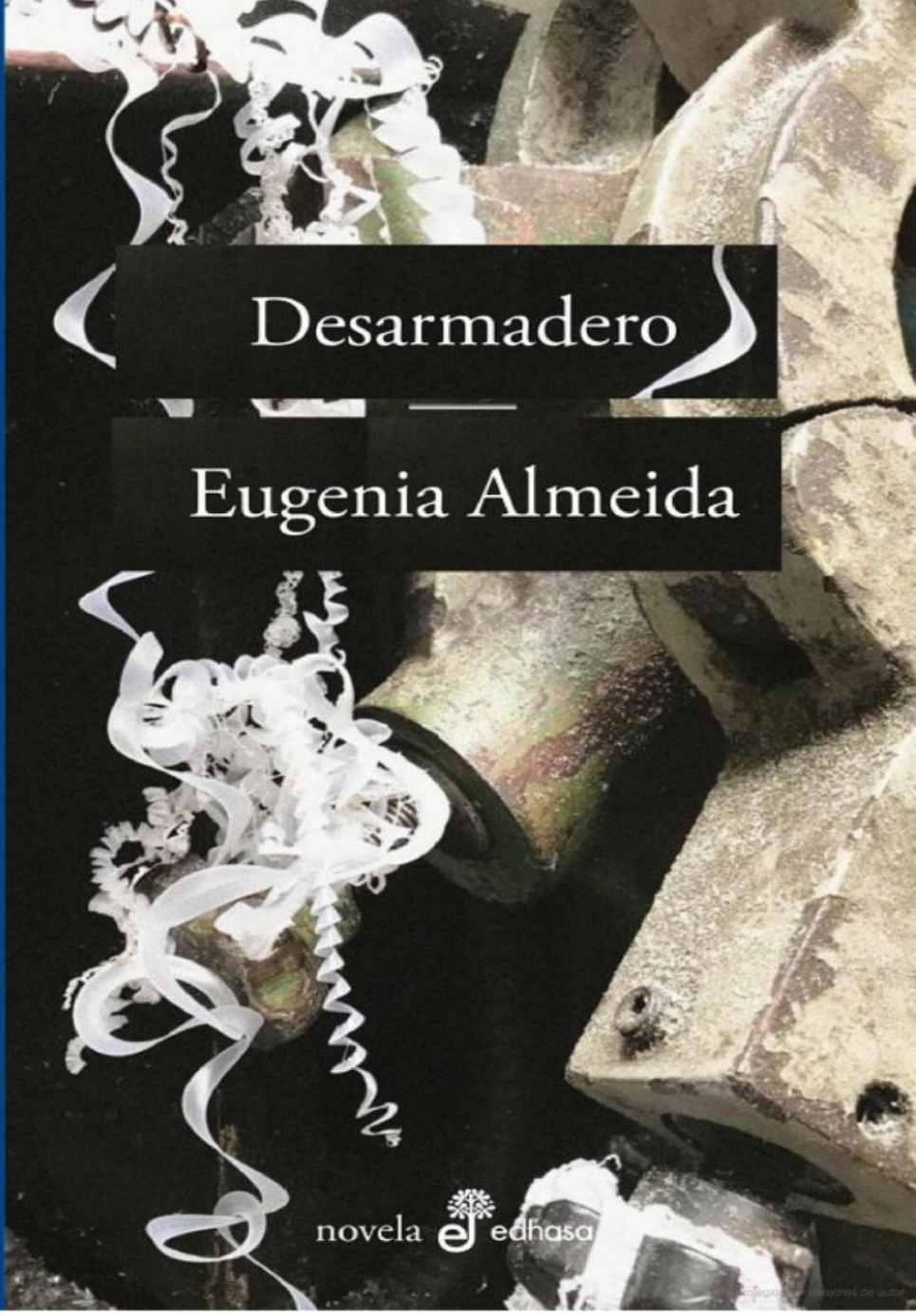
Desarmadero
Eugenia Almeida
novela
edhasa

Table of Contents

Cover Page

Cubierta

Portada

Sobre este libro

Créditos

Índice

Epígrafe

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

Sobre la autora

Eugenia Almeida

DESARMADERO

Durruti es una figura temida y respetada del bajo fondo. Su negocio son los autos robados, desarmarlos y vender sus partes, y otras actividades afines, propias de su ámbito. Pero sobre todo su negocio es el orden: que nadie haga lo que él no aprueba, que la policía y el poder político, con quienes tiene un pacto de hierro, no se vean obligados a sobre actuar y romper la armonía delictiva por acciones fuera del guion. No es fácil mantener a todos alineados. Alcanzaría una chispa en el lugar y en el momento equivocados para hacer tambalear ese equilibrio.

La chispa se produce; esa alteración, lentamente, precipita otras; cada una mayor que la anterior. Los soldaditos más jóvenes murmuran y dejan de ser obedientes; el barrio se altera; los arrebatos y la improvisación se imponen. La espiral de violencia crece y los va cercando a todos. La sospecha reemplaza al secreto y al respeto; un orden se tambalea a la espera de que llegue uno nuevo, y esto no es necesariamente una buena noticia.

En Desarmadero, Eugenia Almeida aprovecha los códigos de la serie negra para construir una ficción donde la corrupción y el delito alcanzan a todas las capas de la sociedad. Con una escritura seca y un extraordinario dominio del registro oral, cuenta una gran historia a partir de pequeños sucesos que producen incontrolables consecuencias. Su trama podría desarrollarse en cualquier ciudad argentina, sus personajes tratan de salir airosos del abismo que se abre ante ellos. Solo unos pocos lo logran.

Almeida, Eugenia

Desarmadero / Eugenia Almeida. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2022.

Libro digital, EPUB

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD 863

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: abril de 2022

Edición en formato digital: abril de 2022

© Eugenia Almeida, 2022

By arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

© de la imagen de cubierta Daniela Teggi

© de la presente edición Edhasa, 2022

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

https://www.facebook.com/SeaOfLetters

Grupo de Telegram

Grupo de WhatsApp

Y página de Facebook

Sea Of Letters

Índice

Cubierta

Portada

Sobre este libro

Créditos

Epígrafe

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

Sobre la autora

Todavía no sabemos

qué forma del abismo es nuestra forma.

Roberto Juarroz

1

–Se hicieron los gallitos. Se largaron solos. Como si fueran dueños. Decime. Decime qué tenía que hacer. Dos pelotudos que se ponen en pedo y se les ocurre salir a chorear. Así, de la nada. Y encima van de caño. Y matan. ¿Qué querías que hiciera? Pensé que era lo mejor. No había que dejarlos correr. Se iban a prender otros. Te estaban desafiando. Yo te protegí.

Durruti enciende un cigarrillo.

–Vos me estabas protegiendo a mí.

–Decime que entendés.

–Yo no te pedí que hicieras nada.

–Ya sé. Pero pensé que había que apretarlos. Para que quede claro.

–Es que no los apretaste, Noriega. Les metiste cuatro tiros. Adentro de su casa. Y me armaste tremendo quilombo.

–Si no los castigábamos era lo mismo que decir que cada uno puede hacer lo que se le canta.

–Parece que hay más de uno que piensa eso.

–Había que hacer algo.

–Eso lo decido yo. ¿Desde cuándo decidís vos? ¿Eh?

–No estabas.

–Justamente.

–Sabés que fue con buena intención.

–Si no supiera eso habría partes tuyas por todo el barrio. Ahora explicame cómo arreglo esto.

–Ya está. Va a estar todo quieto.

–Ningún quieto. Llamaste la atención.

–Pero lo cerré. Los pibes están muertos.

–¿Y qué creés que va a hacer la cana con eso?

–No sé. Hablá con ellos.

–¿Yo los tengo que hablar? ¿Y les digo qué? ¿Que tengo a cargo un pelotudo que mata a dos tipos y los deja en una casa a tres cuadras del desarmadero?

–No, bueno, pero vos podés arreglar.

–Noriega: esto funciona mientras sea callado. Me extraña que todavía no lo sepas. Ahora está todo el mundo culo al norte por tu chiste.

–Ya se va a calmar.

–Así por magia, no.

–Esperemos un poco.

–No te das una idea lo que me revienta que hablés en plural.

–Durruti.

El hombre de camisa levanta una mano abierta y pone la palma frente a los ojos del otro.

–Dale, genio. Decime cómo arreglamos. ¿Cómo era? ¿Pusiste orden para que todos supieran que nadie tiene que meterse con lo nuestro? Decí.

–Pensé que...

–No, no, no. Ahora pensá. ¿Qué tengo que hacer con vos? ¿Qué

mensaje le tengo que dar a los otros? ¿Que me puentean y yo no hago nada?

–¡Yo no te puentié!

El otro empieza a retroceder temiendo que el movimiento que Durruti hace para espantar una mosca termine en el gesto de empuñar un arma.

–Decime. Qué hago.

–Pará, hablemos.

–Yo tendría que ir a tu casa y matarte toda la cría.

Noriega calcula el espacio, el tiempo. Mide si es capaz de correr y llegar a la calle antes de que una bala lo alcance.

–Pero sabés qué. Para hacer negocios hay que aprender a contenerse. Sólo por eso me voy a aguantar. Te vas a ir. Ahora. No vas a pasar por tu casa. Te vas a ir y no te quiero ver nunca más en la vida. Nunca. Yo te aconsejo que salgás del país. Si te quedás adentro, bien lejos. Y cuidate mucho de no volver a cruzarte conmigo. Las ganas de meterte un tiro las voy a tener siempre a mano. Te vas. Ninguna señal. Ni mail, ni correo, ni teléfono, nada. Desaparecés. Los dos pelotudos que se largan a robar sin hablar con nadie. Y que van y boletean gente. Y después vos, que me sumás dos muertos más. Me tengo que quedar frizado no sé cuánto tiempo. Que te quede claro que si no te mato ahora es sólo por eso. Por aquietar la cosa. Andate.

Durruti lo ve correr, tropezar, reacomodarse en el aire y seguir corriendo.

Al fondo del desarmadero está su hermano menor, meta charla con ese pendejo que trajo de la calle. Hay un pensamiento que está a punto de tomar forma pero antes, justo antes, el mayor hace un movimiento con la cabeza y se dice no, si tiene todas las minas que quiere.

2

Lo vienen a buscar para decirle que los que levantan están nerviosos. Que nadie entiende lo que pasó con los chicos Funes, que andan con miedo. Viene el Laucha, con ese chusmerío de barrio, todo el mundo de punta porque nadie sabe bien qué.

–Habría que decirles algo.

–No, si hoy todo el mundo me quiere explicar cómo tengo que hacer las cosas.

El Laucha prende un cigarrillo y espera. Sabe que eso es el núcleo de su trabajo. Esperar.

Durruti arranca el último sorbo al mate y se levanta de la silla. Se asoma al patio inmenso, repleto de autos desarmados. Resopla. El Nene sigue con ese chico, sentado en la pila de ladrillos.

–Hay que quedarse en el mazo un tiempo.

El Laucha asiente mientras busca qué es lo que el otro mira en el patio.

–¿Tu sobrino sigue yendo a la canchita?

–Sí.

–Decile que la cana está caliente porque les cortaron los fondos y que salieron de fierro para descargar tensiones.

–Se va a complicar peor. Van a querer bajar alguno.

–Decís que yo digo que no. Que si alguien hace algo que yo no ordené se va a tener que ir a vivir a otra provincia.

–¿No es mejor que digamos que fuimos nosotros?

–¡Es que no fuimos nosotros, Laucha! ¡Noriega no es nosotros!

–Ya sé. Pero, digo, para meter miedo.

Durruti saca los ojos del patio y los pone sobre el hombre sentado en su oficina. Lo mira. No dice nada. Va hasta la puerta, la abre, pone a un costado su cuerpo.

Esa noche, en la canchita de tierra, siete u ocho chicos flacos fuman y toman cerveza en la oscuridad. Uno de ellos ya ha dicho que lo mejor es quedarse quietos, que nadie haga boludeces, que parece que Durruti se puso loco con lo que pasó, que la cana anda boleteando y que se va a armar quilombo. Que no llamen la atención.

Los otros oyen y cabecean en silencio. Saben que los Funes hicieron lo que no debían, saben que la cana te mata por nada, saben que Durruti es muy pesado, saben que por ahora es mejor dejar de decir ese nombre. Reparten los paquetitos. Los guardan en los bolsillos del pantalón, en la campera, en las zapatillas. Cuando pasa la medianoche cada uno se va a cubrir su zona. El sobrino del Laucha cruza el descampado.

De mañana, al llegar a la casa, la madre sentada en el living, dos paquetitos sobre la mesa, el instante inmóvil y la mujer diciendo:

–Te pegás una ducha. Está viniendo tu tío para hablar con vos.

3

–Sos un boludo a cuerda. ¿A vos te parece que tenga que perder la mañana para venir a hablar con vos? ¿Qué te dije ayer? ¿Y estás con la mierda esta?

La mano tira los paquetitos al piso.

–¿Y qué querés que haga?

–¿No te dije que buscaras trabajo en el súper?

–No me jodas. En el súper.

–¿No te das cuenta que si te agarran con esto me joden a mí?

–¡Qué tiene que ver!

–Que te agarran a vos, miran la familia y ahí se ponen a mirarme a mí.

–¿Y?

–¡Como Y!

–Trabajás con Durruti.

– Justamente.

–Y bueno. Te arregla todo con la policía.

–No es así.

–Si a él parece que le importa más la cana que los del barrio.

El sopapo llega de golpe, en plena cara, le dobla el cuello.

–Nunca digás eso de nuevo.

El chico se agarra la boca, baja la cabeza. La voz viene mordida.

–Es verdad. La cana mató a los Funes y él no hizo nada.

El Laucha arrastra la silla hasta quedar pegado a su sobrino.

–Los Funes fueron flor de pelotudos en ir a robar un auto y dejar dos muertos.

–La cana también dejó dos muertos. Y Durruti no hizo nada.

–Parece que tuvieras ocho años. Si no acordás con la cana no se puede trabajar.

–Los dejaron tirados, como si fueran basura. A que se pudran.

El Laucha sabe que eso va a enojar a Durruti. Un cálculo rápido de riesgo y beneficio: hacer algo que, si sale mal, le va a costar un castigo. Pero si sale bien es un triunfo.

–No fue la cana.

El chico levanta la cabeza.

–Fue Noriega.

–¿Por qué?

–Porque es un pelotudo. Porque quiso poner orden.

–¿Por su cuenta?

–Sí. Ahora Durruti tiene cuatro muertos que acomodar. ¿Entendés?

–¿Y por qué me dijiste que los había matado la cana? Yo les dije eso a los chicos.

–Por eso. Porque sabía que lo ibas a ir a contar enseguida.

–Pero Durruti queda como un cagón.

Otro golpe en la cara.

–Por lo pelotudo se ve que saliste a tu viejo. No vuelvas a decir eso. Te vas a ir al súper ahora mismo. Vas a hablar con Cipriano y le vas a decir que querés empezar hoy. La mierda esa no la tocás más. Ni para vender ni para tomar. Y a la canchita no volvés. ¿Me entendiste?

El chico mira el suelo.

–Tu mamá no está para quilombos.

4

–Tuve que decirle a mi sobrino que no fue la cana. Era lo mejor que podía hacer. Vos no estás con los pibitos, no sabés cómo piensan.

–¿Y yo tengo que explicarles lo que hago?

–No te das cuenta que ahí la cosa es frágil. Que son muy boludos y están todo el día dados vuelta. Esos son los que pueden abrir el pico.

–No me puedo estar preocupando por unos pendejos.

–Por eso. Dejame a mí. Le dije que había sido Noriega. Lo va a ir a contar enseguida. Es mejor así.

–¿Que crean que alguien me puenteó y tuvo tiempo de irse?

–Nadie sabe que hablaste con él. Y no va a volver. Dejá que yo lo arreglo.

A las tres de la mañana, en la esquina de la plaza, una mujer se asoma a la ventana para ver qué es lo que ilumina la noche. De la casa de Noriega salen llamas de dos metros. El humo tapa el cielo del barrio.

Los de la canchita van a ir diciendo aquí y allá que Noriega quiso puentear a Durruti, que no digan cómo lo supieron, que no pregunten nunca nada.

Ahora todos saben que lo de los Funes fue un error. Como si cada uno pudiera hacer lo que quiere. Salir de fierro, pasarse de rosca y cuando la cosa se pone fea, bala y listo: dos muertos.

Los autos no se tocan. Eso dicen los viejos. Las viejas. Los autos no se tocan porque de eso se ocupa Durruti. Y cada vez que uno de los más jóvenes pone eso en cuestión, sopapo. Grito. Mano en alto.

Insulto. Que les quede bien claro.

Bueno. Ahora el mensaje está a la vista.

Si uno cruza esa esquina ve las piedras negras y duras que hasta ayer eran la casa de Noriega. Acá nadie toma decisiones por su cuenta. Eso es lo que más cuesta hacerles entender a los pendejos. Que todo tiene una jerarquía. Y aunque crean no estar incluidos, son parte. Podés no ensuciarte nunca con esas cosas y nadie te va a decir nada. Pero no entender que el que manda con los autos es Durruti, no. Antes o después vas a hacer algo, algo que quizás parezca inocente. Y ese algo va a traer desgracia.

5

El Laucha llega cuando ya se ha enfriado el mate.

–¿Y?

–Ya avisé. Nada de venta hasta que la cosa pase.

–Bien.

–A los Otero les dejé un poco de plata para que aguanten hasta que arranquemos de nuevo.

Se queda mirando por la ventana. El Nene acomoda unas chapas en el galpón que está al fondo.

–¿Algo más?

–Fui a ver a los Acosta también. Aunque estén fuera nunca está de más asegurarse.

–No, los Acosta no me preocupan.

–Ya sé. Pero como andan solos pensé que era mejor avisarles.

–¿Qué están haciendo?

–Casas vacías.

–¿Sigue con el berretín de las cerraduras el viejo?

–Sigue.

El Laucha saca de un bolso tabaco y papel de armar. Despeja un rincón de la mesa.

–Dale.

–Qué.

–Decimeló. Que estás ahí meta dar vuelta.

Hay una media sonrisa.

–Fui a hablar con el Buche.

–¿Y?

–No sé. Me puso nervioso. Me preguntó cuánto le pasabas a Lanbro para que te dé tamaña cobertura.

–Ese tiene un pico...

–Por eso le pagamos.

–¿Qué le dijiste?

–Nada. Qué sé yo.

–¿Sabés que es raro que Lanbro esté quieto? Está muy al filo. No se puede quedar en el mazo con cuatro muertos.

–Si llegó a jefe de policía boludo no es.

–Pero algo tiene que hacer.

Por la calle pasa un rastrojero con su ronquido viejo.

–Yo también me quedé pensando. ¿Cuánto le pagás?

Durruti se da vuelta y mira al Laucha como si no supiera que estaba ahí.

Hay un rato largo de silencio, cortado por el ruido de chapas que llega desde afuera.

6

En el noticiero informan sobre un megaoperativo antidrogas. El presentador destaca el hecho de que –si bien el procedimiento fue llevado a cabo por fuerzas federales– el origen de la investigación se dio gracias a un arduo trabajo de inteligencia de la Central de Policía de la provincia. De esta manera –dice la voz monocorde– el comisario general Lanbro vuelve a demostrar algunas de las razones por las que obtuvo su cargo: la buena conducción de los equipos y la clara convicción de la necesidad de trabajar en colaboración con otras fuerzas de seguridad.

–¿A este no le estarán pagando demasiado? –dice el Nene riéndose.

–Lanbro debe estar llorando por toda la merca que tuvo que sacar del depósito para armar ese circo.

Oscurece. El más chico trajina en la cocina mientras Durruti se deja estar frente a la pantalla. Ya ni saben cuándo ese ritmo empezó a volverse rutina. Hace años. El más grande, padre y madre de uno que quedó roto. Atento a ese que se volvió adolescente y después hombre. Por fin la tranquilidad de verlo crecido y entero. El más chico, extrañamente alegre cuando debería ser taciturno.

–¿En qué andás con el chico ese?

–¿Pichón?

–Ese.

–Le voy a buscar trabajo.

–No me lo metás acá.

–No, pensaba hablar con Sosa, no te preocupés.

–Ahora nada raro, ¿eh?

–Ya sé, ya sé. Igual, a lo de Sosa tengo que ir.

–Andá. Pero estate atento. No llamés la atención.

–Por eso. Si dejo de ir es peor.

Desde la cocina llegan los ruidos del agua cayendo en la olla, un fósforo, el fuego que tiembla en la hornalla, la puerta de la heladera que respira al cerrarse.

–Es bueno el pibe.

–Tené cuidado vos con ese coleccionar pibes buenos.

–Después me vas a agradecer.

–No sé. No me gusta que lo traigas acá.

–¿Y qué vamos a hacer? ¿Trabajar toda la vida con esos viejos chotos?

–Esos viejos chotos te dan de comer.

–Ya sabés qué quiero decir. Necesitamos gente confiable.

–Y la vas a elegir vos...

–Mis amigos nunca te jodieron. Nunca tuvimos problema por eso.

–Ese es el tema. No se trata de los amigos. Amigos buscate todos los que quieras. Salí a bailar, salí de farra, hacé lo que se te cante. Esto es trabajo.

–Si vos no tenés amigos yo no tengo la culpa.

Durruti se ríe.

Una brecha, una fisura.

–Sos un pendejo atrevido.

–De verdad, te digo. El pibe es bueno. Dejame que lo tenga un tiempo en lo de Sosa. Sin abrirle nada. Que trabaje ahí, nada más. Un año. Y vemos. Lo vas conociendo y vemos.

–¿De dónde lo sacaste?

–Se estaba muriendo de hambre.

–¿Y nosotros qué somos? ¿Teresa de Calcuta?

Tenedores, cuchillos, una botella, una mesa de madera sin mantel. El más chico pone la mesa. La tapa de la olla golpea replicando el hervor.

–Está bien. Llevalo. Decile a Sosa que lo ponga a hacer un poco de todo. Pero que no está habilitado a saber nada. Que le quede claro eso.

–Yo me ocupo.

–Es muy delicado esto, Nene. Vos te encariñás enseguida con la gente. Eso nos va a terminar metiendo en un quilombo.

El más chico se ríe.

–Claro, de todo lo que pasa acá, el quilombo lo voy a traer yo, por encariñarme con la gente.

La comida se sirve. El más grande deja el sillón para sentarse a la mesa.

–Lo chequeaste bien antes, ¿no?

–Sí. Sí. Sí.

–Tampoco seas tan susceptible.

–Vos andás cerca de gente como el Buche y me venís a pedir garantías.

–Al Buche lo necesito.

–También informa para el otro lado.

–Esas cosas son así.

–Y más riesgosas que llevar a Pichón a trabajar con Sosa.

–No, Nene. El Buche me trae data. No es mi amigo. Eso es lo que vos no ves. Si las cosas se dan vuelta hay que limpiar todo. ¿Cómo mierda hacés para limpiar a un amigo?

La conversación se interrumpe porque ninguno de los dos está dispuesto a asomarse a ese abismo.

Pero habrá vasos donde cae el vino y pan recorriendo los platos, la cajita de metal donde guardan el tabaco, un estallido de fuego y una columna de humo que va hasta el techo. Y ya parecerá olvidado ese comentario, ya se habrá diluido cuando el hermano mayor le diga al más chico:

–Por qué no lo mirás un poco al sobrino del Laucha. Fijate qué hace.

–¿Con la bandita?

–Sí. Miralo. Ese me da mala espina.

–Si me meto ahí se va a notar, ¿eh? Se va a saber.

–Qué.

–Que me mandás vos.

–A mirar te digo nomás.

–Nadie va a mirar ahí. O comprás o vendés. Dejalos, si nosotros estamos bien.

–Pasa que si siguen con eso, la cana tiene que intervenir.

–Están todos arreglados, no te preocupés.

–Son arreglos chicos. Se rompen apenas cambia el viento.

–Si querés veo. Pero me parece mejor ni acercarse.

–Ta. Lo pienso un poco más y te digo.

7

Pichón se tira en la cama, los pies colgando en el aire, el cuerpo demasiado largo para ese cajón de manzana que ni sabe de dónde salió.

Pero ahora no importa nada.

El Nene le ha dicho que van a ir a ver a un amigo suyo, que va a trabajar ahí.

Todo lo otro no importa.

Afuera se oyen tiros. Al fondo del barrio, una corrida. Antes se hubiera asomado, hubiera ido a ver qué pasa, quién disparó la bala, quién la recibió, de dónde venía la bronca.

Ahora no importa. Ya está afuera. Vive acá, sí. Pero ya está afuera.

Mañana va a ver al Nene, va a poder demostrarle. Ser el más confiable, el más cercano. Tiene paciencia Pichón. Por todos los años de impaciencia, de ansiedad, de correr como loco, ahora puede sentir que esa puerta se abre. Que dentro de poco el Nene lo va a abrazar y va a decir delante de todos este es Pichón y todos van a saber.

Por la ventana entra el rebote azul de un patrullero. La puerta de un auto que se cierra, alguien que habla a los gritos, la luz desaparece cuando los policías se meten en una casa donde suena música. Risas varias horas, disparos al aire sobre la madrugada, más risas y antes del amanecer el patrullero que se va, turno terminado, merca suficiente, los bolsillos del uniforme hinchados por la cantidad de billetes que han recaudado.

8

Toda la noche tratando de dormir en ese infierno. Y cada vez que aparece el infierno, llega lo turbio. Las preguntas, los enojos, la imposibilidad de perdonar.

Rita se levanta. Luz turbia. El agua en el jarro, turbia. El cielo turbio. La desesperación de no poder sacarse eso de encima. Qué le importa a ella qué piensa su hermana.

Como que fuera qué. Como si tuviera autoridad, ella. Mejor ser sirvienta, parece. Eso es digno. Trapear como una esclava, tener que limpiar a esos viejos. No, pero ella, como si fuera dueña. Geriátrico de mierda. Dandosé aires, haciendosé la importante: sirvienta.

Toda la vida diciendo qué sí y qué no. Tendría que ir a tirarle un bollo de plata en la cara. Les estás mintiendo. Qué hija de puta. Siempre arruinando las cosas. Para venir a juzgar, la primera.

Qué sabrá.

¿Tirar las cartas es mentir? ¿Leer las manos es mentir?

Esas cosas que te inventás, dijo.

Como si ella no inventara, que nunca le ha dicho a la Negrita quién es el padre. Y bien que se hace la tonta. Cómo si no supieran todos de qué trabaja la chica. Departamento en el centro. Por favor. Hay un solo caminito que te lleva al centro cuando sos joven. Secretaria. Sí, claro. Pero ella, tonta. Reina de las tontas. Hace esa sonrisa de estúpida y dice consiguió un trabajo y alquiló un departamentito en el centro. Consiguió un trabajo. Por favor. Se le desvió la cría. Pero la señora perfecta, a eso no lo ve. Lo único que ve es lo que hago yo. Qué mierda le importará. Yo no tengo jefe, sirvienta. Yo hago lo que quiero.

Y ya no puede sacarse eso de encima. Ya empieza el nudo. Como si esa pelea, seis años atrás, hubiera sido ayer, anoche, hace unos minutos.

El agua de la pava se enfría, por la ventana lo ve pasar al chico de la vuelta. Allá lejos ve la silueta de su hermana saliendo del barrio.

Cierra la cortina. Esperar media hora. Un poco más. Hasta que llegue caminando a la ruta. Hasta que venga el colectivo y se la lleve. Recién después, salir. Cuando ya se haya ido.

Todo el día eso sigue mordiendo, hace mella, horada. Si le preguntara. Si su hermana quisiera escuchar en vez de andar siempre juzgando. Si por una vez quisiera escuchar. Que se acuerde, si no, cuando la madre decía que ella tenía instinto. Eso: instinto. Se da cuenta; en cuanto ve la gente, entiende. Qué importa que les diga que lo lee en la mano. Si lo que dice es verdad. Pero no. Qué va a escuchar.

Flaquea a veces. Como hoy, arriba del colectivo, moviéndose al vaivén de las calles, los ojos en la ventanilla, la idea silenciosa de que si ella pudiera explicarle quizás su hermana entendería. Y apenas empieza a pensarlo se suelta eso por dentro. ¡Qué entendería! Nunca entendería.

Y volver a dejar reposar esa furia. Y otra vez la idea insistiendo. Ella le diría que si uno se fija bien el cuerpo de la gente dice cosas. Que si uno presta atención, si uno deja de ser el centro por un minuto, los cuerpos hablan. Y que ella escucha. Y sabe traducir. Y le dice a la gente lo que ve. Y que eso es un don. Igual que si leyera las manos. Que ella también hace un trabajo importante. Les dice en voz alta lo que necesitan oír. Lo que vos te imaginás, le diría su hermana. ¿Y si cada vez descubro que lo que me imaginé es cierto?, preguntaría ella.

Eso sería lo más cercano a la verdad: me imagino cosas que después resultan ciertas. Pero no hay que usar esa palabra. Imaginar. Tendría que decirlo de otra forma.

El colectivo frena de golpe. Rita se da cuenta de que ha estado buscando caminos para acercarse a su hermana. Una distracción, una inclinación que no puede permitirse. Debería vigilar más lo que piensa. Ella no tiene que explicar nada, qué mierda le tiene que explicar, siempre obligada a rendir cuentas a esa sirvienta.

Baja en la esquina de la plaza, cruza la calle y entra al primer bar. Ya desde la puerta sabe quién sí y quién no. Se acerca a un hombre que tiene los ojos puestos en su pocillo de café.

–¿La suerte, señor? –dice estirando la mano izquierda.

9

A media mañana el Nene le hace una seña y suben al auto. Pichón juega con la correa del bolso entre los dedos.

Le habla de la canchita que está en el límite del barrio, le pregunta si conoce a los que paran ahí, pregunta por uno en especial.

–El sobrino del Laucha, ¿lo tenés?

Pichón cabecea para decir que no. Los nervios, las manos inquietas. Quiere decir sí, quiere responder a todo lo que le pregunta el otro, quiere ser útil. Pregunta en qué puede ayudar. El Nene diciendo que no importa, que no se preocupe, que era por las dudas lo conociera.

Las últimas cuadras diciéndole que ahí va a estar bien, que Sosa le va a enseñar, que no le vaya a fallar, que haga buena letra.

–Esperame acá.

Después son quince, veinte minutos largos de ver que dentro del negocio el Nene y Sosa conversan. Uno que señala al auto, otro que se acerca a la vidriera para mirar afuera, sobre la puerta un cartel viejo y amarillo que dice Autopartes, los ojos de Pichón buscando el nombre del negocio. No hay. Solo Autopartes y el dibujo de un tubo de escape con pies y sonrisa.

10

El día termina con el Nene atravesando las góndolas del súper. Compras para una casa de dos. Él se ocupa de la comida. Porque le gusta, quizás. Salir como un cazador manso a recolectar lo que se ofrece. Levantar las frutas y sentir el perfume. Buscar algún corte que encaje justo en la asadera del horno, alguna botella para cuando la noche se hace larga y hay que tomar un trago.

Le gusta. Se imagina lo que dirán algunos. Que es la mujer de la casa. No importa. Como si hubiera insulto en eso. Los domingos se queda viendo televisión, un grupo de gente que compite para demostrar sus habilidades en la cocina. Le gustaría, eso. Una cocina más grande. Una mesada de aluminio, una de esas cosas que sirven para colgar las ollas y las sartenes.

En un pasillo, los frascos de especias. Hay unos que salen el doble, el triple que lo habitual. Merkén. Mañana va a probar qué puede preparar con eso.

En la fila para pagar se da cuenta de que el que está en la caja es el sobrino del Laucha. Tanto preguntar y ahí lo tiene. No entiende qué quiere saber su hermano. Lo que hay que saber, lo saben todos: en la canchita, cada noche, se reparte merca. Es chiquitaje y no vale la pena meterse. Pero su hermano preguntó y eso es suficiente.

–Frasquito.

–Qué hacés.

–¿Hace mucho que laburás acá?

–No.

El lector de códigos suena a medida que las compras se amontonan.

–¿Y te gusta?

–¿Me estás jodiendo? ¿No oís la mierda esta?

Frasquito levanta el lector y lo sostiene frente a los ojos.

–¿Y por qué te quedas?

–Hay que trabajar.

El Nene sonríe pero el otro no lo ve.

–¿Seguís yendo a la canchita?

–¿Por?

–Por nada. Por preguntar, nomás.

–Habías salido preguntón.

El de la caja sabe que debería contenerse, que no hay que provocar. Pero lo mismo de siempre, ese carácter de mierda que lo vive poniendo en riesgo:

–¿Y vos? ¿Se te piró la sirvienta que andás haciendo cosas de mina?

El Nene mete la mano en el bolsillo del jean para sacar la billetera. Dejarlo pasar. A este y sus boludeces. No engancharse.

–¿Cuánto es?

Paga, recibe el vuelto y saluda. Cuando está agarrando las bolsas, Frasquito levanta el lector de códigos y lo apunta como si fuera una pistola. Hace un ruido con la boca, algo que quiere imitar un disparo, un chasquido en voz baja. El Nene hace la mueca de una sonrisa y, sin querer, un movimiento con los hombros. Algo que parece decir no importa pero que también puede verse como el impacto de una bala imaginaria.

11

El Laucha pasa por la casa de su hermana para ver cómo va la cosa, para llevarle plata, para medir a ojo cuánto avanza el cáncer, para controlar si el pendejo hace buena letra, para no sentirse un paria, para hacer algo suyo en días en que todo es barro.

Se han sentado con Aurora en el patio, esas sillas plegables que compraron hace años, el mate sobre una mesita de plástico que se mueve cada vez que ella agarra el termo.

–No prende la parra.

–La que pusiste al fondo agarró enseguida.

–Pero yo quería esta, acá, para matear.

–Ya va a agarrar.

–Me da bronca.

–Estás nervioso.

–No, no. Nomás me gustaría que tengas sombra. Si querés te puedo hacer un pisito al fondo, unas baldosas, para que te sientes allá.

–Igual me puedo sentar allá ahora.

–Te llenás de tierra.

–Te hacés mala sangre por nada. Tenés que cuidarte.

–Me preocupo por vos. Por el pibe.

–Yo estoy bien. Y por ahora lo del súper funciona. Le pagan por día.

–¿Te dio plata?

–Pero no, cómo le voy a pedir plata, si nos alcanza bien con lo que vos traés.

–Tiene que aprender a colaborar, a hacerse hombre.

–Dejalo. Con que no ande en la canchita me sobra y me basta.

–Me basta y me sobra.

–Sí, eso –dice ella riéndose.

–¿Sigue funcionando bien el calefón?

–Haceme el favor de dejar de preocuparte por todo. ¿Cómo estás vos?

–Normal, nomás.

–Pasaron cosas feas.

–Sí.

–¿Tenés con quién hablar?

–Con vos estoy hablando.

–No seas tonto. ¿Hablás de esas cosas con alguien?

–Sabés que no puedo.

–Conmigo sí.

–Con vos menos que nadie. Tenés que estar tranquila, bien, con tus plantas, con tus cosas.

–Con mi hermano...

–Ya sé, ya sé. Me acompañás un montón. Pero no vamos a hablar del trabajo.

–¿Te quedás a cenar?

–¿A qué hora vuelve Frasquito?

–¡No le digás así!

–Todo el mundo le dice así.

–Vos sos el tío, tiene un nombre el chico. ¿O querés que yo te empiece a decir Laucha?

Se ríen. Cuando se acaba el mate están charlando de esas vacaciones en las que ella casi se ahoga en Mina Clavero y él se tiró al río a rescatarla y se raspó las piernas con las piedras porque el agua apenas le llegaba a la cintura.

Se están riendo cuando se oye el ruido de la puerta de calle y llega hasta el patio el olor del cigarrillo que Frasquito trae entre los labios.

12

La mala cara durante la cena. Las ganas de sacudir a ese pendejo que no le da paz a su hermana. Cuando ella se levanta a buscar el postre, el Laucha dice en voz baja:

–Más vale que cambiés la jeta porque te voy a meter un sopapo.

Frasquito abre la boca para contestar pero su madre acaba de entrar. Traga eso que iba a decir, acomoda la espalda, no levanta la vista del plato.

Cuando está todo lavado, cuando Aurora va al living y se sienta frente al televisor, el Laucha hace un cabeceo a su sobrino y salen al patio, van hasta el fondo, abajo de la parra. En algún momento Aurora va a ir a la cocina y desde la ventana va a ver dos brasas que flotan en la oscuridad. Va a decirse que tiene suerte de que su hermano la ayude con el chico, va a sentir un hilo de dolor, va a preguntarse cuánto le queda y qué va a ser de su hijo y de su hermano cuando ella no esté.

–Me querés decir qué mierda te pasa.

–Vos decime. ¿Por qué tu patrón me está siguiendo?

–Yo no tengo patrón, pendejo. Cuidado con lo que decís.

–Qué mierda, que viene el Nene al súper a espiarme, a preguntarme boludeces.

–Qué decís.

–Vino a preguntarme qué hago y desde cuándo trabajo en el súper y para qué. Hasta el pelotudo ese se sorprende de que tenga que trabajar.

–No hablés así. Explicame qué pasó.

–Vos explicame. ¿Por qué me están jodiendo?

–Hablame bien porque te voy a dar vuelta la cara. Hablame bien.

Frasquito respira hondo. De qué vale toda esa bronca. Tiene que calmarse, ya sabe. Para poder seguir con sus cosas tiene que ser menos bocón. Pero no puede.

–Si la nenita esa me sigue jodiendo va a haber problemas.

El golpe llega sin que lo haya visto, lo tira al suelo, tarda en entender qué pasa. La mano hundida en el barro, el cigarrillo un poco más allá, el desconcierto de tener que levantarse sin saber del todo cómo fue que cayó.

–Defendés más a esa gente que a tu familia.

–Sos un boludo. A vos te defiendo. A tu mamá. No sé de dónde saliste tan pelotudo. ¿Vos sabés con quién trabajo?

–Vos no trabajás con nadie, vos sos empleado.

–Qué pendejo de mierda. Te tendría que moler a palos. Si no fuera por tu vieja te metía un patadón que te tienen que ir a buscar a Catamarca. Levantate.

El Laucha le ofrece la mano, hace palanca, levanta el cuerpo flaco de Frasquito, hay algo en esos gestos que disuelve el tono que han tenido hasta ahora.

–Escuchame bien. Nunca vuelvas a hablar así del Nene. Nunca.

–Te importan más ellos que nosotros.

–Yo no entiendo cómo podés vivir en el barrio y ser tan pelotudo. ¿No sabés quién es Durruti?

–No dije nada de él. Del hermano estoy hablando.

–Justamente.

Los dos en el fondo del patio, a oscuras, de pie. Uno hablándole al otro. Una conversación que va cambiando de tono a medida que avanza. El Laucha, que con cada cosa que cuenta baja un poco más la voz y hace que Frasquito se incline, se acerque para escuchar.

13

–Hace muchos años Durruti tenía un socio. El Chileno. Nadie sabía bien cómo había llegado, cómo se habían conocido. Pero para Durruti era intocable. Lo que decía el Chileno, valía. No sé. A lo mejor era la primera vez que tenía socio. La cuestión es que era confianza ciega. Si vos ibas con algo y le consultabas, Durruti decía ¿le preguntaste al Chileno? Y lo que hubiera dicho el otro, palabra santa. Te estoy hablando de hace mucho. No sé, veinte años, más.

Hubo un momento en que pensamos que siempre iba a ser así. Ellos dos manejando todo. Había otro cacique antes. Y justo se había muerto sin dejar nada armado. Un infarto y chau. No tenía segundo, eran todos soldaditos. Y Durruti aprovechó, hizo una movida y se hizo cargo. Después lo mandó llamar al Chileno, no sé de dónde lo conocía. Lo llamó y lo sumó. No como segundo, ¿eh? Como socio. Me acuerdo que nos dijo a todos que el Chileno mandaba igual que él. Yo le hice una cara como diciendo sí, claro porque no creía que fuera en serio. Pero sí. Bueno. Hacían todo juntos. Yo me daba cuenta que Durruti lo quería como si fuera un hermano. Pero se me hace que no se conocían tan bien de antes. No sé. No hablaban de eso. Hacete la idea de cómo era esto en esa época. El Nene tenía, no sé, seis años. Por ahí. Eran ellos dos solos, los padres se habían muerto cuando el chico era bebé, un accidente, no sé. Tampoco pregunté mucho. Cuando yo empecé a trabajar ya eran ellos dos solos. El Nene era chiquito. Ni a la escuela iba.

El Chileno estaba todo el día en la casa, con ellos. O en el galpón. No era este, ¿eh? Era otro, uno que había cerca de la avenida. No existe más. Hay unos negocios ahora. Bueno, no importa. La cuestión es que un día el Chileno se encuentra con dos tipos en la calle. Y le entra una alegría y una risa y un festejo y alguien los ve y, ya sabés cómo es el barrio, alguien le cuenta a alguien y entonces Durruti se entera y cuando el Chileno llega al galpón le dice me dijeron que te encontraste con unos amigos y el otro dice que sí y entonces Durruti le dice invitalos a comer y el otro le dice que no y así están hablando,

charlando y después la cosa se disuelve. La cuestión es que unos días después vuelven a aparecer los tipos. A mí ya me dio mala espina. ¿Qué hacían tanto en el barrio? Le hubiera dicho a Durruti pero, como era él antes, me hubiera dicho que no, que si eran amigos del Chileno estaba todo bien. Bueno, nada. Se encuentran de nuevo. Durruti iba con el Chileno en el auto y desde un Peugeot estacionado en una esquina alguien empieza a los bocinazos y a mover los brazos haciendo señales. ¿Son tus amigos?, pregunta Durruti, el otro dice que sí. Estacionan para ir a saludarlos. Te lo cuento y veo que hace ruido por todos lados. Que ahora desconfiaríamos como locos. Que no dejaríamos que unos tipos anden dando vuelta por nuestra zona. Pero en esos años era distinto. No sé cómo decirte. Las cosas eran distintas. Durruti era distinto.

La cuestión es que se acercan, hay presentación, hay charla, cuando ya se están despidiendo, Durruti les dice que vayan al día siguiente al galpón, que se junten a comer algo y a charlar, les pregunta qué les gustaría comer. Uno dice Cabrito, para homenajear al Chileno. Hay risas. Unas risas de las que Durruti no participa pero igual se alegra.

Cuando al otro día llega el Chileno con los invitados, sobre la parrilla del fondo hay un cabrito asandosé. Cuando Durruti le dice que preparó su plato preferido hay más risas.

Durante la noche, cuando ya hayan tomado mucho, yo me acuerdo porque también estaba, uno de los invitados va a contar algo y tanto Durruti como yo vamos a entender de golpe que cuando ellos dicen cabro, hay que entender niño. Y que los cabritos que prefería el Chileno eran... Bueno. Eso. Yo vi cómo a Durruti le cambió la cara. A lo mejor estaba pensando todas las veces que el Nene se había quedado solo en la casa con el Chileno. A lo mejor estaba tratando de calcular dónde estaba el Nene en ese momento. Yo me di cuenta de que quería que se fueran, que se fueran todos. Pero que no lograba reaccionar.

Yo lo entiendo. Los amigos siempre tienen fallas. Pero eso. No. Eso no.

Encima seguían con las bromas y cada vez que decían cabritos y se reían, Durruti y yo sentíamos algo que no sé decir. No sé, no sé.

Hubiera querido quedarme para hablar con él. Pero no pude. En un momento se disculpó, dijo que al otro día tenía que entregar varios autos, me pidió que fuera al taller a buscar unas cosas. Lo que quería era que me fuera. Les dijo a las visitas si no les molestaba que siguiéramos en otro momento. Cuando el Chileno estaba por salir con ellos le dijo mañana venite temprano que tenemos que hablar.

Lo que hablaron, no sé. A lo mejor el Chileno le explicó que era una broma, que no era cierto, que cómo creía eso de él. No sé. La cuestión es que la sociedad siguió. Pero Durruti no le sacaba los ojos de encima. Algo deben haber acordado porque nunca más el Chileno se quedó solo con el Nene. Durruti estaba siempre atento. Tenso. No sé cómo se puede vivir así. Y en algún momento aflojó. Habrá pensado eso, que era todo mentira, que era una de esas cosas que se dicen, que cómo va a querer estar con chicos, en qué cabeza cabe. No sé. Cuando uno no quiere ver, no ve. Y así fue pasando el tiempo.

Un día Durruti se fue del taller a la casa a buscar unas cosas. No era donde viven ahora, era más adelante, del otro lado de la avenida, donde está la vinería ahora, ¿te das cuenta? Bueno, no importa. Era en otro lado. Al Nene lo sabía cuidar una señora que vivía en la misma cuadra. Le decía tía. Vos no la llegaste a conocer, la Marucha. Se va Durruti del taller a la casa, estaba a diez minutos caminando. Y cuando está llegando se cruza con la Marucha que iba con una bolsa de compras. Y se queda duro. Y le pregunta por el Nene. Y ella le dice no, me dijo el señor que él se hacía cargo, que me fuera, que él se quedaba. Un segundo tarda Durruti en entender que el señor es el Chileno, que cómo no le advirtió a esta mujer, que claro que ella iba a confiar. Sale corriendo hasta la casa y cuando llega no consigue meter la llave en la cerradura de lo nervioso que está y cuando entra, bueno. Cuando entra no sé lo que ve. Nunca habló de eso. No se habla de eso. Nomás sé que una hora después vino uno de los nuestros, todo agitado, a decirme que había que ir enseguida a lo de Durruti, que había pasado algo. Y yo salí corriendo. No sé. Lo primero que vi fue al Nene, que estaba sentado en un rincón, con sus shorcitos, mirando todo. Tenía una cara ese chico. No sé decirte. Ahora, cada vez que lo veo, veo esa cara. Nadie se había dado cuenta de sacarlo. Lo alcé, se me abrazó enseguida, me fui a lo de esta vecina, la Marucha. Estaba asomada a la ventana, como casi todos en la cuadra. Todos querían saber pero nadie quería salir. Eso hacen los disparos. O por lo menos en esa época. La gente se guardaba para mirar por una rendija. Por

suerte me abrió. El Nene le estiró los brazos. Cuando se lo estaba dando me di cuenta de que tenía una mancha de sangre en la remera. Levanté la tela para ver si era suya la sangre, si lo habían lastimado. La piel lisita. Pensé que debía ser sangre del Chileno. Marucha no preguntó nada, abrazó al Nene, me hizo un gesto con la cabeza y cerró la puerta. Ya cuando llegué a la vereda se oían las sirenas de los patrulleros.

Me quedé en la esquina. Mirando de lejos. Yo sé que parece falta de lealtad pero era todo lo contrario. Si se lo llevaban a Durruti, alguien tenía que estar afuera para ayudarlo. Alguien de confianza. Vi que uno de los nuestros salía por el techo, saltaba tapias, ya llegaban los patrulleros. Me quedé fumando y mirando. Lo que yo quería era que Durruti me viera. Que supiera que estaba ahí. Pero tampoco podía ponerme tan a la vista. Lo que me desesperaba era hacerle saber que el Nene estaba a salvo. Porque todo eso era por el Nene. No podía acercarme. En esa época no teníamos paraguas. Dependía del cana que te tocaba. Sabía que tenía que aguantar y hacerle llegar el mensaje después, cuando supiera adónde lo llevaban. Mala cosa. Yo lo había visto al Chileno. No sé cuántas balas le metió. Pero eran muchas. Estaba lleno de huecos.

Se lo llevaron. Las manos esposadas a la espalda, el cuello caído, la cabeza baja.

Yo fui a hablar con la Marucha. Le llevé plata. No quiso aceptar. Me dijo que no me preocupara, que ya íbamos a ver. Yo me daba cuenta de que quería preguntarme qué había pasado pero el Nene estaba ahí a un paso, no se podía. Ella lo cuidó. Hasta que vinieron los de Minoridad. Fueron a la casa de Durruti y no encontraron a nadie y preguntaron y algún pelotudo les señaló la casa de la Marucha. Y ahí fueron. Y se llevaron al Nene.

14

Frasquito está inmóvil. Si el Laucha pudiera salir de eso, apartarse un poco de lo que cuenta, algo en la actitud de su sobrino lo alegraría, algo en el modo en que ha dejado esa furia de niño y se ha puesto a escuchar. Pero no puede. Nunca ha contado esto y ahora está envuelto, otra vez, en las cosas que pasaron veinte años atrás.

–Ahí empezó el desastre. A Durruti lo habían llevado en cana, tenía todos los números puestos. El arma, las huellas, el móvil, todo. Dicen que no contestó nada de lo que le preguntaron. Esas cosas son lerdas pero ya sabíamos que le iban a caer un montón de años. Yo le había mandado avisar que el Nene estaba con Marucha. Ahora me tocaba decirle que se lo habían llevado. Minoridad. Y ahí no sé qué fue lo que pasó pero de la nada atraparon a un porteño que tenía pedido de captura. Por robo, una cosa así, no era grande. Y cuando lo atrapan el tipo dice que él había matado al Chileno. Que se tenían bronca de hacía tiempo y que cuando se había enterado que andaba por acá lo había ido a buscar y le había pegado cuatro tiros. Que había un pibito ahí pero que él no le hizo nada. Que entró, mató al Chileno y se fue. Muy raro. No sé cómo arreglaron eso. Ahí lo soltaron a Durruti. Pero el Nene ya estaba en el sistema. No lo querían largar. El que decidía eso era un juez que dijo que no, que las visitas informaban que no, que ese no era lugar para un niño y, aunque del lado de Durruti el abogado dijo que su cliente estaba limpio de toda acusación, el juez insistió con que no, con que había dejado solo al chico con un conocido pedófilo y que no estaba en condiciones de criar a un niño y que el niño iba a estar mejor bajo la tutela del Estado. Era distinto en esa época. No era como ahora que hay una ley, no sé. Ahí era el infierno. No nos dejaban verlo. Estaba en un instituto con todos mezclados. Pibes a los que les faltaba un jugador, pibes que estaban medios locos, drogones, pibes que habían robado, matado, violado. Todos juntos. Te imaginás lo que podía ser eso para un pibito como el Nene. Un mes y medio estuvo. Vos lo decís así y parece nada, poco tiempo. Si lo hubieras visto cuando nos lo dieron. Parecía un pajarito al que lo hubieran pateado día y noche. Yo pasaba bastante

tiempo ahí, en la casa, ayudando. Y una noche cuando el Nene ya estaba durmiendo Durruti empezó a tomar a lo bestia y yo le dije que tuviera cuidado, que no sabía cómo había hecho para que le devolvieran al chico pero que no jugara con fuego, que se tenía que cuidar, que no podía estar tomando así. Él se levantó, me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera, me llevó al cuarto donde dormía el Nene. Me acuerdo que había una lámpara que tenía unos pescaditos dibujados. Y el Nene dormía destapado. Y Durruti se acercó y le levantó un poquito la remera. Y ahí vi. La espalda toda llena de quemaduras de cigarrillo. No sé cómo decirte. Porque ahora ustedes creen que se puede hacer cualquier cosa. Yo, que ya había visto de todo, me quedé helado, también quise ir a tomar, a emborracharme. Ver esa piel, ese cuerpo, quemado.

Anduvo muy sombrío un tiempo. Después mejoró un poco. Ahora que lo ves, parece un chico al que nunca le pasó nada. No se habla de eso. De todo eso, no se habla. Estoy haciendo una apuesta muy grande con vos. Me estoy arriesgando. Si alguna vez hablás, no te imaginás los problemas que vas a tener. Pero quiero creer que en el fondo no sos tan estúpido. Que entendés por qué te lo cuento.

Nadie te está espiando. A vos te protejo yo. Y a mí me protege Durruti. Y tenés que tener presente que lo único, lo único, lo único que le importa a él es su hermano menor. Así que nunca vuelvas a decir nada. Ni siquiera estando solo.

Frasquito mueve la cabeza asintiendo. Muy suave, muy lerdo. Nunca ha hablado así con su tío. Nunca le han hablado así.

–Tenés que cortarla con lo de la canchita. Dejá que se haga jefe otro. Ahí van a tener problemas seguro. De verdad te digo. Yo sé que el súper te revienta. Tenés que esperar, ser paciente, hacer buena letra. Yo después trato de que te vengas con nosotros. Así como estás ahora, no puedo. Nadie quiere sumar a un pendejo que vende droga por cuatro pesos. Si vinieras con nosotros estarías bien. ¿Te falta algo? ¿Le falta algo a tu mamá? Todo eso viene de lo que gano yo. Si sos un desastre andante no te puedo sumar. Si necesitás plata, me pedís. Pero no sigás con eso.

Frasquito vuelve a asentir. Le ofrece un cigarrillo a su tío.

–¿Y Durruti cómo consiguió que le devolvieran al Nene?

–No sé. No pregunto. Nadie pregunta.

–¿Y el porteño?

–Lo mataron apenas entró. Una faca, un montón de agujeros. Alguien había corrido la voz de que había violado un nene. Robar se perdona. Esas cosas, no.

15

El primer anónimo apareció un lunes, atrapado en el parabrisas de la cupé. Vos acá y ella cogiendo con otro. Una estupidez.

El típico cazabobos.

Siempre hay un ella, siempre hay un otro. Cualquiera se siente tocado con una frase así.

No le prestó demasiada atención.

El miércoles llegó otro. ¿No te gustaría saber dónde está Silvina ahora?

Y ahí se sintió tocado. Una púa, una espada. Se dijo que sí, que le gustaría saber dónde estaba y entonces la llamó y el celular estaba apagado, ella suele apagarlo, y fue una estupidez darle importancia porque el ahora en el que se había escrito la nota nunca podía ser el ahora en el que él la leía.

Unos días después, otra vez. Y él ya molesto, ya sacudiéndose esa mancha oscura en el ojo, pensando que no le había preguntado por qué había apagado el celular el miércoles pasado, pensando que Silvina se había puesto hermosa, que de a ratos estaba ausente, que casi no hablaban, que ella andaba muy contenta, que es mezquino andar sospechando que esa alegría puede tener un origen turbio, pero la ve cambiada y eso no se explica.

Y entonces, su torpeza. Llamar al celular a la una y cinco. Apagado. Llamar a las dos. A las dos y media, a las tres menos cuarto. A las tres, a las tres y diez, a las tres y veinte, a las y treinta y cinco, a las cuatro menos veinte, menos cuarto, menos diez, menos cinco.

Siempre apagado.

Y se dice que es mejor no seguir pero vuelve a tocar la pantalla, 16:02, el teléfono llama y ella atiende y a él la voz le parece demasiado alegre y se siente herido. No sabe qué hacer. Dice una tontera, se despiden, cortan y un minuto después ella llama, la voz en alerta:

–Tengo doce llamadas tuyas perdidas.

–Quería preguntarte algo.

–¿Qué?

–Nada, una pavada. Me encapriché y seguí marcando. No importa.

Los ruidos de la casa. Platos que apenas chocan al sacarlos del aparador, vasos apoyándose sobre la mesa, el siseo de la heladera que acaban de cerrar. La televisión de fondo, con su luz de muertos y fantasmas. Silvina que desde la cocina pregunta si va a tomar vino; Saravia que se levanta a buscar una botella.

Los ruidos de siempre pero habitados por la sospecha.

Saravia a punto de preguntarle qué ha hecho, dónde ha estado, cómo llenó ese día. Silvina llegando con una fuente a la mesa. Los pequeños movimientos para llenar los platos, esa delicadeza que siempre le ha gustado y ahora lo asfixia.

–¿Qué me querías preguntar hoy?

–¿De qué?

–Hoy. Que me llamaste. ¿Qué querías?

–Nada.

El ruido de los cubiertos.

–Estaba en una reunión. ¿Vos?

Él mira el televisor. Hay un diputado, de traje y corbata, comentando algo sobre los hidrocarburos. El volumen está demasiado bajo.

–Qué.

–¿Dónde estabas?

–¿Cuándo?

Ella apoya la mano sobre el brazo de él. Un modo de traerlo aquí.

–Cuando me llamaste hoy, ¿dónde estabas?

–En el trabajo.

–¿Y qué me querías preguntar?

–No sé. No me acuerdo.

El resto de la comida pasa en ese territorio incierto. Cuando ella se levanta a buscar agua, acerca el control remoto y, antes de dejarlo sobre la mesa, sube el volumen.

Un rato después están lavando los platos, él los recibe con el repasador en la mano, una línea de producción que repiten cada noche.

Van a tomar café en el sillón, las luces apagadas, el televisor como una ventana que trae hasta el living todos los residuos del día. Sobre el puente nuevo, un doble asesinato en ocasión de robo de un vehículo. Dos personas baleadas al resistirse. La imagen muestra una mancha de sangre en el pavimento, un auto con el parabrisas estallado, una calle con casas bajas, una cinta de plástico sacudida por el viento.

16

Un lunes el anónimo trae una frase que lo derrumba.

Todo el día va a ser ir tragando eso.

Antes de llegar a la oficina le avisan que la reunión se pospone. El paso queda en el aire. Sin pensar, da media vuelta y camina hasta la salida, levanta la mano para saludar a los de la guardia, busca la calle. Camina como si supiera adónde ir.

Llega a un café. Se ven los árboles de la plaza. Jacarandás, lapachos, lo que sean. Chauchas secas que estallan cuando uno las pisa.

Aparece una sombra que él no llega a delimitar, un perfume demasiado intenso para esa hora del día. Tarda en levantar la vista. Un vestido con flores. Una mujer mirándolo a los ojos.

–La suerte.

Saravia trata de sonreír. Uno nunca sabe cuánto le obedece el propio rostro. Ha hecho un gesto que es al mismo tiempo cordialidad y rechazo, la mano con la palma hacia abajo; los dedos, un abanico que se agita enlazado a la muñeca.

Quizás ha dicho no creo en eso porque la mujer ha contestado:

–Basta que uno de los dos crea.

Sin saber por qué, permite que las manos de ella tomen una de las suyas, la pongan boca arriba, la estudien.

Algo es puesto en palabras.

Ella levanta el billete que él ha dejado sobre la mesa.

Todo le exige prepararse para eso que siente llegar, eso que viene, eso que causa el estruendo que él transforma en temblor. Esa dureza en la mandíbula, esa tirantez en los huesos, esos vasos de whisky, el insomnio, esa compulsión ante el deseo, ante la falta de deseo, esa espina en el ojo, esa falta de apetito, esa hambre brutal cuando amanece, ese dolor en el costado, ese quedarse ausente, el sobresalto al atender el teléfono, esa piedra en el cuello.

Él lo ha venido llamando eso.

Ahora esta mujer le ha dado un nombre más preciso.

Ha dicho desgracia.

Hay que evitar la desgracia.

17

La reunión, como siempre: la inútil sucesión de banalidades. Burocracia. Papeleo. Los mismos comentarios. Una reunión que podría ser la de ayer o la de mañana. Orden del día, propuestas, intenciones.

Quizás es buen momento para hablar de los anónimos. Decir que alguien lo está acosando, que así no puede trabajar tranquilo. Pero sería exponer una fragilidad insoportable. ¿Decir qué? ¿Esto me saca de quicio? Sería como decir que los anónimos son ciertos.

Se está hablando del clima de trabajo. Quizás podría.

–Quiero proponerles ahora un breve encuentro con otras áreas. Estamos preocupados por la falta de interacción entre equipos que deberían estar trabajando de modo colaborativo.

La voz del subsecretario se pierde, se va al fondo de lo que Saravia puede escuchar.

Todos se levantan y salen. Imita a la manada, los sigue sin saber adónde, oye a Godoy diciendo esta pelotudez de la camaradería me tiene harto y ve que en el auditorio han puesto mesas, que hay café, que están los de Bedelía y los de Informes y los de Extensión y los de Distancia. Todos. O casi todos. Los ordenanzas siguen luchando con las llaves y las ventanas; los de limpieza siguen fregando los baños.

Conversaciones casuales. La nada misma. Encerrar las ovejas para obligarlas a confraternizar. Saravia tiene un dolor a la izquierda, unos centímetros más abajo de la última costilla. ¿Qué hay ahí? ¿El apéndice? ¿El bazo?

Alguien le pregunta algo, alguien le presenta a alguien, todos se ríen de un chiste que él no ha llegado a escuchar.

–¿Lo conocés a Cepeda?

Mira al hombre parado al lado de Godoy y cuando está a punto de decir que no, el otro habla.

–Claro que nos conocemos.

Saravia duda. Cepeda ha hecho una mueca que nunca podría ser una sonrisa. Y sin embargo.

–Vos sos el que tiene esa cupé preciosa.

Algo se desata. Logra ubicar la cara. Hace unos meses ese tipo se acercó y le dijo algo sobre la cupé. No. Le preguntó algo. Qué.

–Ah… Saravia y su auto…

Es imposible descifrar el tono de Godoy. ¿Es una burla?

–Un Fiat 1600, ¿no?

–Sí.

–Sport Coupé.

–Sí.

–Del setenta.

–Sí.

Saravia siente que ya han tenido esta conversación. Exactamente esta misma conversación. Pero no logra recordar cómo seguía. El otro hacía una pregunta y él respondía. Cepeda lo mira. Sonríe.

–Ya hablamos de esto –dice.

Hay algo en esa cara, algo que lo inquieta. No puede precisar qué.

Se dice que está nervioso, que no es nada, que está al acecho en el escenario equivocado. Lo confirma cuando ve que Cepeda y Godoy se están riendo, hablando de otra cosa, fútbol, mujeres, otra cosa, da lo mismo, se ríen, la nube se descomprime por un rato. Sólo por un rato.

Va a seguir recibiendo anónimos. Cada vez que se acerque a la cupé lo primero que va a buscar es la mancha blanca en el parabrisas.

Ha empezado a sospechar de todos los que estacionan en la playa de la universidad. Esas caras, las que conoce y las que no. Ha empezado a sentir odio. Silvina se acuesta con otro, alguien en el trabajo lo sabe y se toma muchas molestias para que él también lo sepa.

Todos son enemigos ahora. Ha dejado de saludar al de Bedelía. ¿Qué mierda puede verle Silvina a un tipo así? Y al de la cantina, también. Siempre haciéndose el gracioso. Y al subsecretario, con sus modales de vieja. Se queda mirando a los guardias de seguridad que cargan el cajero automático. Esos vienen los lunes y los jueves. Elefantes con armas en la cintura. No logra distinguir a uno de otro.

18

Días que pasan en una bruma que los confunde.

Sale de su casa y unas cuadras después estaciona sobre el borde de la plaza.

Se sienta en uno de los bancos. Fuma. Se acomoda la corbata. Se agacha a juntar un folleto. Abolla el papel. Lo deja hecho un nudo dentro del puño. Mira el reloj. Busca el teléfono.

–No voy a ir hoy. ¿Podés avisar en Personal? Me da siempre ocupado.

–¿Te doy parte de enfermo?

–No, no. Un franco. Yo después arreglo. ¿Vas a poder solo?

–Sí. Está lo del sistema nomás. Se sigue cayendo.

–Bueno, fijate. Si no, lo veo mañana.

–¿Estás bien?

–Sí. Trámites. Gracias. Nos vemos.

Sube al auto. Vuelve en dirección a su casa. Estaciona en la esquina. No sabe del todo qué está haciendo. ¿Eso es acechar o asechar?

A los quince minutos, Silvina abre la puerta del garaje.

¿Qué va a hacer? ¿Seguirla? Después de tantos años, ¿espiarla?

Tiene puesto un vestido verde. Él nunca lo ha visto antes. Eso lo perturba. Cuando ella hace marcha atrás para salir, él sabe que va a verlo. Que posiblemente se sorprenda. Que va a parar y va a acercarse para preguntarle qué pasa, qué hace ahí.

Pero Silvina no lo ve.

Él pone en marcha el auto.

La pierde. Un rato después ve la mancha turquesa casi sobre el semáforo. Sabe que ella va a dejar el auto en la playa que siempre usan cuando van al centro. Estaciona y sigue a pie.

El vestido verde sube por la calle Rioja. Él camina a unos veinte metros. Ella entra en una galería. La pierde otra vez. Tiene que decidir en cuál de las tres entradas va a esperarla. Treinta y tres por ciento, piensa. Veinte minutos. La gente, cargada de bolsas, lo roza, lo empuja, lo lleva por delante. Insultos y quejas. Un hombre quieto a la salida de una galería. Sabe que es una estupidez. ¿Qué va a decirle cuando salga y lo vea ahí parado como un centinela?

Media hora. Cuarenta y cinco minutos. Debe haber salido por el otro lado. O por el lateral. Decide entrar.

Locales pequeños que venden películas piratas y teléfonos liberados; hombres en los pasillos ofreciendo quién sabe qué; a cada uno que pasa, una frase repetida.

En una vidriera hay un tocadiscos. Se queda mirándolo. La perfección detenida de las antigüedades. Entra a preguntar el precio. El chico del mostrador tiene una colección de aros en la nariz. Dos, tres, cuatro. No entiende la pregunta. Saravia señala el tocadiscos.

–Eso. ¿Cuánto cuesta?

–Es de adorno.

Del fondo del local sale un hombre canoso.

–¿Qué necesita el señor?

El chico lo mira. Tanta cortesía lo desconcierta.

Saravia vuelve a señalar el tocadiscos.

–Dos mil pesos.

–¿Anda?

–Por supuesto. ¿Lo quiere probar?

Todavía no ha contestado cuando el hombre ya está enchufando el aparato. El reguetón que sonaba de base acaba de ser silenciado.

–Esperemé.

Un minuto después vuelve con un disco. Lo saca del envoltorio con delicadeza. Saravia se queda mirando la tapa. Gigliola Cinquetti y el trío Los Panchos. La púa provoca un pequeño estallido y del parlante sale la voz perfecta:

Pues llevamos en el alma cicatrices

imposibles de borrar.

–¿Débito?

–Sólo efectivo.

–¿Algún cajero cerca?

–En la avenida.

Cuando Saravia está en la puerta oye que el hombre le dice al chico:

–Acá no hay nada de adorno, pelotudo.

Cerca del bar de la esquina, con la mirada perdida del que va hacia otro lado, Saravia ve una mancha verde. Silvina. En la vereda. Con un tipo. ¿Cuántos años puede tener ese tipo? Silvina sonríe. Están hablando. Posiblemente acaban de salir del bar. A unos metros hay un

cartel. Hotel Continental. La falta de aire. El dolor al costado. Ese tipo. ¿Qué tiene? ¿Veinticinco? ¿Veintiseis años?

Se abrazan. Saravia ve la mano de ella apoyada en la espalda de él. No en el hombro, no en el costado. En la espalda, a la altura de la cintura. La mano de ella en ese cuerpo.

Silvina va hacia la derecha. Saravia empieza a seguir a ese que va caminando en dirección contraria. El jean gastado. La camisa de adolescente. La barba de uno o dos días. Las zapatillas. Lo va siguiendo entre la gente. Camina hasta el puente. Cruza. Dobla a la derecha. El tipo entra en un negocio de repuestos. Él se queda en la vereda de enfrente. Dando vueltas. Haciendo tiempo. Relojeando.

Ya es mediodía. Un chico sale a bajar la cortina de metal. De un bodegón llega el olor a salsa. Albóndigas con puré dice un pizarrón sobre la puerta. No hay nadie en la calle.

Saravia cruza el puente, remonta las cuadras hasta el banco, saca dos mil pesos del cajero, entra en la galería, va hasta el local, paga, recibe el tocadiscos envuelto en papel de embalar, camina hacia el auto, apoya el paquete en el asiento de atrás, llora.

19

Pichón está en el mostrador, acomodando cajas. Es la tercera vez que pasa ese tipo por la vereda de enfrente. Está solo. El Nene y Sosa salieron por atrás hace un rato. Busca la barra de hierro. La deja al alcance de la mano. El tipo pasa otra vez, la mirada puesta en el negocio.

Pichón saldría ya a la calle a torearlo. Pero Sosa le ha dicho que no tiene que armar quilombo. Que al primer despelote lo deja fuera. Que acá la cosa marcha cuando no llama la atención.

No sabe qué deuda está pagando el viejo teniéndolo ahí. Hace dos semanas el Nene lo subió al auto, lo llevó hasta el negocio, lo tuvo un rato esperando afuera y después lo hizo entrar.

–Es este.

Sosa lo miró.

–¿Sabés de autos vos?

–Levantar y desarmar. En un minuto.

El Nene se rió.

–Nadie hace eso en un minuto.

Él bajó la vista.

–Es una forma de decir…

–Acá no digas nada que no sea lo que es, ¿entendés?

–Sí.

–Y le obedecés a Sosa en todo.

–Sí.

–Este es un negocio legal –dijo el viejo–. Acá vendemos cosas. ¿Ves?

El dedo de Sosa señaló un papel de la AFIP pegado a la pared.

–Nunca vuelvas a decir lo que dijiste recién. Ahora andá al patio y traé la escoba. Barreme toda la vereda.

Con Sosa casi no volvió a hablar. Horas y horas vendiendo tuercas, tornillos, bujes, amortiguadores, cuerpos de mariposa, bulbos de arranque, barras de torsión, tapas de cilindro. Y cada vez que viene alguien que no pide eso, el viejo lo lleva a la oficina y toman mate a puerta cerrada.

Al segundo día, Sosa lo llamó al patio.

–Acá trabajamos tranquilos. Pero a veces viene algún pelotudo a molestar. Vos, hablá. Si estoy yo, me llamás. Si no estoy y hablando no se arregla la cosa, tenés esto.

Y le puso la barra de hierro en la mano.

–Primero, hablá. Acá nunca tenemos problemas. Y cuando los tenemos, los arreglamos enseguida. ¿Entendés?

Pichón sonrió. Y eso, a Sosa, no le gustó.

Y ahora el tipo ese pasa por cuarta vez. ¿Cómo sabe uno si hay un problema o no?

Ya es mediodía. Pichón sale a bajar la cortina de metal. El tipo, enfrente, se da vuelta. Como si estuviera mirando una vidriera. Pichón se apura, cierra todo y se va de un trote hasta la esquina. Saca la moto por la puerta lateral. Se queda detrás de un árbol, en un ángulo en el que alcanza a ver al tipo que mira la persiana baja, camina unos pasos

y finalmente se va. Pichón lo sigue.

20

Ir a casa. Ir al trabajo. Cualquier cosa da lo mismo. Da igual. Pero quizás en el trabajo sea más fácil. Dejar que pasen las horas, ocupar la cabeza, esperar a que todo decante. La rabia. Que baje.

Cuando está cerca de la universidad Saravia entiende que no podría soportar otro anónimo. Para el auto. Fuma. Vuelve a arrancar. Decide estacionarlo en la calle. Llegar al trabajo a pie.

Pichón no puede creerlo. El tipo se subió a un Fiat 1600 sport del setenta. Sólo ha visto esos en fotos. Está perfecto. Nuevo. ¿Qué hace un tipo como ese con un auto así?

La moto va unos metros atrás. Pichón siempre lleva el casco encajado en el codo pero hoy se lo ha puesto en la cabeza. Todavía no sabe para qué lo sigue. Qué es lo que está haciendo. ¿Ganándose el lugar? ¿Decirle a Sosa después que siguió a uno que estaba relojeando el negocio?

El tipo estaciona. Se queda dentro del auto. Prende un cigarrillo. Vuelve a arrancar. Unas cuadras después estaciona otra vez. Se baja. Va caminando hasta una entrada, más allá. Se alcanza a ver un dibujo y la palabra Universidad. Cuando el tipo saluda en dirección a una garita, Pichón entiende qué es lo que ha venido a hacer. Buscar un regalo para el Nene.

Después, todo es sencillo. Esconde la moto atrás de la estación de servicio. Saca el bolso de herramientas de abajo del asiento. Lo mete en la mochila. Camina. Pasa al lado del auto una vez. Llega hasta la esquina. Pasa otra vez. Va mirando ventanas y puertas, posibles testigos, cámaras.

Se agacha. Algunos movimientos. Se oye un chasquido. Una traba que se abre. Entra. Las manos se mueven bajo el volante. La cabeza

inclinada. Arranque. Pichón se incorpora, pone la marcha y cree que ese gesto es el primer paso para conseguir lo que quiere.

21

No va a entender por qué el Nene se pone a gritar. Por qué le pega con la mano abierta en la nuca, por qué le dice que es un pelotudo, que nunca tendría que haberlo ayudado, que cómo mierda se le ocurre.

Pichón, que había llegado al desarmadero y le había pedido que saliera, que tenía que decirle algo. Y había creído que se iba a quedar embobado con el auto. Un 1600 sport del 70. ¿Quién consigue uno así?

Por eso no entiende la furia, los insultos, los golpes, los gritos.

–¿Cómo mierda se te ocurre levantar esto?

–Es un regalo para vos.

El Nene da vueltas alrededor del auto.

–¡Regalo para mí! ¡Regalo para mí! ¡Entralo ya!

Pichón se sube, pone primera y acomoda el auto entre dos pilas de chatarra. Lo hace con cuidado, no quiere rayar la chapa.

El Nene sigue gritando. Pero ahora por teléfono.

–¡Sosa! Te necesito ya. Mandame a los Otero. ¡Ahora! Ya sé, la puta madre, ya sé. Tengo un quilombo. No. No. Justamente, a mi hermano nada. Porque te lo digo yo. Me importa una mierda. Si le avisas a mi hermano quedás de punta conmigo. Ya sé lo que te dijo el Laucha, ya sé. ¿Me podés escuchar? No sé qué querés. ¿Llevarle un problema a mi hermano? Fijate cómo te va con eso. Pero la puta madre, ¿de verdad me vas a dar vueltas? Si no arreglamos esto rápido va a ser peor. Tampoco tengo que explicarte todo. No se va a enterar. No. Y si se entera después, va a ser con el tema arreglado y le decís que yo te di la orden. Dejá de cuestionarme, no tengo tiempo. Deciles

que vengan ya. Y aclarales que a mi hermano nada. Ni una palabra. Que esto es para mí. Que ya vengan sabiendo.

En una casa de un barrio del sur tres hombres flacos, fibrosos y parcos se suben a un Renault 12 del 86 y atraviesan la avenida en dirección al desarmadero.

El portón de chapa se cierra de golpe. Pichón ha quedado del lado de afuera. Lo último que ha escuchado ha sido la voz del Nene.

–A vos lo que tendría que hacerte es meterte un cuetazo por pelotudo. Te saco de la calle, te hago zafar con la cana, te compro zapatillas, ropa, te doy de comer y te consigo un trabajo. ¿Y vas y hacés esto? ¿Justo ahora se te ocurre hacer una pelotudez así? ¿No sabés que nunca se levanta un auto como ese? ¿Qué hago yo, de qué me disfrazo? ¿Te pensaste que iba a salir a pasear en ese auto? ¿Dónde mierda aprendiste? ¡Dónde! Ahora hay que desarmarlo en media hora. ¿Y qué mierda hago con esas piezas? ¿A quién se las vendo? No te quiero ver nunca más por acá.

El ruido del portón de chapa. El foco del poste de la esquina que titila.

22

Casi al mismo tiempo que los Otero terminan el trabajo, Saravia sale de la universidad. Un refucilo de zozobra. La cupé no está.

Cruza la calle. Camina. Da la vuelta.

Vuelve a la universidad. Quizás se haya confundido. Mira la playa. Busca. El guardia sale de la garita.

–¿Le pasa algo?

–No encuentro la cupé.

El otro se endereza, apura el paso.

–¿Dónde la dejó?

–No sé. No sé. No me acuerdo. La cupé.

–¿A qué hora entró?

–Como a la una.

El guardia corre hasta la garita. Levanta el teléfono.

–¿Ramiro? El del Fiat cupé. ¿Estabas vos cuando entró?

Se asoma y grita:

–Dice mi compañero que usted hoy vino a pie.

Saravia mira el parque que rodea la universidad, todo en color sepia, un amarillo turbio que se va oscureciendo, siente las manos del guardia que lo agarran en el aire cuando se está cayendo.

Mientras llaman a Emergencias, uno de los Otero se acerca al Nene y le da un paquete envuelto en papel de embalar.

–¿Con esto qué hacemos?

Cuando el Nene rasga el papel los cuatro hombres se quedan mirando esa reliquia.

–Borrenló también.

Uno de los Otero lleva el tocadiscos a un rincón.

Más tarde, le hace un gesto a su hermano.

–¿No es el cumpleaños del chico de Acosta?

El otro cabecea.

–Llevaseló –dice el más flaco señalando el aparato.

Doce años de buscar pieza por pieza, de encontrarse con desconocidos para conseguir algo, de pasar los domingos ajustando cada detalle, cada minucia. Doce años.

Silvina vuelve a preguntarle cómo, vuelve a pedir que le explique, pregunta otra vez cómo pueden robar un auto si hay una garita de seguridad, si la cupé es inconfundible, que no entiende, dice.

Y cuando él dice que no estaba estacionada en la playa de la universidad, ella pregunta por qué. Él sacude la mano en el aire.

Silvina insiste. Y él suelta palabras como eslabones: centro, trámites, franco. Y ella vuelve preguntar por qué no la dejó en el lugar de siempre y él vuelve a usar la palabra centro y siente que abre una grieta cuando dice:

–Te vi.

–¿Dónde me viste?

–En el centro.

–¿Y por qué no me llamaste?

Él la mira, no contesta. Ella sonríe. Hay un silencio.

Saravia piensa que quizás esto sea el comienzo del odio. Un odio doméstico y su inmensa raíz. El tipo ese, Silvina, los anónimos, la cupé. Todo, por culpa de ella.

23

Desde que no tiene la cupé llega demasiado temprano. Los de la guardia lo ven llegar y él juraría que se ríen, que disfrutan verlo esquivar los charcos de la entrada.

Cada mañana Silvina dejando las llaves de su auto sobre la mesa. El único gesto que se permite después de que él le gritara, hace unos días, ¿Todas las putas mañanas me vas a preguntar si quiero usar tu auto?

Silvina va apoyándose en ese barro como una piedra que toca fondo. Esquiva el filo, la tirantez, los músculos de la furia. Después de que él se va, ella levanta la ofrenda despreciada, guarda en un cajón la tarjeta del colectivo y sale en el auto.

A veces los días son así.

Saravia hace una pausa con los informes y va hasta la cantina de la universidad a tomar café. Busca las sillas bajo los árboles, del otro lado. Lejos de los bienintencionados que siempre se inclinan para saludar, conversar, dar por sentado que no se puede vivir fuera del rebaño. Pero esas mesas están ocupadas y Saravia termina adentro, en una esquina, cerca de la ventana. La bandeja de plástico y un pocillo. Más allá, un tipo que lo mira y él sabe, sabe que es otro empleado, sabe que se llama Suárez. No. Vílchez. No. Sabe que lo ha visto. Dónde.

Y de ese cruce de miradas del que Saravia ha huido tarde surge la respuesta insoportable del otro. Acercarse. Empezar a hablar.

–Supe que te robaron la cupé.

No ha preguntado. Lo suyo es información. ¿Está queriendo corroborarla? ¿Obligarlo a aceptar eso?

Si no estuviésemos atados por la educación, la amabilidad, la cortesía. Si pudiéramos hacer exactamente lo que manda el cuerpo, Saravia saltaría sobre ese que lo mira y lo golpearía con algo horriblemente pesado, en la boca, hasta romperle los dientes.

Habría sangre, trozos, vidrio, suelo, tela rota. Y nadie podría acusarlo de nada. Todos entenderían que ha hecho lo único posible, que sólo ha respondido a una provocación.

El silencio es demasiado pero el otro sigue sonriendo. ¿Qué quiere? ¿Qué quiere ese que ni siquiera tiene nombre?

–Qué loco. Las vueltas de la vida.

Saravia no podría decir en qué momento el otro se ha ido. Ha quedado flotando esa voz agria, la forma de sonreír hacia un costado como si la boca fuera a hacer algo impensado. Esa mueca y una frase que no logra atravesar del todo. Siempre me acuerdo cuando me dijiste que ese auto no era para cualquiera.

24

Se había prometido insistir. Estar, hacerse presente. Volverse una molestia. Llamar todos los días, convertirse en pesadilla. No dejar que esos vagos duerman.

Se había prometido mantener viva la denuncia. La policía trabaja por cansancio, por hartazgo, para sacarse algo de encima.

La furia se ha puesto oscura. En la televisión un imbécil dice que el enojo puede ser el combustible de la acción. Lo único que queda es bajar el volumen. El tipo sigue hablando en la pantalla, los labios se mueven, la casa se llena del ruido del teclado de la computadora. Silvina hace algo en otro cuarto. ¿Le escribe a alguien?

¿Desde cuándo le molestan los ruidos de la casa? Los ruidos de ella en la casa.

Desde siempre, dice la voz turbia de adentro. Sólo que no me había dado cuenta.

Se miente. A conciencia y con ferocidad. Lo sabe. Se atrinchera. Una fortaleza a implosionar. Se enrosca en ese odio. Quiere recuperar su cupé. Ahora. Quiere que todas esas mierdas de la policía hagan algo. Quiere morder. Romper.

La mano de Silvina llega con una caricia en la frente. No la ha oído llegar. Pero no hay sobresalto. Es otra cosa. Un líquido ácido por dentro. Quema. Si pudiera formular lo que siente, sería una pregunta llena de odio. ¿Cómo ella se atreve a estar bien cuando él está mal?

Silvina sonríe. Él asiste al descubrimiento de que en su cuerpo hay una violencia buscando un blanco.

25

–¿Lo llamaste a Guzmán?

Él sigue comiendo, la mirada en la pantalla del televisor.

–Ya sé que no va a ser lo mismo pero podés armar otra.

–Justamente. No va a ser lo mismo.

–Podrías probar. Mientras buscan la tuya.

–¿Vos te creés que la están buscando?

El tono ha sido tan duro que ella endereza la espalda.

–Bueno, no será una prioridad pero, sí, la deben estar buscando.

–La cupé no existe, ya. ¿No sabés lo que es un desarmadero?

–No hay mercado para esos repuestos –dice ella, cansada de ser la que no sabe, la ingenua, la bien intencionada.

El televisor muestra un pueblo de Inglaterra donde han desaparecido dos niños. La policía y los bomberos rastrillan la zona.

–Conozco un chico que trabaja con autos. Es ahijado de una amiga de la tía Marta.

Silencio.

–Luis. No podés estar tan encaprichado.

Él se levanta de golpe. En el movimiento engancha el mantel, el plato se sacude, el tenedor se tambalea, algo se tumba, corre el vino, algo se parte contra el piso, vuelan astillas. Ha sido todo tan rápido que ella no alcanza a reaccionar. El suelo, el ruido del metal, fragmentos, la mancha en el mantel. El portazo cuando él sale de la

casa.

–Perdoname que te llame así, Guzmán. No sé qué hacer.

–Decime.

–Desde que le robaron la cupé está muy nervioso. Tengo miedo de que le haga mal. Le dije que te llamara. Que a lo mejor le hace bien buscar otro auto.

–Lo que pasa es que los coleccionistas no encuentran reemplazo, ¿entendés?

–Claro que entiendo. Pero, ¿qué va a hacer? ¿Nunca más va a tener un auto sólo porque no puede tener ese?

Guzmán se ríe.

–Definiste la cosa bastante bien.

–Ya sé. Ya sé. Pero no nació con ese auto. Si armó ese, puede armar otro.

–No le estás diciendo cosas así, ¿no?

–No soy tonta. Estoy casada con él hace una vida.

–No le digas más que me llame. ¿Le estuviste sugiriendo autos?

–Sí.

Imposible saber cuánto de orgullo y cuánto de vergüenza hay en el tono.

–Eso está mal. No le sugieras nada. ¿Qué hiciste?

–Le traje revistas.

–No le habrás dado la del círculo de coleccionistas, ¿no?

–Fueron las que encontré; yo qué sé, hice lo que pude.

–Ay, ay, ay. Saravia cree que los del círculo son todos pelotudos. –Otra vez la risa y la tos–. No le des revistas, no le digas nada, no le insistas para que me llame. ¿Van a estar el sábado?

–Sí.

–Bueno. Me voy a dar una vuelta. Quedate tranquila. No debe ser sólo el auto. A lo mejor es otra cosa. La edad, no sé. Ya se va a arreglar.

Silvina prende un cigarrillo, de pie, frente a la ventana. Un brazo cruzando el vientre, el otro en alto sosteniendo esa brasa breve que apenas ilumina.

Claro que debe haber otra cosa. Ese capricho, ese encono. Pero qué. Y aun si no es por el auto, ese es el único territorio donde puede hacer algo. Por eso trata de acordarse del apellido de Germán. Y se sonríe de la ironía de haberlo encontrado en la calle después de años de no verlo, justo el día del robo.

Eso puede hacer. Rastrear a Germán, pedirle ayuda. Por fuera de la policía quizás sea más fácil recuperar la cupé.

26

–Y, no sé, con mamá es cada vez más complicado.

–Sí. Pero vos. Tus cosas. ¿Cómo van?

–No sé. Estoy agotada. ¿Ustedes?

–Luis sigue mal. Está emperrado con el auto. Es como si no pudiera pensar en otra cosa.

–Es un chico.

–Por eso te llamaba. ¿Te acordás de la amiga de tu mamá? ¿La que vivía cerca del río?

–¿La Marucha?

–Sí. ¿Sabés algo de ella?

–Se mudó hace un montón. Se habrá muerto ya. ¿Por?

–Quería ubicar al ahijado. ¿Te acordás de Germán? El de flequillo, el que siempre se subía al techo.

–¡Era tremendo ese chico! ¿Para qué lo buscás?

–Me crucé con él en la calle. Me dijo que trabajaba con autos. Pensé que a lo mejor me podía ayudar.

–Cómo, ayudarte.

–No sé, viste que los mecánicos siempre tienen datos.

–¿Datos de qué?

–De los robos, de esas cosas.

–No sé, Silvina. El hermano más grande era medio pesado. ¿En qué te puede ayudar un dato? ¿Vos sabés lo que es ese mundo?

–Me imagino. Pero si Germán me ayuda a lo mejor consigo algo.

–Ayudarte te va a ayudar. Estaba embobado con vos.

Silvina se ríe.

–¡Fue hace 20 años! Y él era un nene.

–Era. Ahora debe tener, ¿qué? ¿Veinticinco? ¿No le preguntaste dónde trabaja?

–No, no. Fuimos a tomar un café. Yo qué sé. Lo encontré así de sorpresa y él estaba tan contento y me invitó y fuimos. Media hora, nada. Nos pasamos ese rato riéndonos y acordándonos del barrio.

–Igual ahora es fácil encontrar a alguien.

–Es que no me acuerdo el apellido.

–Era…

–Terminaba con i.

–Apellido italiano que termine con i hay miles.

–A lo mejor tu mamá se acuerda.

–No creo. Hay días en que me reconoce pero pocos. En general cree que soy la abuela.

–¿Y si le preguntamos?

–Puedo probar. Igual, ¿no te parece que es ir muy lejos con esto de Saravia?

–Yo lo quiero.

–Ya sé. La suerte que tiene ese estúpido.

–No le digas así.

–Me preocupa que vos te pongas a hacer todo eso. ¿Él qué hace?

–Nada. Trabaja y mastica bronca.

–Dejalo, entonces. Si él no se mueve, que se joda. Que se compre otro auto y listo.

–Es que no es eso, no sé cómo decirte. Está raro.

–Raro fue siempre. Pasarse todos los ratos libres frotando tuercas y tornillos.

–Sos jodida, ¿eh?

–Vos sabés que nunca me gustó.

–Ya sé. Pero me tiene que gustar a mí, no a vos.

–Tampoco te pongas brava. Si te hubieras casado con el de flequillo ahora estarías feliz.

Se ríen.

–Ves que sos tonta. Tenía cinco años.

–Bueno, si mamá se acuerda lo vamos a buscar y vemos. Veinte años de diferencia a esta altura ya no es tanto.

Hay más bromas, saludos, gestos entre dos mujeres que fueron niñas, primas compartiendo patio, juego, confidencias, golosinas.

27

Guzmán llega temprano. Sobre la mesa del living queda la bolsa de criollos. Silvina trata de hacer el menor ruido posible cuando sale. Saravia despliega un ballet de gestos ofuscados. Guzmán simula no darse cuenta. El mate cambia de mano, se oye ladrar a los perros del vecino, el sol se pone más fuerte.

–¿Noticias de la cupé?

Saravia mueve la cabeza.

–¿Y qué vas a hacer?

–No sé, no sé. La policía no hace nada.

–¡Qué novedad!

–¿Qué querés que haga yo?

–Estás ahí como un pelotudo dale que te dale. ¿Por qué no armás otro?

–¿Vos me preguntás eso?

–Me dijeron que en Rosedal tienen un par.

Se hace un silencio filoso. Quizá Saravia está sopesando, calibrando. Quizá está a punto de ceder. ¿Qué balanza se construye ahí, en el punto exacto de soltar para tener?

Guzmán ha sentido algo, como el peso en una línea que cruza el río, una sacudida abajo, en el agua, algo que lo ha hecho pensar otra vez que no es por la cupé, que Saravia hace tronar los nudillos a cada rato por otra cosa. Ayudarlo va a ser salir a buscar algo para atrapar otra cosa; hacer un movimiento en una dirección para que, del otro lado del mundo, algo se desplace. Piensa en los teros, Guzmán, mientras ceba un mate. Piensa que una cosa empuja a la otra y que

quizás insistir en el auto sólo provoque aguas más turbias. Y hace sin pensar, pero sabiendo.

–Bueno, yo venía a ver si me podés ayudar.

Y así, la voz va diciendo que esa pieza que consiguió para la chata no engancha bien y que entonces con el traqueteo se va limando y que necesitaría una herramienta con la que pueda corregirla y el dedo índice de Guzmán dibuja sobre la mesa una forma y entonces Saravia se levanta, busca papel y birome y se queda un rato dibujando, haciendo girar la hoja marrón, mirando y discutiendo detalles. Uno ha cedido: dejarse llevar por las preocupaciones pequeñas, por lo práctico, por lo que puede dibujarse en un papel. Otro ha sabido abandonar toda insistencia.

Cuando Silvina vuelve a la casa los ve inclinados sobre la mesa, sin darse cuenta de que deberían haber prendido la luz hace rato, enfrascados en cómo engarzar una pieza con otra.

Ya es de noche cuando la pantalla del teléfono se ilumina con esa foto que siempre la hace reír.

–Prima.

–¿Fuiste a verla a mamá hoy?

–Sí, perdoná que no te avisé, lo decidí de golpe.

–Me hubieras llamado.

–Perdoname.

–No es por mí. Es que cuando llegué me empezó a hablar de vos y yo pensé mirá qué justo, qué casualidad, y le tiré un poco la lengua.

–¿Me reconoció? Cuando yo estuve no dijo nada.

–Parece que sí. Estaba como agitada. Y me decía que te ayudara. Bueno, a mí no. A tu mamá. Hoy me confundió con tu mamá.

–¿Qué te dijo?

–No sé, eso. Tardé un rato en darme cuenta qué decía. Cuidala a tu nena, cuidala, cuidala. Se pone así y puede estar horas. Me impresionó un poco. Pensé que era casualidad. Y después vino la enfermera y me dijo que había estado inquieta desde que te habías ido. Bah, dijo desde que se fue la señora. ¿Podés creer que se me ocurrió que era Zulema? ¿Que había ido Zulema? No aprendo más yo. Qué va a ir esa.

–¿Siguen mal las cosas?

–¿Cuándo estuvieron bien? Si parece que soy hija única. ¿Sabés qué me dijo la última vez? Que si mamá no se da cuenta de nada es al vicio visitarla. ¿Podés creer que sea así? Le dije: sí se da cuenta. Sólo que no sabe quién es quién. Por eso, me contesta. No la aguanto.

–Dejala. Siempre fue así tu hermana.

–Y yo soy tan tonta que pensé que podía ser ella. Después la enfermera me dio unos datos más y se me ocurrió que eras vos. Me hubieras avisado.

–Perdoná.

–Sabés que a lo mejor es de puro perdida. Pero a lo mejor no. ¿Hablaste con ella?

–Le pregunté por Germán. Pero no me dijo nada.

–No está loca. Está desorientada nomás.

–Ya sé, ya sé.

–No, te digo porque a lo mejor era una respuesta a destiempo, ¿entendés? A lo mejor cuando te pudo responder vos ya no estabas. Y me lo dijo a mí.

–Qué te dijo.

–Eso. Que te cuides.

–¿Y eso sería?

–No sé, desde anoche estoy pensando. Lo de este chico, lo del

auto, que mejor lo dejes.

–¿En qué me puede dañar encontrarlo a Germán? Por ahí le pregunto y él puede hacer algo.

–Que no sé. El hermano más grande andaba metido en muchas cosas. ¿Para qué ir por ahí?

–Para ayudarlo a Saravia.

–Esas cosas de los desarmaderos son muy pesadas. Dejalo.

–Sí. No sé.

Las mujeres se despiden, se prometen visitas, encuentros, reuniones. Nada de eso va a pasar. El teléfono las ata como una soga invisible, dos boyas enlazadas en un agua de horas que pasan a distancia.

28

El vaso deja un círculo morado sobre la mesa. Los cuerpos cansados de todo un domingo lidiando con herramientas.

Guzmán ha sacado el tablón al patio y ahí han quedado las huellas, las marcas, el papel que sostiene el fiambre, una bolsa de pan, dos vasos de vino.

Saravia que ya ha tomado y está a punto de decir algo, los anónimos, algo, ponerle nombre a eso que araña más atrás, atrás del auto, no sabe cómo, qué decir, qué cosa dejar que salga de su boca, cómo moverse hasta eso.

–Me había comprado un tocadiscos.

–¿Sí?

–El día que me robaron la cupé.

–Me estás jodiendo.

–No. Lo acababa de comprar.

–¿Un tocadiscos?

–Andaba en el centro y lo vi.

–¿De esos nuevos?

–No, no, de los viejos. Pero estaba perfecto. Lo compré ahí en la galería de la calle Rioja.

–Todo robado ahí. Sabés, ¿no?

–Dicen.

–No. Dicen, nada. Ahí todo es robado.

El vino se pone espeso dentro de Saravia.

–¿Vos decís que me robaron el auto porque compré algo robado?

Guzmán se sacude.

–¿Cómo se te ocurre una pelotudez de ese tamaño? Saravia, qué decís.

–Y, no sé . –La voz viene buscando pelea–. Me decís eso así.

–Te dije algo que saben todos.

–Sí, pero me lo decís con un tono...

–Qué te pasa.

–Eso, te hacés el enigmático.

–Qué enigmático, todo el mundo sabe que ahí venden cosas robadas.

–Claro. Y mi castigo es que me roben.

–No dije eso. Ni siquiera pensé eso.

–No parece.

–Qué te pasa, todo el día estuvimos trabajando juntos, bien. Y ahora me salís con esto.

–Vos saliste con eso.

–Saravia. Es una pelotudez lo que decís. ¿Vos te creés que el mundo está ordenado? ¿Que hay una justicia celestial que se ocupa de castigar a los boludos que compran cosas robadas? ¿Que Dios te mandó un ladrón para equilibrar el orden que rompiste? ¿Me estás hablando en serio?

–¿Me dijiste boludo?

–¿Lo único que oíste fue eso?

Las palabras van subiendo, catapultas cada vez más tensas. Todo termina con Saravia saliendo de la casa con un portazo y Guzmán lamentando haber dicho yo no sé cómo Silvina no te deja por otro.

29

Una escalada de gestos cada vez más violentos. Y la sospecha de que sólo puede ir empeorando.

Silvina sabiendo que Guzmán ya no vendrá a la casa, que ni siquiera puede decirse el nombre del amigo en la mesa.

Saravia que vuelve a lo que dijo la adivina: la desgracia. ¿Cuál de todas? Silvina y ese tipo, la cupé, la piedra que tiene dentro, los días todos iguales, la hiel, esa cadena de óxido negro.

Y uno de esos días en los que ha empezado a preguntarse si no es mejor abrir la mano, uno de esos días en los que ya casi está a punto, asustado de ver hasta dónde ha llegado, asustado por la distancia que ha puesto con los otros, con Guzmán, con Silvina, uno de esos días Saravia vuelve a casa y encuentra sobre la mesa un papel que dice Me voy unos días a lo de mi prima. Necesito pensar. Te quiero.

Y entonces lo que podría ser furia se oye como quiebre, una grieta que se expande y aúlla. Y lo que podría haber sido el punto más alto se vuelve estanque, inmóvil, por primera vez imaginar cómo sería su vida sin Silvina.

El dolor es alivio. El alivio es dolor. El alivio de dejarse caer en el dolor. Otro. Uno cuyo origen está a la vista.

Y la tonta evidencia de que sin cupé no hay anónimos, los primeros días esperando que lleguen de otro modo pero no, luego ya no, la comprobación de que no van a llegar y allá, al fondo, sofocada, la pregunta de por qué. De si sólo se trata de la falta de soporte. O si hay otra cosa. Si quien los escribía ya sabía lo que Silvina iba a decidir.

Y esos días muertos en que todo está detenido. La sensación de algo que se desgrana. La repetición de movimientos vacíos. Despliegue de rutinas ante la ausencia de sí. ¿Quién de los dos se ha ido? Él tampoco está ahí, en la casa, moviéndose a los tumbos como un ciego al que han cambiado de paisaje. Él también se ha ido, piensa. Algo que lo traiga de vuelta, algo que lo ancle.

Y entonces forzarse a sí mismo, llevarse a la escena que puede rescatarlo: armar, construir, abrir la caja de herramientas, aferrarse. Sostenerse en lo que falta, lo que debe buscar, rastrear, encontrar, conseguir. El mundo de las cosas posibles.

Y finalmente el día en que sale a conseguir esa pieza y camina buscando una dirección y se pierde y pregunta y vuelve a perderse y alguien le dice:

–Ahí en la esquina hay unos muchachos que seguro lo van a orientar.

–¿En la casa de repuestos?

–Ahí.

30

Hay un solo empleado atendiendo un cliente que va apoyando las piezas sobre el mostrador. Va hasta el fondo dos, tres, cuatro veces. En uno de esos periplos estira el cuello para decirle:

–Ya estoy con usted, señor.

Saravia cabecea. Se ha quedado mirando un póster con un Lamborghini. La conversación suena como música de fondo. Gastada, previsible, imperceptible.

–No es tan fácil conseguir.

–Pero si no lo tenés vos no lo tiene nadie.

El empleado se ríe.

–Esperá. Voy a ver si está Yiyo y le pregunto.

Unos minutos después vuelve con un repuesto y el local se llena de olor a nafta.

–Mirá. Me dice que si la adaptás esta puede andar. Fijate si lo ves vos o preferís que él te explique cómo. Te va a quedar bien.

–¡Pero esto es de un 1600!

–Te sirve igual.

Saravia se acerca al mostrador, se asoma por sobre el hombro del cliente y mira. El otro le sonríe. El empleado ha ido al fondo a buscar algo más.

–Hace años que no veo uno de estos –dice el cliente.

–¿Me permite?

Saravia gira la pieza y, del otro lado, un poco borrada, su marca. La marca que pone a las piezas que más le ha costado conseguir.

Cuando el empleado vuelve al mostrador y sólo ve un cliente, pregunta:

–¿Y el otro tipo?

–Se fue. No sé. Estaría apurado.

31

Desde temprano andan todos de punta. Hace días que sienten algo. Imposible saber qué. El exceso confunde tanto como la ausencia.

Los que hacen guardia en la Central, los que casi viven ahí, su café, su mate, la silla prestada en un escritorio, el galanteo con las de Informes, los que toman el desayuno en el bar de enfrente, los que saben palpar cómo vienen las cosas, los que conocen los climas, el pulso, la cadencia, esos saben desde muy temprano que algo pasa, algo está a punto de pasar. Lo sienten.

Van a hacerse los tontos los cuadros medios, van a encerrarse en los despachos los cuadros altos, van a ponerse nerviosos los juanes. ¿Cómo sabe la hormiga que el pie del hombre está a punto de derrumbarlo todo?

Una minucia, una nada, algo que no fue cajoneado a tiempo. Uno nuevo que le toma una denuncia a un tipo que dice que fue a una repuestera del Bajo y que reconoció, en trozos, el auto que le habían robado, una pieza, rasgos familiares, él que conocía su cupé de memoria porque le gustaba armarla y desarmarla los fines de semana, él que tiene la costumbre de hacerles una marca a esos tramos, él que insistió tanto en que esos datos fueran asentados en la denuncia porque sabía que iban a servir para reconocer el auto, aun si estaba en trozos. Trozos que acaba de encontrar en esa casa de repuestos usados y se da cuenta de que debe preguntar, de que no es el momento de acusar porque puede escapársele el pájaro en un descuido y pregunta, entonces, si ahí trabajan con un desarmadero en especial y un cliente que está ahí contesta que sí, que en general en esa zona trabajan con Durruti y entonces el hombre sale y camina unos pasos y va a hablar con un policía que está parado justo en la esquina, un juan cualquiera, García, va y le dice oficial, fijesé y le quiere explicar y cuando nombra a Durruti el policía le dice que no, que se debe haber equivocado y algo en el hombre se alerta, se da cuenta, el policía tan cerca, tan seguro al decir Durruti, no, entonces aprieta un poco, insiste y lo ve al

policía, no debe tener mucha calle, lo ve amilanarse, decirle una denuncia no, sabe el tiempo que va a perder, a usted le habrá parecido, se va a meter en un lío de papeles y encima el seguro no le va a pagar y el hombre que dice el seguro ya me pagó y entonces el policía ¿Ve? Va a hacer todo ese lío al vicio nomás, fijesé, le va a tener que devolver el dinero a la aseguradora y entonces el hombre tiene la certeza y dice no sé, sólo para que no se note mucho, que no sea sospechosa la facilidad con que cede, no sé dice y agradece y empieza a irse y suelta sí, a lo mejor tiene razón y se aleja unos pasos y dobla la esquina y hace una pausa como si fuera a prender un cigarrillo y desde ahí lo ve correr al cana, correr desesperado hasta la casa de repuestos y después un pibe que sale corriendo para el lado en el que debe estar lo de Durruti y entonces una camioneta que para y dos chicos flacos que, todos apurados, van subiendo cosas, autopartes, chapas, cajas en la chata y arrancan y salen y este hombre, tan poco iluminado, que corrobora que el policía está metido en la cosa y decide ir a contar todo a la Central, todo: la casa de repuestos, Durruti, el policía de la esquina.

32

Y alguno, de guardia, que ni sabe, que ni entiende, uno que todavía no tiene padrino, quién mierda lo pone en la guardia si no sabe ni atarse los cordones, quién mierda lo pone ahí van a ir preguntando los cuadros altos hasta llegar a Lanbro. Y Lanbro va a pegar un puñetazo en la mesa, va a dar un portazo y va a gritar que está harto de vivir entre boludos.

El tipo se ha acercado, el nuevo le ha tomado los datos. Ha dejado asentada la denuncia. Ha hecho firmar al declarante, ha dejado una copia en la bandeja de plástico negro y otro que ha pasado ha visto la dirección, el nombre de Durruti, se ha extrañado, al meterse en la cocina para tomar unos mates le ha preguntado a un compañero ¿Le soltaron la mano a Durruti? Y el otro ha preguntado si está loco y entonces él cuenta lo que acaba de ver. Sólo puede decir una denuncia, está mencionado Durruti, ya está en el sistema y entonces el otro sale corriendo hasta los pisos altos para avisar y allá, en el desarmadero, ya saben de la visita en la casa de repuestos.

El que tomó la denuncia termina su guardia y quiere hacer buena letra, sumar puntos, este lugar está lleno de pelotudos recién llegados, ya lo dirá Lanbro, él que pidió más partida, guita, guita quiero pero el gobernador lo que me manda son boludos recién salidos de una escuela en la que no aprenden nada.

Así se encadenan las cosas, uno nuevo que toma una denuncia, que se corta solo, que decide ir hasta esa dirección, hacer preguntas, Durruti diciendo ¿Vos sabés con quién te estás metiendo, pendejo? El nuevo llevando la mano a la correa de cuero que sostiene la pistola, Durruti dando un paso atrás, sorprendido, pero enseguida la furia, su hermano viéndolo desde el fondo, esa posición del cuerpo, esa escena que ya conoce, correr, tratar de llegar a tiempo, Durruti agarrando un caño que está apoyado sobre la chata, el nuevo sacando el arma, el Nene corriendo, el nuevo sobrepasado, sin saber a cuál de los dos encañonar, el arma sin seguro, Durruti que ve la mano orientándose

hacia su hermano y entonces el gesto instintivo, salta, arrebata la pistola y gatilla. El nuevo pura sorpresa. El fuego en el cuerpo. Un agujero, el estupor.

Un patrullero que oye los disparos y llega enseguida, dos de la guardia vieja que bajan, gritan. ¡Qué hiciste, Durruti, la puta que te parió!

Y él que gira, que sólo quiere ver dónde está su hermano, y uno de los recién llegados que lleva la mano a la cintura y él dispara otra vez, los huesos de un pie estallan al quebrarse. Y el otro policía que se asusta y manotea el arma y entonces Durruti tira. Un hueco en el pecho, el cuerpo que cae y, mientras cae, aprieta el gatillo. La bala sale para ir a clavarse en el Nene.

Así termina. Así comienza.

El Nene caído en el barro, el pecho roto, muerto. El tercer policía trepando a la camioneta como puede. Mete reversa, acelera. Durruti gritando Decile a Lanbro que se le viene la noche.

33

Dicen que Lanbro lo recibió. Que alguien tiró una toalla en el piso para que fuera absorbiendo la sangre. Dicen que habló sereno aunque tenía una bala en el pie. Dicen que se acercaron los de servicios médicos, que Lanbro pidió que atendieran al herido y que el otro hizo un gesto con la mano, diciendo no. Dicen que a Lanbro le gustó eso, que el tipo entendiera las prioridades. Que los de emergencias puteaban por lo bajo, esperando en el pasillo, desesperados por prender un cigarrillo. Que uno de ellos dijo sí, dale, decile que venimos en enero a sacarselá. Dicen que no cobraban hacía dos meses y que estaban sin dormir y que todo el mundo estaba nervioso menos Lanbro, contento con ese que sabía esperar. Contento hasta que escuchó lo que había pasado. Dicen que empezó a gritar. Que a la denuncia la destruyeran, que la borraran del sistema, que no podía creer, que en ese lugar de mierda nadie respeta la cadena de mando. Dicen que todos se quedaron inmóviles, el de la bala perdiendo sangre, los de emergencias sentados en la banqueta del pasillo, los otros mirando sin mirar.

Lanbro que abre un cajón y saca un celular. El teléfono que repica allá, en el desarmadero, ese sonido que nadie detiene. Lanbro que empieza a entender la gravedad de lo que pasa, que ordena una camioneta, que llama a cuatro de su confianza, que los hace venir, que les dice Se van ya a lo de Durruti, hablen con él, fijensé qué mierda pasó, arreglenló.

La camioneta que sale derrapando, Lanbro que vuelve a marcar el número del desarmadero, ese celular mínimo que entra y sale del cajón, todo el mundo girando inmóvil, insectos nerviosos, el hormiguero desarmándose, pasan quince, veinte, cuarenta minutos, alguien sube corriendo y entra al despacho abierto y dice Jefe, hubo un tiroteo.

Van a venir a decirle que los cuatro que mandó están muertos, que ni siquiera tuvieron tiempo de sacar las armas. Que el cuerpo del

Nene ya no estaba, que Durruti había desparecido, que se había llevado una camioneta.

Lanbro les pide a todos que salgan. El del pie ensangrentado no sabe qué hacer. Finalmente se levanta y renguea hasta la puerta. Afuera, en el pasillo, los de emergencias lo ven salir, lo encajan sobre los hombros y lo cargan. Van a hacer chistes después, uno de ellos entrecierra los ojos, evitando el humo del cigarrillo que tiene en la boca. En la mano, una herramienta que parece una tenaza aprieta el metal bañado en sangre.

Lanbro está solo. Debería levantar el teléfono y consultar. Pero quizás no. Mejor cortar de raíz. Si no arregla pronto con Durruti, se va a poner feo. Muy feo.

Llama a dos subordinados. Detalla. Que vayan al desarmadero, que no hay peligro, que dejen por escrito lo que pasó, que en el contexto de una operación de inteligencia que tenía como objetivo atacar el flagelo de los desarmaderos ilegales, efectivos de la fuerza fueron testigos presenciales de una pelea entre bandas y no vacilaron en intervenir. Que, lamentablemente, hubo un saldo negativo de vidas en el curso de esa investigación. Que los efectivos abatidos serán reconocidos por su entrega y su sacrificio, que la Central de Policía comunica a la población que el resultado de la investigación es el desmantelamiento de un importante desarmadero que funcionaba como ariete necesario en la cadena de delitos relacionados con el robo de vehículos. Que existen pruebas fehacientes de que los malvivientes vinculados con dicho desarmadero son los mismos que tiempo atrás asesinaron a sangre fría a dos personas en inmediaciones del estadio a fin de sustraerles el vehículo.

Los que están sentados en el despacho escuchan a Lanbro sin un solo movimiento. Se tensan cuando el que habla hace una pausa. Parece estar pensando, calculando el efecto, las consecuencias de lo que debe decidir ahora, ya. Tiene seis policías muertos, sabe que va a haber presiones desde abajo. Si toca a Durruti va a haber presiones desde arriba. Tapia. Tiene que decidir. Los otros quieren saber si pueden caer sobre Durruti o si deben irse por ahí a tomar. A tomar.

Lanbro rompe la pausa. No se ofrece más información a la población porque la investigación sigue en curso y se busca evitar

situaciones que puedan conspirar contra una pronta y eficiente resolución.

La televisión del despacho muestra imágenes capturadas desde los móviles. Uno que enciende una luz, otro que sacude un cable saliendo de una combi, los logos, las antenas, las caras de siempre.

34

La pantalla del celular dice T. Lanbro cierra la puerta antes de contestar.

–¿Qué pasó?

–Una cadena de errores. Estoy tratando de arreglar. Hay que ubicar a Durruti.

–¿Es cierto que el más chico está muerto?

–Sí.

–Eso no se va a arreglar fácil.

–Ya sé. Qué hago.

–De Durruti me ocupo yo.

–Me mandó decir que se me venía la noche. A mí. Como si yo tuviera algo que ver.

–Son tus hombres.

–Pero yo nos los mandé.

–No fuiste claro con las zonas que no se tocan.

–¿Y vos creés que yo tengo claro cómo es eso?

–¿No?

Lanbro hace silencio. Tapia insiste:

–Porque si no lo tenés claro hay que sacarte hoy. ¿No lo tenés claro?

–Sí, sí, sabés que sí. Lo que pasa es que me dan la información cortada. ¿Por qué a Durruti no se lo toca?

–Eso no te tiene que importar.

–Pero es que necesito saber. ¿Cómo le explico a mi gente? Creen que estoy mordiendo y ellos también quieren morder.

–¿Cómo les explicás? ¿Me estás preguntando en serio?

–Creen que los estoy pasando.

–¿Qué sos? ¿El jefe de policía o el presidente de una cooperativa? ¿Vos no sabés lo que es la autoridad? ¿A quién mierda le tenés que explicar tus órdenes? ¿Desde cuándo las órdenes se explican?

–Está bien, está bien. Ya sé.

–Vos fijate si sos capaz de proteger lo que tenés que proteger. Si no podés, jefes de policía conseguimos enseguida. ¿Entendiste?

–Sí.

–Ocupate de que esto no crezca.

35

La noche se estira hasta lo insoportable.

Lanbro se pone a buscar algo en un cajón como si fuera el único modo de hacer que los tres que están en su despacho den por terminada la reunión. Pero nadie se mueve.

Uno de los policías pregunta por qué.

El cajón se cierra de un golpe.

–¿A mí me preguntás por qué? ¿A las cuatro de la mañana vos me preguntás a mí por qué? Van y agarran a los Acosta. Padre e hijo.

El más joven suelta una voz suave que no condice con su oficio.

–Lo que quiere decir Páez es que los Acosta no tienen nada que ver.

–Gracias, querido. Si no estuvieras vos para explicar lo que este pelotudo quiere decir, no sé qué haríamos.

Lanbro se desprende un botón de la manga de la camisa.

–Hoy, apenas amanezca, quiero levantar el teléfono y decirle al ministro que están detenidos los responsables del tiroteo en el desarmadero. Hoy. Los nuestros ya anduvieron por allá.

La mano abre un archivero de metal y de la parte de atrás saca una bolsa con dos pistolas.

–Las huellas las quiero acá.

–Todo el mundo sabe que fue Durruti –insiste el más joven.

–Todo el mundo no existe. Estoy yo, el ministro y lo que diga la radio. Se van ya.

Los tres hombres caminan hacia la puerta. El único que ha permanecido callado, cuando está a punto de salir, dice en voz baja:

–A lo mejor tenemos suerte y se resisten.

Lanbro deja que la frase quede ahí, como algo inexistente que persiste.

36

Una puerta astillada. Un pasillo largo. Zaguán. Uno va hacia la derecha, primera pieza. Un hombre se incorpora en la cama, ve el fogonazo, no sabe por qué, muere sin saber cuál de todos los porqués ha llegado hasta su casa a romper la puerta. Se muere pensando ojalá hayan matado a Chiche antes.

Chiche se despierta sobresaltado, un disparo, no sabe quién tiró, si alguien ha matado al viejo, si el viejo ha bajado a alguien, está sacando la pierna derecha de la cama, el torso desnudo, un calzoncillo largo para matar el frío, el pie en el aire, puerta, entra una sombra, fogonazo, se muere pensando ojalá papá ya esté muerto.

El tercer hombre corre por el pasillo, patea la puerta del baño, nadie. La cocina, manotea la pared buscando la tecla de la luz, nadie. Da un paso atrás y ve a sus compañeros asomándose de cada una de las piezas.

–Limpio –dice el del fondo.

Los otros vuelven a su sitio. Se oyen dos, tres, cuatro disparos más. Disparos hechos sobre cuerpos ya muertos que se sacuden al recibir la descarga.

El del fondo del pasillo abre la mochila que ha llevado pegada a la espalda. Saca dos de las pistolas. Estira el brazo, mide. Va hasta el baño y dispara dos veces hacia la puerta de calle. Una bala queda en el yeso. La otra pega en el marco y rebota contra las paredes del pasillo, rozando a esos tres hombres que, apenas la bala se detiene, se ríen nerviosos.

–¡Qué boludo! Mirá si nos daba.

Entran en la pieza de la izquierda. Uno se agacha sobre Chiche y le pone una pistola en la mano. Dos tiros en dirección a la puerta. Camina unos pasos y hace lo mismo con el otro cuerpo.

Gira, repasa con la vista, lleva el handy hasta la boca. Uno de sus compañeros lo frena.

–Acosta padre es zurdo.

Otra vez el arma en una de esas manos blandas. El disparo.

–Ahora es ambidiestro.

Se ríen.

Uno agarra la pistola y vuelve al cuarto de Chiche. Se agacha. Mira el ángulo. Desde ahí se ve el brazo de un compañero y los borcegos del otro. Apunta, aprieta, dispara.

Se oye el grito, los insultos, el cuerpo que cae, el pie que sangra, las manos que tratan de agarrar ese espacio de carne quemada, rasgada.

–Hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta.

–Perdoná pero nadie se iba a creer que ni nos rozaron.

El del handy avisa a la central.

Mientras esperan, uno de ellos va registrando la casa, levantando billetes, un reloj, una cadena de la virgen milagrosa. Otro se ha parado frente a un viejo tocadiscos.

–Es muy grande –dice el que revisa los cajones.

–Lo meto en el bolso.

–Es muy grande, boludo.

El empecinado va de un trote al patrullero, trae un bolso de lona azul y empuja, forcejea y estira hasta meter el tocadiscos dentro. No logra hacer correr el cierre. Se lo cuelga como una mochila sobre el pecho.

–Velo al puto y su bebé –dice el que está sangrando.

El tiempo justo para meter el bolso en la camioneta antes de que

llegue la ambulancia.

Dos cuerpos cubiertos.

Un uniformado que sale en silla de ruedas.

Llegan los de Científica. Cuando se cruzan, uno de los policías siente terror.

–¿Dónde está Ayala?

–Licencia.

–¿Y quién está a cargo?

–Brandán.

Brandán es un problema. Mide. Calcula. Registra. Anota. La puta madre. ¿Ahora quién le dice a Lanbro que Brandán está a cargo?

37

Todo mal. Primer golpe de vista y ya está. Ayala le ha tirado su guardia y el teléfono que suena de madrugada.

Por un ventanuco entra una línea de luz. Cae a unos pasos del cuerpo más joven. Esa forma de cerrar la mano, tan contraria a toda naturaleza. Andan todos marcando, yendo de acá para allá, los trajes blancos. Brandán hace un rastreo con los ojos. Un cajón abierto, un collar en el suelo. Calcula. La distancia, imposible. La posición de los cuerpos, imposible. La trayectoria de las balas, imposible.

–Disculpemé, doctor.

Alguien lo empuja suavemente por la espalda. ¿Con cuál de todos esos podría hablar? ¿Quién estaría dispuesto a dejar de mentir?

–¿Terminó?

–No, no. Recién empiezo.

Alguien se ríe.

–Escoba nueva barre bien.

Una chica sale del baño con un par de zapatillas.

–¡Los guantes!

La chica sigue caminando y sale a la calle. Brandán la oye decir, ¿Nadie le va a explicar a este pelotudo?

Papeles. Ahí debería anclarse. Contar el tiempo que falta hasta que se cumpla el plazo. Aguantar un poco más. De todas las cosas que ha aguantado, una más. Qué cuesta.

Cada vez peor ese desdoblarse. Hablarse como si fuera otro. La propia voz haciendo eco en su cabeza. Haber salido del pueblo con la esperanza de los últimos años tranquilo y venir a caer acá. Justo acá. Todo este circo del como si.

Papeles. Informes. Dos cuerpos, dos cadáveres. Dos delincuentes ha dicho uno cuando levantaban las muestras. Eso no lo decidimos nosotros, estuvo a punto de decir. Pero agachó la cabeza. Quiere estar tranquilo.

Ahora puede irse. Dejar ese escenario y su evidencia. Irse. Hacer el resto del trabajo. Preguntarse cómo anotar lo que debe anotar sin que eso venga a perseguirlo después.

Fue una ingenuidad querer salir de la mugre. Pensar que era peor estar en un territorio chico. Irse creyendo que en la ciudad iba a ser otra cosa. Que cómo seguir aguantando el modo en que se resolvían las cosas allá. Cansado del comisario, del juez de paz, de los Etcheberre, de la gente acostumbrada a todo. Creer que en un lugar grande podía ser distinto. Sorprenderse por lo sencillo que había sido que le aceptaran el pedido de pase. Descubrir, después, que el suyo había sido un pase castigo.

No desesperar. Acá no pueden hacerle daño. Ya Lila está a resguardo, ya no hay con qué obligarlo. Pero.

Faltan dos años. Estarse quieto. Después, el retiro.

La mujer del bar se lo dijo usted anda arrastrando lo que no puede decir. ¿Cómo pudo dejarse tan a la vista?

Le gustaría hablar con ella otra vez. Prestarle más atención.

La primera vez accedió por cortesía. Cada quien se gana la vida como puede. Le dió la mano. Supuso lo de siempre: amor, fortuna, viajes, una larga vida. Pero ella dijo una flor, el nombre de una flor, un color. Y él sintió un sobresalto. Como si los pies hubieran tropezado con una bolsa de aire. Y levantó los ojos. Y hubo entonces

un segundo en que se miraron y ella sonrió de un modo extraño, extrañísimo, él no podría decir cómo. Sólo que lo dejó sereno. Y que la serenidad estalló cuando ella dijo Lila. La tierra cediendo. Ella se dio cuenta. Y tapó la palma de la mano como quien cierra una ventana. Brandán quería preguntar. Pero preguntar qué.

Y entonces ella dijo eso.

Usted anda arrastrando lo que no puede decir.

Sólo eso antes de irse.

Él tardó en salir del estupor. La había visto antes. Muchas veces. Trabajaba por la zona. Entraba en los bares, leía la suerte, le daban uno o dos billetes. La había visto en el bodegón de enfrente. Ir mesa por mesa, estirar la mano, mirar de un modo aparatoso la palma derecha de quien aceptaba el juego. La había visto antes y a veces pensaba en ella. De madrugada, de pie frente a la ventana, dejando que el agua de la pava se enfriara. Combatir la soledad. Hacer que los desconocidos se vuelvan familia. Inventarles una historia, sumarlos a la propia. La mujer que lee las manos, el mozo del bar de la plaza, la chica que vende bolsas en la esquina, la cajera del súper, la florista de la avenida, el que corea los diarios cada mañana. Para qué más.

Dos años.

38

–¿Cómo llamás acá? ¿Sos pelotudo? Llamame al celular.

–Esperá, esperá...

–No sé cómo mierda te pusimos ahí.

La llamada se corta. El ministro prende un cigarrillo. Vuelve a levantar el teléfono.

–¿Negrita?

–¿Venís?

–No, no. Fijate en la mesa de luz. ¿Me dejé el celular? El más chiquito...

–A ver...

Una búsqueda amortiguada, cosas que se mueven, pasos.

–Acá está.

–Haceme un favor.

–Sí.

–Fijate en los contactos.

–¿Qué busco?

–T.

–¿T sola?

–Sí.

Ella se ríe. Maciel juega con el cable. Va copiando los nueve

números al borde de una de las carpetas que está sobre el escritorio.

–¿Venís hoy?

–Más tarde. Primero tengo que ir a mi casa. ¿Me hacés otro favor?

–Sí.

–Apagalo al celular.

–¿Por?

–Apagalo. Voy a mandar alguien a buscarlo.

–¿A la yegua esa?

–No seas tonta. Daseló. Un beso.

–Soy yo.

–¿De dónde mierda estás llamando ahora?

–Del despacho...

–Pelotudo.

Otra vez Maciel se queda con el teléfono en la mano, solo, mirando una mancha en el vidrio del escritorio. Todo desfasado hoy. Lo supo desde temprano. Grita el nombre de su secretaria y ella se asoma por la puerta entreabierta.

–Necesito que vayas al departamento.

–Sí, señor.

–La chica te va a dar un teléfono.

–Sí, señor.

–Te lo va a dar apagado. Lo vas a traer apagado y me lo vas a dar apagado. ¿Entendiste?

–Sí, señor.

–Andá.

La mujer se aleja un poco antes de tomar un taxi, hace las veinte cuadras que hay entre el despacho del ministro y el departamento, le pide al taxista que la espere, el tipo prende la baliza en doble fila, sube un poco el volumen, la radio lo tapa todo.

El portero eléctrico, el portón, el ascensor, tres golpes cortos sobre la madera, la puerta entornada por la que se asoma ese cuerpo demasiado joven.

–Señora... –la voz de la secretaria llena de sorna.

Una mano entrega el celular, otra lo recibe.

Cuando la puerta se cierra, a ambos lados de la madera, las dos mujeres dicen la misma palabra:

–Puta.

39

Maciel ni siquiera tiene tiempo de hablar cuando la voz de Tapia se le viene encima.

–Mil veces les dije que no había que ponerte en el ministerio. Mil veces. ¿No ves que si hacen un campeonato de pelotudos te descalifican por abuso? Primero me llamás al despacho. La boludita que tengo acá me dice llamado del ministro. ¡Qué pelotudo! Y después me llamás al celular desde el fijo del ministerio. ¿Sos boludo? ¿Para qué mierda tenés el celular? ¿Para qué te lo dieron?

–Ya sé, ya sé, lo que pasa es que...

–No digás nada. Estoy harto de que hagás pelotudez tras pelotudez. Te voy a bajar de ahí en dos minutos.

Los insultos se interrumpen. Todo es brusco hoy.

–No tengo todo el día. Para qué me llamabas.

–Estoy preocupado.

–¿Hablaste con Lanbro?

–Sí, sí, me dijo que ya está. Pero no sé. Para mí esto es muy pesado. Me dicen que van a tocar al forense.

–No puedo creer que seas tan pelotudo. ¿Qué me estás diciendo? ¿Que te estamos molestando?

–Esperá, esperá...

–El sueldo, el departamento, los reservados, la minita esa, ¿vos te creés que todo eso te lo damos porque sos lindo?

–Pero vos me dijiste...

–Te dije lo mismo que le digo a todos. Cerrá el pico, bajá el cogote y obedecé.

–Pero por eso te llamo, para saber qué hacemos...

–No sabés las ganas que tengo de cagarte a patadas. ¡Qué hacemos! Vos hacé lo de siempre: poné esa cara de pelotudo que tenés y sonreí. Nosotros nos tomamos el laburo de trabajar jueces, fiscales, botones para que todo funcione y vos ni siquiera te ocupás de saber dónde mierda estás parado. Despabilate, Maciel. Es la última vez que te lo digo.

40

Del ministerio al departamento. La secretaria que se queda allá, de guardia, deteniendo o conteniendo lo que llega. Parece que la única palabra que saben pronunciar es desarmadero.

Y toda esta discusión con Tapia. Está cansado. Se afloja algo dentro, como un molusco.

Ahora la Negrita va a hacerle una pausa, construirle una pausa, para él, para que pueda dejarse caer, aflojar sin miedo a desarmarse. Debe tener fiebre. El mercurio cuando cae se rompe en algo que no son pedazos sino otra cosa, otra cosa que puede volver a unirse, recuperar lo que era. Como el mercurio. Así debería ser.

La siesta brevísima después de haber estado juntos en la cama, ella que se ha levantado y ahora se acerca a traerle un cigarrillo, se asoma por sobre su hombro para ver si está despierto. Él tiene los ojos cerrados pero se da cuenta de lo que pasa, ha sentido el cuerpo de ella asomándose al suyo, el colchón ahuecándose, y entonces sonríe. Y la Negrita ve esa sonrisa y pregunta ¿Querés fumar? y él gira la espalda para quedar boca arriba y ella acomoda los almohadones para que esté cómodo y él está pensando qué bien que se siente estar acá, qué bien tener este rincón y la rueda del encendedor gira y se oye el roce con la piedra, la mínima explosión de la llama y el gas, el hermoso ruido del tabaco seco encendiéndose y la voz de la ella que pregunta:

–Che, ¿quién es T?

La chica no va a entender cómo pasaron tan rápido de eso a esto, de los cuerpos a los gritos, de las sonrisas al golpe, del descanso a la furia. Al desprecio. No va a entender qué es lo que le pasa a él, que siempre la ha tratado bien y ahora, de la nada, le está gritando que es

una puta, que es una hija de puta, que es una hija de remil putas. La chica no va a entender porque casi lo quiere. Casi se ha acostumbrado a ese hombre, a esos encuentros, a ese destino adormecido. Y se ha acostumbrado porque no es turbio. No es mucho, pero no es turbio. Y ahora él le dice puta.

Y todo porque ha preguntado algo. Y ella creía que iban construyendo algo, armando algo entre ellos. Que podían charlar también. Después de la cama, conversar. Y ha pensado eso porque en el último tiempo él parecía tener otras urgencias. Antes iban a la cama enseguida. Y ahora él llegaba y pedía un café y charlaban o le preguntaba cosas sobre el barrio o le contaba algo, algo del ministerio, de la oficina y ella incluso le había hecho una escena de celos por su secretaria y él se había reído y le había parecido tierno y ella había creído que estaban construyendo algo.

Y a veces, en el último tiempo, ni siquiera habían llegado a la cama. Y ella había pensado que quizás era así, el amor, las otras parejas, los otros, que quizás era así, que se compartían otras cosas, que a veces no había cuerpos debatiéndose y que eso no significaba que no hubiera amor sino todo lo contrario.

Y ahora él dice que está harto de tener que dar explicaciones. Que no vuelva a meterse en sus cosas, que qué se creyó, que no se olvide que es una puta, que no vale nada.

La chica no va a entender cuando él dé un portazo y salga al palier con el saco colgando del brazo y la camisa todavía abierta.

41

En general no le avisan a Lanbro de cada muerto. Hay toda una estructura que va filtrando cadáveres. Sólo con los de etiología dudosa ya no tendría tiempo para nada. Se va, se constata, se suma, brota una cifra. El secreto porcentaje de los suicidas.

Pero algunos cuerpos deben ser anunciados.

Éste.

Cinco tiros.

Uno en cada ojo, uno en cada rodilla, uno en la boca.

Tirado en el límite de la jurisdicción federal, donde empieza el terreno de la universidad nacional.

En los años que Lanbro lleva como jefe, solo pasó una vez. Alguien se descompone y se muere en la calle. Van los de Judicial y el tipo tiene tres cuartas partes del cuerpo sobre jurisdicción propia y los putos pies en jurisdicción federal. Uno de los policías arregla el problema. Agarra al tipo, lo arrastra cincuenta centímetros y lo deja caer. Ya está. Una sola vez.

Ahora el problema es que el aujereado –así le van a decir después– está sobre el pasto de la Ciudad Universitaria y ya se juntó gente y no se lo puede mover. Un encastre de sangre y tierra, esas balas tan bien ubicadas, ese olor, ese peso, esa estructura de mensaje.

Después va a saber que es un viejo conocido. Han tenido la gentileza de dejarle el documento en el bolsillo de la camisa. Tres balas en la cara dificultan el reconocimiento. Francisco Ugarte. El Vizcacha.

Un chispazo y la claridad: jurisdicción federal, ese paquete, Durruti. Ahora está obligado a dejar que otros se ocupen de eso. Porque cómo reclamar. Nadie quiere admitir que le han tirado un muerto.

Piensa que quizás vengan más.

Los días de espera. Inmóvil. Un animal agazapado que reacciona a las sombras.

Le avisan que hay otro muerto. Esta vez, en zona propia.

Da la orden. Que sea levantado en absoluto silencio. Acomodar las cosas para que no llame la atención. Ajuste de cuentas, todo eso.

El tercero aparece sentado en un banco de la terminal. Un cuerpo lleno de agujeros que ya no sangran. De todos los escenarios ese es el más sencillo, el más fácil de usar para plantar un muerto. Dejarlo ahí, a la madrugada, como si fuera un borracho. Medio doblado, medio dormido.

El caso del desarmadero está casi cerrado. Los Acosta, muertos y tapados de pruebas.

El impulso de agarrar la pistola y salir a buscar a Durruti.

42

Brandán abre la puerta de vidrio y se asoma a la escalera. Tiene un cigarrillo en el bolsillo de la camisa. Una llama roja, un crepitar. La sensación de estar siempre solo. Rodeado de cosas que nadie quiere oír.

Todavía tiene el sobresalto de lo que pasó con los Acosta. Los cuatro tipos que fueron a buscarlo a su casa. La ferocidad con la que se hicieron entender. Que había habido un error, que era Ayala el que tenía que llevar el caso, que alguien se había equivocado, que era de buen compañero dejarlo pasar.

Y él diciendo por supuesto.

Y ellos preguntando si entonces estaban de acuerdo.

Él diciendo que sí. Los cuatro tipos subiéndose al auto.

Ceder para sobrevivir. Ya no es un chico. Sabe lo que pasa cuando uno quiere forzar las cosas. Cigarrillo y escalera. Pausa. Y esa tensión absurda de, a pesar del sobresalto, querer saber. Reconstruir, armar, comprender. Buscar. Detenerse en los papeles. Corroborar con espanto que lo que los diarios llaman una guerra de bandas es una fila de muertos que le han tocado a Ayala. No importa el día, la hora, el territorio. Las autopsias las hace Ayala. Alguien acomoda las planillas, los turnos. Alguien administra esas rutas.

No hay aire ahí. Una piedra de losa como cielo. Una piedra en los hombros. Todo es piedra. Hace el amague de llamar a Lila pero cuando tiene el celular en la mano se dice que mejor no, que para qué, que falta poco.

Renuncia a eso también. A escuchar un rato la voz de su hija hablándole de cómo es ser extranjera, de qué palabra aprendió hoy, de cómo llueve en ese país y de cuánto falta para que él esté ahí y puedan hablar de esas cosas juntos, en una mesa, en una casa.

43

–Te van a bajar de un tiro. No estás pensando, Durruti. ¿Lo querés a Lanbro? Vamos y lo buscamos. Listo.

–Eso lo puedo hacer solo.

–¿Por qué te la agarrás con esa gente?

–Trabajan para Lanbro.

–Y qué importa eso.

–Quiero que se quede sin gente.

–¡Pegale un tiro, la puta madre! ¡Pegale un tiro a él!

–Ahora te vas a hacer el piadoso conmigo.

–Es que no tiene nada que ver. Estás bajando muñecos a lo loco, arriesgandoté. ¿Vos te creés que a Lanbro le importa que le matés la gente? ¿Vos te creés que no consigue otros enseguida?

–Tiene miedo.

–¡Todos tenemos miedo, Durruti!

–Quiero que viva con miedo.

–Te van a dejar solo. La gente se está abriendo.

–¿Y vos? ¿Qué vas a hacer?

– Tengo que cuidar a mi hermana.

El Laucha sabe que ha dicho justo lo que debería haber callado.

–Está bien. Hacé lo que tengas que hacer. Yo voy a hacer lo mío.

–Va a terminar mal, Durruti.

–Peor no puedo estar.

–¿Qué vas a hacer?

–Para qué me preguntás si después me cuestionás todo.

–Vamos a buscarlo a Lanbro. Yo te acompaño. Y lo llevamos a Las chapas y ahí lo arreglás.

–Esto no se puede arreglar.

–Podrías pedir que se ocupe otro. Y quedás limpio. Vos tenés banca.

–La banca que tenía se rompió cuando tocaron al Nene. Todos estos putos años agachando la cabeza. Ya pagué. La deuda corría mientras él estaba vivo. Me lo devolvieron, pagué. Me lo quitaron. Ahora pagan ellos.

Dónde estás. Te dejé quinientos mensajes. Qué mierda estás haciendo. Por qué no venís y lo arreglamos. No seas pelotudo. Ya no sé cómo decirteló. Vení a verme. No me hagas campearte por todos lados. Dejate de joder. Llamame.

Qué va a arreglar. Ni trayéndole la cabeza de Lanbro lo va a calmar. Está todo roto. Las promesas, las alianzas, todo. Hasta el Laucha se borró. Todos comen pero nadie quiere ensuciarse. Tapia cree que con esos mensajes va a conseguir algo. Veinte años arreglandolé los quilombos. Pagando la deuda por lo del porteño. Toda esa runfla de clase alta. Juzgados, empresarios, lameculos con necesidad de que alguien les limpie la mierda. Ahora van a ver.

44

Llamadas perdidas. Mensajes. Una soga en el cuello. Brasa. Silencio.

Una pluma en el fuego. Algo que se desfonda. El infierno que se acomoda, se instala, se expande. Noche, madrugada. Cigarrillos sobre un plato de loza. Colillas. Una mancha.

El gesto de ir hasta la caja de herramientas una y otra vez. Abrir lo que fueron sus juegos.

Algo en el paladar. En la lengua. Un peso. Moverse por la casa como un muerto.

Ejercicio de supervivencia: los pies son el soporte de todo. Lo único que tiene que hacer es pararse. Bañarse. Vestirse. Trabajar. Fingir.

Llamadas perdidas. La imagen de Silvina mirando la pantalla del teléfono, leyendo su nombre, decidiendo no atenderlo. El enojo, la pena. La contumacia. Otra vez.

Y, por fin, una voz.

–No está pudiendo atenderte ahora. No llamés, que es peor. Dejala unos días.

Saravia que se mueve como un látigo. El deseo de insultar, de gritarle a esa que ha atendido el teléfono de Silvina con qué derecho le habla, para qué se mete, con qué puto derecho. Pero también el frío de entender que quizás sí, que sólo han pasado unos días, que le dijo que lo quiere pero que necesita pensar, que llamando todo el tiempo

lo único que logra es ruido, que con ruido ella no puede pensar, que quizás sí.

Pide disculpas. Corta.

Se queda oscilando. Calibrando las consecuencias de que Silvina pueda pensar.

45

A las cuatro de la mañana un auto pasa frente a la casa de Maciel. Sin parar, se abre una puerta, tiran un bulto. El adicional ya ha desenfundado. Apunta al auto que va desapareciendo, apunta al bulto, se pregunta por qué mierda esto siempre pasa cuando falta gente, se dice que ahora no va a poder cubrir a Loza, a este pelotudo que tendría que haber venido y se hace el gil porque sabe que no voy a decir nada, la puta madre, el adicional que se va acercando y piensa mierda, si esta cosa explota, me cago en la puta madre, piensa, tendría que avisar primero, pero si pasa algo mientras estoy llamando, tengo que hacer esto primero, ver qué es, pero si explota y el ministro queda desprotegido, me cago en Loza, cuando lo agarre le voy a pegar un tiro en las patas, pelotudo. El adicional que se acerca y ya ve una forma reconocible, basta que ahí adentro haya un tipo y cuando él se acerque le meta tres tiros, tendría que avisar, el adicional toca el bulto con la punta del pie, lo siente como un tronco, duro, rígido, se agacha, abre apenas la bolsa de lona y ve un ojo. Un ojo hueco, una órbita vacía, la carne casi negra de tan roja. Retrocede, manda una señal a la Central, dice que vengan, que todo está bajo control pero que vengan, dice que mejor con las luces apagadas, sin sirenas, que no hagan ruido para no asustar a la familia del ministro.

¿Qué le hizo pedir eso? Nadie lo sabe. Un gesto absolutamente bienintencionado que va a ayudar a Lanbro a dar la orden de levantar el cuerpo en silencio, llevárselo a Ayala, quedarse todos callados. Callados. Porque en la guerra psicológica, dice cuando lo explica, el criminal nunca debe sentir que va ganando.

46

Acaba de saber que hubo un problema frente a su casa. Cuando pregunta, le dicen que no es nada, todo solucionado. Él insiste. El adicional a cargo le dice que debería hablar con el jefe.

–Me dicen que hubo un problema.

–Nada de qué preocuparse. A veces uno tiene la mala suerte de que pase algo cerca de una propiedad con custodia. No lo comunicamos porque si se supiera que hubo un delito frente a la casa del ministro de seguridad la gente se sentiría muy desprotegida.

–Y no es así.

Lanbro no logra descifrar si la frase es irónica o si es ese modo tan personal de ser estúpido que tiene Maciel.

–No, señor.

–¿Qué pasó?

–Un asunto de bandas.

–Eso no tenía que pasar. Ya lo habíamos acordado.

–Usted sabe que delito cero es un invento de los libros. Hay que mantener la cosa contendida. Con eso ya nos tenemos que dar por satisfechos.

–¿Qué pasó?

–Un auto que se estaba fugando, tiraron algo.

–¿Qué?

–Un cuerpo.

–¡Mierda! ¿Y me das todas esas vueltas antes de decirme eso?

–Es una casualidad.

–Son muchas casualidades.

–Usted está agrupando cosas que no tienen el mismo patrón.

–No estoy hablando de criminología. Cuando a mí me llaman de arriba, los muertos se suman y listo. ¿Cuántos van?

–Ministro, yo puedo darle toda la información que usted me pida pero, en este caso especialmente, estoy obligado a recomendarle no hacer ningún tipo de declaración. Nada.

Hay un silencio. Una oscilación del tiempo los pone tensos.

–Confiá en mí, Raúl. Quedate en el mazo.

Cuando el ministro corta la llamada, no es capaz de decir si ese acercamiento, tan precario, tan fugaz, lo alivia o lo asusta.

47

La pantalla del teléfono se ilumina y muestra una T.

–Hay que tomar medidas ahora.

–¿Qué pasa?

–¡Te acaban de tirar un muerto! ¡Eso pasa! ¿Dónde vivís?

–Recién corto con Lanbro, dice que fue una casualidad.

–Sí, claro, casualidad. A Lanbro hay que sacarlo ya.

–¿Por qué?

–Ese muerto es suyo, Maciel.

–¿Y por qué me lo tiran a mí?

–Justamente. Sacalo ahora.

–Yo ni sé quién es el muerto.

–Ni sepas ni preguntes. Es una orden de arriba. Hay que sacarlo ahora. Está sucio y a vos no se te puede exponer.

–Dice que son las bandas.

–Escuchame, Lanbro hizo las cosas mal. No tenemos por qué explicarte. Vos lo único que tenés que hacer es obedecer.

–¿Y al gobernador qué le digo?

–Nada.

–Pero yo no puedo tomar una decisión así sin consultar.

–No te va a decir nada. Yo me ocupo. Sacalo.

48

Tres centímetros a la izquierda. Ahí está todo. Como un vórtice negro donde giran las cosas. Tres centímetros a la izquierda. Hay que mirar de paso, como si no se estuviera viendo nada. Las cosas se desprenden y uno las ve moverse. En base a eso, al movimiento, se las descubre.

Yo sé cuál es el paso que tiene la desgracia. O el amor. Se mueven de un modo fácil de reconocer. Y el ruido también. Como un tambor sordo, suave. Como si sonara por dentro.

Hay que hacer el teatro de las manos. A la gente le gusta eso, la tranquiliza. Como si uno fuera alguien que lee una lengua extranjera. Bueno, quizás sí. Quizás es eso. Pero necesitan ver algo. Las líneas de la mano, la borra del café, un dibujo en un papel. Algo. Tardé en aprender eso. A no soltar lo que veo sin hacer antes un escenario que no los espante. Aprendí sola.

No se habla de esto. Mejor no. Ya sé lo que dicen. Mi hermana, los otros. Ya sé. Pero no está mal. No está mal.

Elijo lo que digo. Voy guardándome lo que es demasiado. No hago mal y ellos se van tranquilos. Otros venden cosas. Y nadie les dice nada. Yo no sé por qué Carmen se ensaña.

Y el nombre aparece y aquello que se estaba diciendo queda sobre un borde ciego. Con el nombre viene la furia. Carmen siempre diciendo sí, pero. Señalando, marcando. Desde que eran chicas. Incansable.

Porque cuidar viejos parece que es profesión de prestigio, ahora. A ver si se anima a trabajar como yo que tengo que ir todos los días a

buscar el pan. A salir a la calle, a meterme en los bares, a ver un montón de cosas que no quiero ver. A callarmelás. A decir sólo algunas. A ver si ella puede hacer eso. Mula. Mula terca.

Si me hubiera dejado enseñarle a la Negrita la chica no estaría en ese departamento. Que esta estúpida lo cuenta como triunfo. Si hace seis años me hubiera hecho caso, las cosas serían distintas. Pero no, la señora quiere que su hija sea secretaria. No quiero que le hablés de esas cosas. Si es obvio que la chica tiene el don. O lo tenía. Si me hubiera dejado enseñarle ahora trabajaríamos juntas. Podríamos ponernos un lugarcito, incluso. Si la chica ve, ¿por qué le va a cerrar ese camino? Eso: Carmen, la cerradora de caminos.

Yo le hubiera enseñado todo lo que aprendí sola. Todo. Los tres centímetros. Cómo hay que apretar la lengua cuando uno tiene que callarse, cómo mover las manos para que se distraigan, cómo contar los movimientos de los ojos sin que se note que estás contando. Par, impar. Todo le hubiera explicado. Los vasos de agua antes de salir, la cruz en la planta de los pies, el nudo en el bolsillo izquierdo, todas las formas de protegerse.

Pero no. Mi hija no va a andar en esas cosas. Podría haber sido mi hija también. Ayudé a criarla, también. Es mi sobrina. Se cree que porque es la madre es la dueña. Y lo arruinó. Si hubiéramos empezado cuando era chica, ya estaríamos bien. La dejó correr, la dejó correr y ahora está en ese departamento. Habría que ir a buscarla y traerla de prepo. Sacudirla un poco. Pero qué va a sacudir Carmen. Y si la busco yo no me va a hacer caso. La madre le debe haber llenado la cabeza en contra mía.

Tener que enterarme de la Negrita por los vecinos. Le va muy bien, alquiló en el centro, trabaja de secretaria, un departamento, sí, bien en el centro. Lo va repitiendo como loro. De dónde esa chica va a poder alquilar en el centro. Algunos vemos y otros son ciegos a voluntad. Si Carmen me hubiera dejado, la chica no dependería de nadie. Haría su vida. Si todo está tan bien, ¿por qué la chica no viene? ¿Por qué no baja al barrio a ver la madre? Ayer nos encontramos a charlar en una confitería. La Negrita conoce los lugares más lindos del centro, siempre me lleva a uno nuevo. Eso les dice Carmen a los vecinos. ¿A su departamento no te lleva? ¿La ropa que tiene es muy cara? ¿Secretaria de qué? Eso tendrían que preguntar. Pero esto es una

plantación de dormidos. Todos quieren irse. Salir de acá. Llegar al centro. Tener ropa buena. Un trabajo en una oficina. Eso quieren. Zombis. Y Carmen tiene el tupé de venir a cuestionarme a mí. Yo le hubiera enseñado todo a la chica.

49

Querido Papá: desde que me levanté estoy pensando en vos. No sabés cómo llovió anoche. La mujer del negocio de abajo me dijo que no llueve así desde hace años. Me quedé hasta tarde mirando por la ventana. No se oía un ruido. Es raro para mí todavía. Después de cierta hora hay un silencio que nunca escuché allá. Allá. Tenés razón. Lo escribo y me acuerdo lo que me dijiste sobre acá y allá. Cuando esas palabras signifiquen lo mismo para los dos.

¿Cómo va el trabajo? Espero que todo lo que era cuesta arriba haya mejorado en la ciudad. No me contaste nada todavía.

Pienso que para vos sería hermoso estar acá. No sé cómo explicarte. Es todo más tranquilo. Allá estamos siempre al salto, preocupados, alertas. Acá el cotidiano es un río manso. Yo no me imaginaba que se podía vivir así.

Ayer, cuando volvía de clases, vi un cartel donde ofrecían trabajo. Es en una panadería que está bastante cerca. Te hubieras reído. Me quedé un rato en la vereda de enfrente, relojeando para ver cómo era. Hay dos chicos de mi edad atendiendo. Uno parece árabe. La chica tenía pinta de extranjera. No sé, se me ocurrió que a lo mejor los dueños prefieren contratar gente de afuera. Eso me dio esperanzas. Los chicos se reían, estaban contentos. Entró bastante gente pero a un ritmo tranquilo. No me animé a presentarme ahí mismo porque había ido a clases vestida bastante informal y no sé si eso les importa o no. Anoté el teléfono y en un rato voy a llamar.

Igual, cuando te llegue esta carta todas estas noticias van a ser viejísimas. Ya sé, ya sé. Es importante para vos y lo hago con gusto. Aunque, la verdad, ni me acuerdo de la última vez que escribí a mano. Espero que me entiendas la letra.

Papá: lo que más me gustaría es que estés contento. Y si recibir una carta por el antiguo correo postal de tu época de dinosaurio te hace feliz, será a mano entonces. Pero, por favor, no dejés de revisar

los mails porque también quiero escribirte por ahí. A veces necesito una palabra tuya así, rápido, enseguida. Ya sabemos en este equipo quién es la ansiosa y quién el tranquilo.

Te mando un abrazo enorme.

Lila

50

Rita se apura. No quiere pasar ni cerca y, sin darse cuenta, está otra vez en esa calle. Una estupidez haber perdido ese café. Ahí la dejaban entrar tranquila, la dejaban trabajar, siempre había gente con tiempo. Y por estar con la cabeza en otro lado habló de más. Piensa que no tendría que hacerse tanto problema. Pero del dicho al hecho. Tendría que haberse callado y habló y fue por pura distracción. Y después, esa insistencia con los sueños. No le gusta cuando sueña con los clientes. Pasa. Pasa. Pero justo con este. Quién la mandó a mentarle la desgracia. Había que dejarlo tranquilo, solo. Si cuando la oscura te busca, te encuentra. Hagas lo que hagas. Ese tenía la cara pintada ya. Marcada.

Viajes, amor, larga vida y a otra cosa. Eso tendría que haber hecho. ¿De qué le sirve a un hombre así que le menten la desgracia? ¿Para protegerse de qué? Esos nunca se despiertan. Van como tontos al desfiladero. Se asoman, se asoman, se caen. Quizás incluso lo empujé. No importa, no es eso. Lo que importa es que tenía que callarme y hablé. Y ahora se me aparece en sueños, insiste, viene todo roto. Yo no sé si viene a reclamarme. No quiero volver a verlo. Haber perdido ese bar por estar distraída. No aguanto cuando soy tan tonta. La boca boba diciendo, gran enemigo.

El paso se apura, Rita dobla a la izquierda en la primera esquina, se aleja, va mirando el suelo, cuenta los pasos, vuelve a cruzar. Si es cierto que alguien nos guía, los pies van buscando ese pulso y no la sorprende ver cuál es el destino final. Allá, sobre la esquina, el bar de los gorriones. Abre la puerta y el calor que sale aplaca un poco el frío. Las alegrías, los miedos, las pasiones, los misterios, los secretos de los que están adentro se le vienen encima como perros. Un segundo en el que el cuerpo retrocede. Los perros la miran, la rodean, saben que ella los ve. Quieren decirle todo.

Necesita un punto de apoyo. Los ojos buscan dónde hacer pie: la moza que está detrás de la barra baja la cabeza para saludarla. En el rincón del fondo, una cara conocida. Dos manos que sostienen un papel, el café que todavía suelta un trago de humo.

Va a postergar las cosas. No sabe por qué. Debería elegir por dónde empezar, ir de mesa en mesa. Pero hoy no encuentra fuerzas para esa rutina. Siente el roce de esos perros en el cuerpo, siente el ruido que hacen, se pregunta -por milésima vez- cómo es que los otros no ven esas cosas. Acomoda su cartera en el respaldo de la silla, se sienta. El sobresalto de la moza le llega a los hombros como una reverberación. Quisiera darse vuelta y decirle sí, hoy no trabajo, hoy me voy a quedar sólo a tomar un café. Pero ese es el tipo de cosas que pone nerviosa a la gente. Mostrarles que son transparentes. Así que espera que ella se acerque y entonces pide un cortado. Linda, la chica. No sabe ocultar su desconcierto.

Un rato después, el hombre de la mesa del fondo levanta la vista. Lo ve dudar. La cara acusa una vacilación, un vaivén. Quizás se está preguntando si corresponde saludar o no. Quizás está haciendo cálculos sobre qué habilita la conversación que tuvieron hace unas semanas. Rita le sonríe. Las mesas están lo suficientemente cerca para que, levantando la voz, puedan escucharse.

–¿Hoy no trabaja?

La sonrisa de ella se abre un poco más.

–No.

Él vuelve a bajar la vista. Sigue con ese papel. ¿Cuánto tiempo tarda uno en leer una hoja?

Ella sabe que quedarse mirando es una de las formas más rápidas de convertirse en objeto de una mirada. Pero hoy no puede evitarlo. El hombre tiene los dedos manchados de tabaco. Esa sombra amarilla cerca de las uñas. Hizo bien en no trabajar hoy. Tiene la boca suelta. Ni siquiera se ha dado cuenta en qué momento preguntó:

–¿Una carta?

Él sonríe, asiente, levanta un minuto el papel. Como si

mostrándole eso le mostrara todo.

–No me diga que le llegó por correo.

Se ríen. De golpe son dos viejos celebrando un ritual olvidado. ¿Quién en este bar escribió o recibió una carta manuscrita por correo?

–Mi hija. Por darme el gusto, nomás.

Están así, como náufragos que descubren que hay alguien más en su isla, alguien que podría ser un aliado. Es una curva del tiempo donde las cosas parecen suspendidas.

51

Y Ayala que no aparece por ningún lado.

Y Lanbro que reclama a los gritos que lo vayan a buscar a la casa. Que hay que cortar acá. Que lo traigan como sea. Que este paquete, justo éste, y Ayala no está y la puta que lo parió.

Salen tres policías en una camioneta y llegan hasta el edificio y el portero les abre sin preguntar una palabra y suben al 11 D y golpean y uno de ellos entiende que a problemas extraordinarios soluciones extraordinarias y tira el cuerpo de costado sobre la puerta y la madera cruje pero no se astilla y dos se ríen y uno se frota el hombro y vuelven a probar, una vez cada uno, patadas, empujones, risas, cualquiera diría que están jugando. Y en uno de esos golpes la madera se quiebra, la cerradura hace un ruido roto y sólo queda darle el golpe de gracia.

Y adentro no hay nadie, la minuciosa prolijidad de Ayala atravesada por una hilera de cosas caídas, cajones abiertos, papeles en el suelo, como si una descarga de viento hubiera seguido un itinerario preciso, una línea de desastre y, por fuera de ella, permaneciera la pulcritud de un hombre conocido por sus manías.

Recogen algunas cosas. Billetes, relojes. Pequeños botines que van a parar a los múltiples bolsillos del uniforme.

Vueven a la Central. Saben que es mejor no hablar desde el móvil. Sólo al llegar uno de ellos subirá al despacho de Lanbro.

–No está en la casa.

–Y a mí qué mierda me importa. Lo buscás y lo traés.

El que escuchó los gritos deja el despacho, llama a los otros dos y

salen en el patrullero. ¿Adónde? A ningún lado. Ayala sólo tiene el trabajo y su casa. Ellos se ocupan bien de saber en detalle la vida de cada quien. Ayala no tiene nada. Muertos, libros, posiblemente una caja de seguridad donde guarda lo que gana por fuera del recibo.

Nada.

Los tres dan vueltas, el cuerpo del embolsado sigue esperando, Lanbro se enfurece en su despacho.

52

Lo llaman temprano. Que se presente lo antes posible.

Al llegar, uno de los de Lanbro lo está esperando. Le dice que es urgente. Que le corresponde a Ayala pero que lo va a hacer él. Que Ayala no puede llegar y que hay cierta urgencia.

Brandán está impávido. El otro duda si ha entendido.

–Es orden de arriba. Tiene que estar rápido. Y tranquilo. ¿Entendés?

–Sí.

Un borcego golpea el suelo, la mano acomoda el cinturón del uniforme.

–Está todo en los papeles. Lo agarró un auto. Debe haber estado viviendo en la calle. Lo cerrás y me avisás.

–Bueno.

La orden fue dada. Expuesta y entendida. Pero el que está de uniforme sabe que no hay margen para un error. Y despliega una torpeza innecesaria.

–¿A tu hija le va bien en Francia?

La brasa del cigarrillo que fuma Brandán se enciende como un disparo.

–¿Sabías que mi primo trabaja en una ciudad ahí cerca? Es loco, ¿no? Tantos lugares y mirá la coincidencia. Decile a tu hija que si alguna vez necesita algo, me avise.

Brandán tira el cigarrillo, lo aplasta.

–Si es tan urgente, no lo demoremos.

Los papeles que no hace falta mirar. La cara destrozada. Las manos destrozadas. Pero algo. Algo inasible, indescriptible, algo que sólo dominan los que trabajan con cuerpos. Una huella invisible que no puede justificarse frente a los otros pero que empuja como una certeza.

Ese muerto. Esa distribución de la materia en el espacio, aún si la mecánica se ha detenido para siempre. Eso. Reconocimiento.

Pero aun así, el miedo de sólo pensarlo.

Ponerse a buscar los dedos, los dedos quemados, desgarrados, ponerse desesperadamente a ver si de ahí se puede extraer un trazo, un indicio. El detalle horroroso de ver que cada huella ha sido borrada. Salvo una. El dedo índice de la mano derecha. Intacto.

Como si alguien hubiera tenido esa delicadeza con él.

Una llamada que preferiría no hacer pero que sabe inevitable.

–Soy Brandán. ¿Podés venir?

–Mandame los papeles directamente.

–No. Vení. Me dijiste que fuera todo tranquilo.

Uno que viene y escucha que es mejor no pedir la identificación de las huellas por los canales habituales. Y pregunta por qué.

Brandán respondiendo que él nunca pregunta por qué. Que sólo cumple con lo que le pidieron. Que si las huellas van por los canales habituales después va a ser difícil contener la información.

Brulotti duda. Pero acepta. Más tarde deberá llamar a Lanbro para decirle que el cuerpo que tiraron en la puerta de la casa del ministro es el de Ayala.

Brandán siguiendo los pasos administrativos para pedir otra vez un pase. Otro destino.

53

–No es una decisión mía, Lanbro.

–Sos el ministro.

–Y vos sabés cómo son las cosas. Lo tengo que hacer hoy.

–No, no, no. Arreglalo.

–No puedo. Ya está decidido.

–A mí no me vengás con boludeces, no te hagás el pelotudo conmigo.

–¿Qué querés que haga?

–Defendeme, Raúl. Defendeme, la puta que te parió.

–Tapia me dijo que no hay forma.

Un silencio ronco ante el nombre que no debe ser pronunciado. El que tienen prohibido mencionar, el que no debe entrar nunca en las conversaciones.

–¿Ves? –dice Lanbro mordiendo–. Acá el único pelotudo sos vos. Y me sacan a mí. Yo no me voy a olvidar de esto, Maciel. Que te quede claro.

–Te tiraron un muerto en la puerta de mi casa.

–¿Vos qué sabés si ese muerto es mío?

–No puedo hacer nada.

Lanbro golpea la mesa con el teléfono, una conversación inútil, la

secretaria que le avisa que tiene un llamado, Lanbro que hace un gesto diciendo que no, ella que insiste, es urgente dice, Lanbro que atiende y de ahí viene la voz de uno de los suyos avisándole que el muerto de la bolsa es Ayala. Que lo identificó Brandán, que estuvieron evitando los canales oficiales, que están tratando de resolverlo.

Acorralado. Podría defenderse de ese ataque. Decirle a Durruti que le puede matar veinte forenses y que él va a seguir de pie. Que no daña la estructura matándolo a ese. Golpearlo, devolver el golpe.

Pero Maciel lo soltó. En un par de horas no va a ser nadie. Sin pensarlo, ha repetido en el papel esas palabras. Cuando los ojos ven que ha escrito pase a retiro en el margen de una hoja, la punta de la lapicera va y viene con furia, tapa todo de tinta.

Manda llamar a Brulotti. Le dice que asiente a Ayala como desaparecido, que lo cargue en búsqueda de personas. Que hable con Brandán, que por ahora el muerto es NN. Qué cómo mierda no se dieron cuenta antes de que era Ayala.

–Lo destrozaron todo. Un solo dedo le dejaron. De ahí salió la huella.

–¡Entonces vas y se lo cortás, Brulotti! ¡Arreglame esto!

El de azul que se queda inmóvil como si no pudiera descifrar una metáfora demasiado oscura.

–¿Qué estás esperando, pelotudo? ¿Querés que te consiga un cuchillo, también?

Brulotti que sale sin pensar, aturdido. Que va hacia donde debe ir. Que se encuentra con Brandán fumando en la puerta, encorvado.

–Quedate afuera un rato.

Brandán que siente el frío, la desesperación.

Brulotti, una tenaza, un movimiento de pinzas, el ruido de un hueso que se corta, un ruido a piedra partida, algo espantoso, Brulotti que mira ese trozo de carne sobre la jofaina de metal y no sabe qué hacer. Y busca papeles, gasa, un trapo y lo agarra con la punta de los dedos como si fuera una planta venenosa y hace un bollo con ese secreto dentro y busca una bolsa y lo mete ahí y él, que ha hecho las cosas más horribles, guarda eso en un bolsillo de la campera con infinito asco, con temor, con una sensación que desconoce. Esa minucia, esa cosa pequeña, es la que finalmente lo derrumba. No una bala. Eso. Una especie de brasa que va a quemarlo todo.

Cuando sale ve a Brandán, lívido.

–Vas a tener que hacer el informe de nuevo.

La mano colgando, acusando la frescura de la mutilación. Va a sonar el teléfono. Al atender, una voz dice:

–Me acaban de llamar de Dirección de Personal. No te hagás el pelotudo, Brandán. ¿Cómo vas a pedir otro pase si recién llegás? Acá nadie se va a ningún lado.

54

–Pensé que no iba a saber más de vos.

–No seas boludo.

–Sos el único que sabe dónde estoy, Laucha. Guarda con lo que hacés porque vas a quedar en evidencia.

–¿De mí desconfiás? ¿En serio?

–Qué pasa.

–El Buche te anda buscando para decirte que se abre.

–¿De quién? ¿De nosotros o de ellos?

–De todos. Quiere que vos lo sepas. Me preguntó si podía mandarte un mensaje. Le dije que no sé dónde estás. Que nos habíamos peleado.

–¿Y?

–Me dijo que lo único que quiere es que vos sepas que se abre. Que no está hablando con nadie, que se va a ir, que no quiere saber nada de nada.

–¿Qué le dijiste?

–Eso, que no sé dónde estás, que no hablo con vos.

–¿Cómo lo viste?

–Muerto de miedo. Me parece que dice la verdad. Igual, es un boludo a cuerda. Rasqué un poco y saltó que sacó un pasaje en colectivo a Catamarca. Ahí viven los padres. En un minuto lo averigüé. Un inútil.

–No lo van a tocar. Los alcahuetes tienen larga vida. En unos meses lo limpian un poco y lo vuelven a poner en otro lado.

–¿Querés que lo traiga?

–¿No me dijiste que te abrías porque tenés que cuidar a tu hermana?

–Dale. Vos entendés.

–Andá a cuidar a tu familia.

–Si querés lo mando buscar, así yo no me meto.

–¿Para qué? Ese es un nadie. Lo quiero a Lanbro.

–¿Y después?

Durruti y el Laucha se miran un segundo. Lo único que importa es la respuesta a esa pregunta.

55

La casa perforada por lo que no está. Lo que falta. Sus cosas como una línea de puntos. Faros ciegos que convocan esa ausencia.

Silvina. Posiblemente esté con otro.

Un puño da contra un mueble. La madera cruje.

Furia sólo de a ratos.

Después desolación, desolación, la desesperada desolación del que empieza a entender.

No le importa el otro. Da igual. No es eso.

Que se vea con otro, si quiere.

Pero que vuelva.

No importa. No importa.

Va del café al whisky en cantidades insoportables.

Se despierta en medio de la noche rogando por agua, un cuerpo que se endurece y se vuelve puro hueso.

Cada vez que suena el teléfono corre a atenderlo. Nunca es ella.

Se acuesta vestido, el televisor prendido.

De madrugada, un conductor del noticiero habla de un derrumbe en una ciudad costera.

Saravia se duerme como si eso lo hubiera aliviado.

56

Lo que Maciel le ha anticipado, puesto en términos que no pueden ser rebatidos. Ya sabe el nombre de su reemplazo. Etchévez. Quién mierda hubiera dicho que ese pelotudo podía llegar a jefe.

Un boludo. A ver qué puede hacer un inútil como ese en la Jefatura.

Mañana habrá comunicado oficial. Por la tarde, conferencia de prensa y ceremonia pública con el ministro, quizás con el gobernador.

Le dan veinticuatro horas para dejar las cosas ordenadas.

Les va explotar todo en la cara. Cómo mierda va a hacer Etchévez para contener ese infierno. Se lo van a comer en dos semanas.

Debería convocar a los subordinados directos. Dar indicaciones, preparar un informe, hacer un balance de gestión. A eso llaman ellos dejar las cosas ordenadas. Debería encerrarse en el despacho y taparse de papeles, de documentos, de toda esa mierda administrativa.

No le alcanzaría un año para ordenar eso. Veinticuatro horas.

Que le explote a ese pelotudo de Etchévez. Que venga él a poner el cuerpo acá. A ver cómo mierda arregla esto.

Maciel no se la va a llevar de arriba. Se cree que obedeciendo lo van sostener. No es más boludo porque no puede. Todos estos años arreglándole las cosas para que ahora se haga el pajarito obediente.

Lanbro ordena los papeles que hay sobre el escritorio, guarda una caja en el armario, actúa como si realmente en ese despacho pudiera haber algo importante. El juego de las simulaciones. Él lo sabe, Etchévez lo sabe, cualquiera en la Fuerza lo sabe. En ningún despacho

puede haber un papel de valor. Esas cosas se guardan en otro lado.

Cuando llega al departamento tira la campera sobre el sillón. Quizás no le alcance el tiempo y eso lo sofoca. Merece más. Tapia lo está soltando y él merece más. Por lo menos que lo llame en persona. Mandarle a Maciel a darle una noticia así es algo que no le va a perdonar. Dos llamadas perdidas al teléfono de Tapia. No va a insistir. Si no quieren hablar con él, que no hablen. Pero que no esperen una lealtad que ellos rompen. Ya lo van a venir a buscar cuando a Etchévez se le vaya todo a la mierda. A ver qué estadísticas presentan antes de las elecciones. Rogando van a venir. Hijos de puta.

Lanbro busca la caja de Maciel y despliega los papeles sobre la mesa. Prepara un café, prende un cigarrillo. Vislumbra el tamaño de su caída. Lo ingenuo que es pensar más allá de esta tarde, esta noche, mañana, el anuncio público.

Pasa la noche preparando siete copias de una carpeta. Evidencia irrefutable del negociado que hizo Maciel con la compra de las camionetas. El entongue con las armas y el know how estadounidense e israelí. Hoteles de lujo, coimas, sobornos, sobreprecio. En las últimas páginas, los papeles del departamento, el informe del Registro de la Propiedad con el nombre del verdadero titular, fotos de Maciel con La Negrita, los datos de ella, las tarjetas de crédito, los resúmenes bancarios. Todo lo que ha ido recolectando. No va a caer solo. Ese pelotudo se va a arrepentir de no haber peleado por él. A ver qué hace cuando se quede sin nada.

Llama a tres de los suyos sabiendo que mañana ya no van a responder. Cuando empiece el día va a ser un leproso. Les entrega copias de la carpeta. Que busquen gente que las lleve a la guardia del diario y a algunas radios.

Da dos órdenes más. Los otros las reciben con una sonrisa. Salen a

la calle.

Se da una ducha, prepara café.

Ya casi amanece.

Fuma el último cigarrillo, se queda un tiempo suspendido en cierta bruma, se duerme cuando el sol empieza a darle en la cara.

57

Cuando suben al auto el que está al volante abre uno de los sobres. Saca la carpeta y la hojea. Los demás esperan.

–Vamos a tener cambio de jefe.

–¿Lanbro?

–Maciel.

–Ese no es jefe de nadie.

Se ríen.

–¿A lo de Sosa o a lo del Laucha?

–A lo de Sosa primero.

Entran por el patio, lo agarran durmiendo. Cuando Sosa se despierta por el olor a kerosene ya han regado el pasillo, las piezas y el baño. Uno de los policías todavía tiene el bidón en la mano. Es un segundo de estupor, Sosa mira, entiende, busca con los ojos por dónde escapar, las rejas del patio que acaban de cerrar los hombres que salen, el fósforo que cae, el fuego que sube, alcanza a oír los borcegos corriendo, las puertas del auto que se cierran, el motor que acelera. Los vecinos se despiertan con los gritos, nadie llega a tiempo a parar el fuego, una hilera de testigos espantados que gritan que hay que llamar a los bomberos y miran esa casa hecha de llamas.

Al Laucha también lo encuentran durmiendo pero reacciona enseguida. Tres armas apuntando al pecho.

–Te vas a levantar tranquilito y vas a venir con nosotros.

–Qué mierda pasa, yo no hice nada.

–Te levantás y te vestís.

El Laucha trata de sumar: Durruti, Lanbro. O alguna venganza vieja. O alguna guerra que van a resolver entregándolo.

Se viste. Uno de los tipos lo golpea en la cabeza. Lo conoce. Responde a Lanbro. Lo más probable es que sea por Durruti.

Lo sacan de la casa agarrándolo de los brazos. Un arma que lo apunta. Lo suben al auto. Va mirando las calles queriendo adivinar adónde lo llevan.

Hasta que entiende. Esa avenida, doblar a la derecha, la bocacalle. El auto que frena en silencio.

Uno de los policías le da un celular.

–Lo vas a llamar a tu sobrino.

–Para qué, no sabe nada, es un boludo chico, no tiene nada que ver.

Lo ha dicho a borbotones, algo lo ha golpeado en la boca pero no sabe qué. Tiene sangre en los dientes.

–Lo llamás y le decís que salga. ¿Entendés?

–De verdad que no tiene nada que ver, es un pibe, no está metido en nada.

–¿Querés que entremos y lo busquemos? Y nos traemos a tu hermana también.

–Tío, qué hacés.

–¿Podés salir un minuto?

–¿Estás afuera?

–Sí, salí que necesito hablar con vos.

–Vení y charlamos adentro.

–Salí vos, no quiero despertar a tu madre.

–Ahí voy.

El chico aparece en la vereda vestido con un pantalón de gimnasia, un buzo rojo con capucha, el pelo de quien acaba de levantarse de la cama. Ve el auto que le hace juego de luces y se acerca. Cuando está a unos pasos, las puertas se abren y salen dos tipos con armas. Frasquito cabecea tratando de ver a su tío. Lo golpean, cae. Lo meten en el baúl, suben, arrancan.

El Laucha llora sin hacer ruido.

58

Los que han llegado temprano a la redacción ven cómo se cierran las puertas, se corren las cortinas, se replican reuniones aquí, allí, arriba, abajo. Se ha convocado a gente que estaba de franco. Agendas suspendidas, portazos, conversaciones en voz baja. Todos relojean la sala de juntas en el primer piso. Gente que entra y sale.

El directorio discute, hay teléfonos que suenan en despachos oficiales. Llamadas a celulares sin nombre agendado. Correr, correr, correr. Desde abajo se oye que alguien grita. Los que están en sus escritorios levantan la cabeza en dirección al primer piso. Las miradas se cruzan.

Cuando la chica del bar pasa con una bandeja llena de pocillos de café, todo se detiene. Ese silencio es el que permite oír algo que llega desde la sala de juntas. No lo vamos a poder tapar.

En una radio de barrio, dos chicos discuten mientras suena al aire una canción. Lo que te da terror te define mejor, dice una voz rota. La chica sacude los papeles en la mano. El chico dice que no, que tiene que ser trucho, que se van meter en un lío, que si fuera cierto lo habría levantado el diario, otros medios. Ella insiste. Él dice vos sabés el quilombo en el que nos metemos si decimos esto al aire y es una opereta. Ella levanta un dedo para que él escuche lo que dice la canción. Él vuelve a revisar los papeles. Ella hace una seña, pide aire y empieza a hablar.

Cuando la noticia corra, esos papeles van a estar en boca de todos. Los medios grandes van a dar por perdida esa batalla, van a llamar a sus contactos, van a pedir las disculpas del caso, van a acordar hasta dónde llegar, a quién tocar y a quién no.

En Tribunales el fiscal de turno va a recibir la noticia con un sobresalto. Nadie quiere estar ahí. Encerrado en un callejón del que no va a poder salir, ya empieza a preguntarse cómo fue que su carrera se deshizo simplemente porque el sistema administrativo lo puso en un territorio de guerra.

Tapia se ha ocupado desde temprano.

Desde Casa de Gobierno acaba de anunciarse que hay cambio de gabinete. Nuevas autoridades en los Ministerios de Trabajo, Desarrollo, Educación y Seguridad. Los cambios se deben a una necesaria renovación que garantice la eficiencia del Estado.

Una noticia come a la otra. En los portales informativos, el nombre de Maciel se pierde entre otros nombres. Los que salen, los que entran. Las especulaciones sobre los cambios que pueden venir. La ciudad se acompasa a ese ritmo.

El fiscal respira. Ahora sólo tiene que esperar a que alguien se acerque a darle instrucciones.

59

Maciel ha estado dando vueltas desde que escuchó la noticia. El auto por las avenidas de la ciudad, las voces de la radio repitiendo los datos que lo acusan. El contrato con los israelitas filtrado, los movimientos de las cuentas en Uruguay, el fondo de inversión de los yanquis. Ha estado escuchando las voces de los que se abren, total desconocimiento, como si lo que están denunciando pudiera hacerse solo. Como si una coima pudiera cobrarse sin que alguien la pague. La noticia repica, no hay punto en el dial que la evite, todos hablan de lo mismo.

Siete llamadas perdidas a Tapia y la convicción de que ya está: lo usaron para reemplazar a Lanbro y ahora lo sueltan. El único que podría haberlo defendido. El único que podía apretar las cosas como una tenaza. Y él permitió que se lo quitaran. Ahora está solo.

Dar vueltas hasta que pueda armar una explicación, hasta que pueda mensurar el daño, ver hasta dónde llega. Se van sumando cosas. Las camionetas. El departamento. Cuando oye a un locutor decir quién es el verdadero titular ante el Registro de la Propiedad se da cuenta de que esto venía de antes. Lo armaron con tiempo. Era un dispositivo listo para ser detonado.

Hace otra llamada. Desde Casa de Gobierno ya hay orden de aislarlo. La secretaria del gobernador le dice que por ahora no van a poder atenderlo.

El último intento. Lanbro. Una llamada perdida. Otra. Y otra.

–¿Qué mierda querés ahora?

–Me están dando un carpetazo. Ayudame.

–No puedo creer que seas tan boludo.

–Ayudame, yo después te reincorporo. Te ubico, te prometo.

–A quién vas a ubicar vos. No te van a querer ni los perros.

–Sos el único que me puede ayudar.

La comunicación se corta y Maciel llega a oír que en la radio alguien dice:

Cambio de gabinete a anunciarse en conferencia de prensa. Trascendió que habría cambios en las carteras de Trabajo, Seguridad, Educación y Desarrollo. Las nuevas autoridades serán confirmadas esta tarde y luego un juego de nombres para los posibles reemplazantes.

60

–¿Qué vas a hacer entonces?

–No sé.

Silvina ceba un mate. El tiempo demorado de una mañana a oscuras.

–Tampoco tenés que apurarte. Acá te podés quedar todo lo que quieras. A lo mejor hablando ves cómo está, si pensó, si te parece que puede cambiar.

–Es que no sé. Pedirle que cambie. ¿Se puede pedir eso?

–Poder se puede. Hay que ver si él quiere.

–Vos tampoco ayudás mucho, ¿no?

Las primas se ríen. La luz de la vela apenas alumbra las caras. Quizás han vuelto a estar jugando en el patio de la infancia.

–Y estos hijos de puta que nos dejan sin luz.

–Ya va a volver.

El cuerpo extrañado de estar en una casa que no es la suya. La sensación de que las cosas están suspendidas, que el tiempo ha fallado y que permanece en el aire aquello que ya debería haber caído por su propio peso.

La dueña de casa estira un repasador rojo. En la penumbra parece que amasara. Silvina la mira sin mirar. Como si todo fuera un reloj que ha quedado en un paso repetido. El eco del eco del eco. Algo provisorio que echa raíces. Piensa en cómo sería quedarse acá. Dejar definitivamente a Saravia, buscar sus cosas, hacer casa en esa pieza

que le ofrece su prima, cambiar la rutina por estos mates de madrugada, por estas charlas de trinchera, un segundo de paz mientras el bombardero descansa.

Cuando la luz vuelve, la heladera se sacude como un animal enorme. La luminosidad las aturde, la radio prendida recomienza su letanía de noticias: ha habido un incendio cerca del río, una casa de venta de repuestos se ha prendido fuego, se presume que hay un muerto. En un descampado frente a la terminal han encontrado dos cuerpos con heridas de bala. Uno de ellos es Lisandro Querandí, delincuente de larga trayectoria conocido en el ambiente del hampa como “El Laucha”. Aún no se ha podido identificar el otro cuerpo, un hombre joven que no llevaba ningún tipo de documentación. Escándalo en torno al ministro Maciel, filtración de carpetas que lo implican en diversos negociados. Los gremios que representan al personal sanitario convocan a un paro sin concurrencia al lugar de trabajo para el próximo lunes. Un sólo ganador para el pozo extraordinario del Quini 6, la jugada fue hecha en una agencia del interior provincial. Las autoridades alertan a la población sobre los riesgos del monóxido de carbono después de conocerse la noticia de una triple muerte en la provincia de Catamarca. Una pareja de ancianos y su hijo fallecieron anoche por la mala combustión de un calefón. Recuerde consultar siempre a un gasista matriculado.

61

Uno a cada lado y otro que golpea. Se oyen ruidos, un pasador que corre, una llave que tintinea. La puerta se entreabre y la cara de la Negrita se asoma en esa franja de luz. El que está frente a la puerta tira el hombro con todo el peso del cuerpo, el pasador salta, la madera golpea a la chica y la tira al suelo. Entran en el departamento, ponen llave, ella se incorpora, trata de salir, uno le bloquea el paso.

–Agarrá tus cosas y te vas.

Ella tarda en encontrar las palabras.

–Voy a llamar al ministro ahora mismo.

Hay risas. Un animal oscuro que va tomando la casa.

–La señorita se levanta tarde y no escucha las noticias.

Ella retrocede porque los tipos están cada vez más encima. Pero retroceder es ir a la pieza y sabe que sería una trampa.

–Agarrá la ropa y salí, nena.

–Dejala que se demore a la puta esta así nos da tiempo a explicarle.

Ella entiende. Lo único que puede salvar es su propio cuerpo. Va hacia la cocina como si fuera a buscar algo y en un movimiento rápido corre hasta la puerta. Llega a sentir que uno de los policías le roza la cintura queriendo alcanzarla. Corre. Cuando está llegando a las escaleras oye las risas.

–Si no la hubieras espantado nos hacíamos linda fiesta.

Saben que no tienen mucho tiempo. Que en un par de horas todos

van a estar en alerta, que hay que aprovechar la grieta, esa brecha, el rato entre que la noticia se sabe y la Justicia actúa. Rapiñar lo que se pueda y salir rápido.

Abren cajones, revisan armarios, uno de ellos agarra una botella de whisky. Otro, asomándose a un arcón de madera pregunta:

–¿Seguís teniendo el tocadiscos vos?

El que estaba en el dormitorio se acerca y mira la pila de discos.

–Esa música de mierda no me gusta. Mirá lo que encontré yo mientras vos juntás boludeces.

La mano se abre y muestra un fajo de billetes.

Estacionan el patrullero en el parque. Uno de ellos baja hasta el carro de comidas. Un chico muerto de miedo le entrega un paquete caliente y unas botellas. Comen. Antes de volver a la Central se dividen los billetes que han encontrado. Sobre el piso de la camioneta quedan servilletas de papel manchadas de grasa.

62

Horas de caminar. No tiene un peso encima. Calza, remeras, zapatillas. Sólo con lo puesto.

Caminar sin entender, qué pasa con Maciel, por qué le hace eso, creía que ya estaba arreglado lo del teléfono. Un error, una pregunta fuera de lugar. No justifica eso, no es para tanto.

Si la hubiera echado él, quizás podrá volver. Convencerlo, hablar, ver por qué se puso tan nervioso, prometerle que no va a preguntar nunca más nada.

Pero mandarle esos tipos así. Con el miedo que ella le tiene a la cana. Esos tres tipos metiéndose en su casa. Porque diga lo que diga esa es su casa. Ella ha estado ahí esperándolo, cuidándolo, queriéndolo. Y ahora le manda una patota.

No lo va a perdonar.

La ciudad es la de siempre. Destrozada esa burbuja del departamento, de las cosas lindas, de la comida caliente, de la ropa suave.

La ciudad está sucia. Van los perros flacos husmeando la basura. Un hombre que se mete a un contenedor y elige cartones que apila a un costado. Los chicos del semáforo que hacen malabares con naranjas agrias. Los edificios grises de los bordes del centro. Los barrios chatos. Ya sus pies la están llevando, ya sabe, quisiera poder ir a otro lado pero adónde.

Y entonces ve la canchita y la atraviesa. Los pibes que venden merca le gritan cosas. Ella baja la cabeza. Los hubiera enfrentado en otra época pero ahora qué. Ahora qué.

Los caminitos de tierra y chapa del barrio donde vive su madre. La cortina vieja que ve desde lejos. El gesto de abrir esa puerta. Su mamá sentada tomando mate, ella que se pone a llorar, sin decir nada, que apoya la cabeza sobre la falda de esa mujer, que la oye decir ya sé, mientras le acaricia el pelo, la voz diciendo lo que pensó que nunca más iba a necesitar oír. Acá siempre vas a tener un lugar. Una dulzura que la destroza.

63

Lo ve caer a Maciel y hubiera querido agarrarlo él. No hubiera sido tan civilizado. Es tan estúpido que debe creer que el problema son las denuncias.

Oye la noticia del Laucha y Frasquito un rato después. Tendría que irse. Buscar un lugar donde Tapia no lo encuentre. Una reacción vieja. A destiempo. De qué le sirve ponerse a salvo.

Quizás tenía razón el Laucha. Tendría que haberlo buscado a Lanbro directamente. Ahora todas esas ratas se van a comer entre ellas. Y van a estar alertas.

Todavía no sabe si Tapia qué. Y de qué serviría Tapia si atrás de él debe haber otro. Y otro. Y otro.

Tiene que pensar. Y en este agujero no puede. Tiene que pensar si al Laucha lo apretaron, si dijo dónde estaba.

No es pensar esto. Es dejar que el tiempo haga. Si el Laucha habló ya deben estar por llegar. Pero no. Ya hubieran llegado. Y el Laucha no habla.

Piensa en esa mujer a la que deben haber llamado temprano para decirle que su hermano y su hijo aparecieron muertos en un descampado. Piensa que debería ir a verla. Hacerle llegar plata. Algo.

La casa debe estar vigilada. Todo debe estar vigilado. Tendría que quedarse quieto. Buscar otro lugar y quedarse quieto.

Pero para qué.

Más tarde, la radio va a decir que el Comisario General Francisco Lanbro será reemplazado por el Comisario General Manuel Etchévez quien asumirá como nuevo jefe de la Policía de la Provincia. Se especula que el cambio de autoridades implicará una reorganización

interna, con nuevos responsables que se irán dando a conocer con el paso de los días.

Durruti se asoma al ventanuco. Mira la ruta. Lanbro usó bien sus últimas horas de jefe. Pero ahora va a tener que correr.

64

Maciel que no ha podido sacar nada de su casa, su mujer gritando desde la puerta. Los insultos, un golpe que él logró esquivar. La agarró de las muñecas pero ella estaba incontrolable. El gesto último, feroz, de alguien que tiene las manos sujetas. Escupir. Un gesto insoportable.

Marcar una y otra vez el número de Tapia. La pantalla del celular iluminándose todo el tiempo con números desconocidos. El teléfono vibrando.

Buscar un hotel de medio pelo. Donde nadie le diga ministro, donde nadie pueda asociar esa cara con todo lo que está pasando. Registrarse. Quedarse mirando la calle desde una ventana. Tratar de hacer una isla en esa bruma para poder pensar. Pensar qué hacer. Pensar qué hubiera hecho Lanbro. Cómo lo hubiera sacado de este lío si todavía fuera jefe.

Frigobar, la sensación de no hacer pie, empezar a pensar que quizás ya es demasiado tarde. Levantarse de la cama donde ha estado tirado. Mirar los horarios de los vuelos y ver que ya no hay nada hasta mañana. La certeza que empieza a correr por los huesos. Una especie de alarma. Quizás exagere pero.

Salir a la calle, caminar hasta la terminal, ir viendo los destinos que se ofrecen, detenerse en una de esas ventanillas, sacar un boleto para un colectivo que cruza a otra provincia. Bajar en un pueblo que es parada intermedia. Un pueblo que sobrevive en torno a colectivos que hacen ahí la pausa de la cena. Quedarse en el baño mientras su colectivo se va. Salir y ver el bar poblado de pasajeros que van y vienen, que tienen el gesto torcido de quien acaba de despertarse. La mesa cerca de la barra ocupada por un grupo de choferes que se ríen, hacen bromas, conversan a los gritos.

Esperar a que amanezca para comprar a último momento un boleto que lo lleve a una ciudad del litoral. Otra vez un pueblo de cruce. Una red de colectivos que vienen de distintos lados y hacen ahí

una parada de media hora. Otro boleto. Otro cambio.

Ir armando un pequeño encastre de trasbordos hasta cruzar la frontera en un punto donde no hay controles. Después, un derrotero hasta llegar a Asunción. Casi sin dinero, con la ropa arrugada y la barba empezando a ensuciarle la cara. Así llega a un lugar demasiado lujoso para su traza. Da el nombre en recepción y un rato después está sentado en un despacho.

–Vos me debés.

–Pero no te podés aparecer así, de la nada.

–Me debés.

–Dejame que me organice. ¿Te querés guardar acá?

–No, no, quiero que me saques. Pero que no quede registro en migración.

–¿Adónde querés ir?

–Me da igual mientras sea rápido.

–Rápido no va a ser. Tenés que esperar que se enfríe un poco.

–¿A vos te parece que puedo esperar?

–Haceme caso. Yo te busco un lugar y te guardás ahí hasta que la cosa deje de estar en los diarios. Después te saco. No tenés el celular encima, ¿no?

–No, lo dejé allá.

El hombre de traje abre un cajón del escritorio y saca un teléfono. Los dedos se mueven por la pantalla.

–Ahí te cargué un número. Ramón. Trabaja conmigo. Ahora él te va a llevar a una finca. Cualquier cosa que necesites, se la pedís a él. No me llames. Van a estar mirando. No llames a nadie, ¿entendés? ¿Tenés hambre?

–Sí.

–Ahora te pido algo.

Come un sándwich a las apuradas mientras ve al hombre de traje darle instrucciones a alguien que acaba de llegar. Por un segundo, el miedo. Pero no. No. La puerta se abre, la voz conocida dice Acá Ramón te va a llevar y te va ayudar a que te instales. El chico de jean se asoma a la oficina y sonríe.

Una hora después Maciel va a descubrir que el camino a la finca es cada vez más desolado. Doblan a la izquierda. A cien metros, una camioneta estacionada. Un parpadeo en las luces.

–Vamos a cambiar de vehículo. Por seguridad.

Ramón para a la vera del camino, hay un brevísimo saludo. Maciel baja. Cuando está acercándose a la camioneta, la bala entra limpia por la espalda, atraviesa el pecho y sale.

Colgando de las manos y de los pies, muerto y lleno de tierra, pequeño vaivén de desgracia, el cuerpo de Maciel queda escondido a veinte pasos del camino. Escondido y fugaz, antes de que lleguen la humedad y los animales para convertirlo en otra cosa.

De la oficina en Asunción sale un mail cuyo asunto es sobre el presupuesto. Tapia lee. Tengo el agrado de comunicarle que las reformulaciones hechas al presupuesto presentado en el día de la fecha han sido aceptadas.

Nunca tendrían que haber puesto a Maciel ahí. No se puede confiar en alguien tan predecible. Asunción. Como si no fuera el primer lugar adonde iban a ir a buscarlo.

Un rato después se conoce la noticia de que el ex ministro Maciel, envuelto en una serie de escándalos de corrupción, se encuentra en condición de prófugo y que ya se están haciendo las gestiones para pedir su captura a nivel internacional.

65

Debería ser lento. Darle tiempo a esa flor para que se ponga turbia y se ponga negra. Cortarlo en pedazos, colgarlo boca abajo, dejarlo que gotee.

No puede. Tapia ya debe haber dado la orden, ya debe haber elegido quién, ya deben estar buscándolo. Ya están más allá de todo acuerdo, se ha vuelto anti económico, ya sabe. Lo ha visto mil veces. Ha estado él en el lugar del verdugo mil veces.

Tapia te llama, te marca uno, te da un límite de tiempo. No explica por qué, no responde preguntas. Nada. Llama a los que le deben y da la orden. Él ha sido el mejor. Todos estos años. El más efectivo, el más silencioso, el más prolijo. Pagar la deuda por lo del Nene.

La primera vez tardó en entender. Tapia tuvo que subrayar. Durruti era joven, era tonto, era lerdo. ¿Me está pidiendo que lo mate? Tapia hizo un gesto corto y violento. Algo que claramente decía que esa palabra estaba prohibida.

–Te estoy pidiendo que me hagas un favor.

–Pero.

–Tenés a tu hermanito en casa, ¿no? Y estás vos. Lo podés cuidar vos.

Aquella vez Durruti pensó que quizás era justo. Que él no preguntó quién era el porteño y por qué le habían endosado la muerte del Chileno. Que aceptó callado. Salir de la cárcel, recuperar al Nene.

Después las cosas se fueron sumando. La segunda, la tercera vez. Empezar a pensar cuándo iba a terminar de pagar.

Y una noche en la que preguntó, el tono de Tapia cambió y quedó claro que no se trataba de pagar el pasado. Era otra cosa: pagar en cuotas el presente. Lo que tenía ahora. Lo que podía perder.

Alguna vez pensó que lo llamaban porque era efectivo. Que si fuera desprolijo preferirían llamar a otro. Pero no quiso correr el riesgo. Hacer cuentas e imaginar qué pasaría. Siguió recibiendo órdenes. Obedeció.

Hubo un momento en que entendió que había muchos como él. Que Tapia se ocupaba de limpiar gente para después tenerla bajo su mando. Que quién sabe cuántos tipos estaban en la cárcel por culpa de esos enroques. En la cárcel o muertos apenas entrar, como el porteño. Entendió que de ahí no se sale. O que se sale volviendo al punto de partida. Pero peor. Marcado por haberse rebelado ante alguien como Tapia.

Está bien. Pagó lo que tenía.

Ahora ya no pueden quitarle nada.

Tapia debe estar dando la orden. Esa falta de tiempo le molesta. Para Lanbro necesitaría espacio. Hacer las cosas lo más lento posible. Se agota en los cálculos. Primero Lanbro, después Tapia. Pero sabe que no. Llegar a Tapia ahora es imposible. Debe tener un ejército alrededor. Cálculo de posibilidades, de trayectoria, de oportunidad.

Abre un paquete que saca de un cajón. La mano demasiado grande para ese celular mínimo. Carcaza, batería, chip. Un número que sabe de memoria.

–Soy yo.

–Te está buscando todo el mundo.

–Ya sé.

–¿Qué vas a hacer?

–Necesito un pasaporte.

–Van a estar todos los pasos vigilados, ¿eh?

–Vos hacemeló.

–¿Adónde vas?

–¿Para qué me preguntás? ¿Para soltarlo cuando te aprieten?

–Sabés que no hago eso.

–No conocés a esta gente.

–Debe ser pesada porque están todos, absolutamente todos, buscandoté. ¿Adónde?

–No importa.

–Es para arreglarte papeles allá. ¿Bolivia? ¿Paraguay?

–Mejor que no sepas. ¿Qué es lo más rápido que podés hacer?

–Algo así nomás, tengo ya.

–No, no. Bien hecho.

–Con toda la furia, esta noche.

–Perfecto. Preparame una tarjeta también. Limpia. ¿Te acordás del bar que era de Carlucci? Dejaseló a la mujer que está en la barra. En un paquete cerrado. Va a pasar alguien a buscarlo.

–Listo.

–Te voy a dejar la plata con ella. Dejá pasar unos días.

Durruti se da vuelta, el chirrido de un zapato contra el piso. Lanbro, precintado y con un trapo en la boca, acaba de arrastrarse unos centímetros. Los ojos desbordados, el pánico de entender dónde está, quién lo trajo hasta acá, qué es lo que va a pasar ahora.

–Te dejo. Tengo que arreglar un tema urgente.

Desarmar otra vez la carcasa, sacar el chip, partirlo en dos. Mirar

a Lanbro que se retuerce en el piso. Pensar que hubiera querido tener más tiempo. Poder hacerlo despacio. Cortarlo en pedazos, ponerlo boca abajo, dejarlo que gotee.

66

En el televisor del bar, un hombre trajeado con cara de ausente. Crecen los rumores de una posible intervención en la provincia a raíz de la ola de inseguridad que azota nuestra ciudad. Una voz gastada, monótona, igual a sí misma desde hace décadas.

Algunos de los que están encorvados sobre los platos levantan la cabeza.

Desde Casa de Gobierno aún no se han hecho anuncios, se espera una confirmación pública del Gobierno Nacional.

Durruti se acerca a la barra. Esa mujer, con una rejilla en la mano. No sonríe. Pero es como si lo hubiera hecho. Las manos con manchas en la piel. La espalda un poco vencida. El pelo corto. Blanco.

Podrían hablar horas. Hace años que no se ven. Veinte quizás.

–Tengo guiso. ¿Querés comer adentro?

Durruti asiente.

Detrás de la barra se abre una puerta. En la cocina un chico flaco lava los platos.

–Mi nieto.

El chico lo mira un segundo y vuelve a sus cosas.

Otra puerta y salen a un patio con dos gatos que duermen sobre un macetero seco.

Una puerta más. Un comedor, otra cocina, un pasillo que se mete en el centro de la casa.

–¿El sobre que dejaron es para vos?

–Sí.

–¿Puedo ayudar?

–Necesito una computadora. Internet.

–En la pieza de mi nieto. Te voy a calentar el guiso y te lo traigo.

Se queda detenido en esa casa que sólo ha visto de afuera. El olor de esa casa que alguna vez fue el olor de la suya. Una pausa. Un minuto en que no hay camino posible.

La puerta vuelve a abrirse y la cara de Marucha se asoma:

–Dice mi nieto que la contraseña es Matador.

Sonríen. Algo muy breve, un refucilo.

–Acá te dejo el sobre. Ya te traigo la comida.

Durruti saca el pasaporte. Lo pone frente a los ojos. Lo acerca, lo aleja, lo inclina un poco. Está perfecto. Su nombre nuevo. Fecha de nacimiento. Perfecto.

Portales de vuelo. El primer destino que imaginó está completo. Tendría que esperar una semana. La segunda posibilidad serían cuatro días de espera. Está seguro de que Tapia va a ordenar control de fronteras en los pasos débiles. Que no se va a imaginar que va a tratar de salir en un vuelo. Que debe creer que se va a ir a enterrar a un pueblito del norte para cruzar de noche.

Pero hay un margen de riesgo. Hace unos años esperaron a uno que desembarcó en Asunción. Apenas salió del aeropuerto lo levantaron. Ni Paraguay, ni Bolivia, ni Chile ni Uruguay. Demasiado cerca.

La publicidad hace sus trucos y una ventana se abre a la izquierda de la pantalla. ¡Descubre París! Letras rojas sobre un fondo azul. Quizás.

Un click. El calendario que se despliega. Podría salir al día siguiente. Escala en Santiago de Chile. Sólo eso lo hace dudar. Pero quizás sea mejor. Que si lo rastrean nunca sepan si llegó a destino o se

bajó antes.

Carga los datos de la tarjeta, da aceptar, escucha ruido de cubiertos, los pasos de Marucha poniendo la mesa.

Da la orden de imprimir y espera que el papel salga. Lo dobla, lo guarda en el mismo sobre en el que ha metido el pasaporte y la tarjeta. Bolsillo interno de la campera. Borra el historial.

Cuando entra al comedor ella está sentada en la mesa. Un plato del que sale vapor, un vaso de vino.

–¿No tenés que atender?

–Se queda el chico, no te preocupes. Sacate la campera para comer.

Él duda.

–Acá estás seguro, sacate la campera, comé bien.

Durruti cuerpea los hombros sin levantarse de la silla.

–¿Estás metido en el lío este? ¿Lo de la tele?

–No preguntes.

–Te quiero ayudar.

–Me estás ayudando.

–¿Qué vas a hacer?

–No preguntés, te dije. ¿Vos estás bien?

–Sí.

–Por un tiempo no te voy a poder mandar plata.

–Yo nunca te pedí nada.

–Ya sé.

–No me entiendas mal. Si no fuera por vos no tendría el bar, ni la

casa, ni podría tener a mi nieto conmigo. Eso lo sé. Pero hubiera querido otra cosa.

–No se podía otra cosa.

–Nunca más pude verlo al Nene.

–Tenía que ser así. Verte a vos...

–Ya sé, ya sé.

–Teníamos que empezar de nuevo.

–¿Qué vas a hacer?

–Me tengo que ir.

–Dónde.

–Mejor que no sepas.

–¿Esta noche?

–Mañana.

–¿Querés quedarte acá? No entra nadie en esta parte. Mi nieto y yo, nomás. ¿Te buscan mañana?

–No.

–¿Querés que llame a alguien? Tengo gente de confianza.

–Ya no hay nadie de confianza.

–Te llevo yo.

Durruti sonríe.

–No puede saber nadie que me quedo ni que me voy ni la hora ni el lugar al que me llevás.

–Listo.

–A tu nieto, nada.

–No te preocupes.

–Es en serio, Marucha. Es muy pesado. Si saben que me ayudaste la vas a pasar mal y yo no te voy a poder proteger.

–Nadie va a saber nada. Ahora te cambio las sábanas y te busco una toalla así te bañas. Te dejo mi pieza. Dormí. Descansá.

67

El televisor dibuja sombras en la pared. Un décimo piso. Un departamento que mira al río. Los principales títulos de la medianoche: La copa intercontinental ha pospuesto su fecha de inicio y se evalúa un nuevo calendario. La creciente ola de inseguridad que vive nuestra ciudad suma hoy un nombre impensado. Hace minutos fue encontrado sin vida el ex jefe de la Policía de la Provincia. Habría muerto a consecuencia de un disparo. El comisario Lanbro habría intentado resistirse a un asalto a mano armada ocurrido en su domicilio. Fue encontrado cuando un grupo de efectivos se presentó en su domicilio respondiendo a un llamado de los vecinos alertando sobre disparos.

Brandán ni siquiera se da cuenta de que ha dejado la canilla de la cocina abierta. Se seca las manos en la camisa, abre la computadora para ver los portales de noticias, todo lo que puede pensar ahora es puro acto, pura velocidad. Este círculo de muertos.

Va de un portal a otro.

Hay un mail de Lila. Lo abre como buscando un trago de aire. Todo es derrumbe después. Un párrafo lo deja estaqueado.

No lo vas a creer, papá. Ayer vino un cliente a la panadería y ahí nomás nos dimos cuenta de que era extranjero. Charlando, resulta que también era argentino. Así que me puse a conversar con él. ¡Es primo de un compañero tuyo de trabajo! Brulotti, me dijo. Lo anoté para no olvidarme. Me dijo que el primo siempre le hablaba de vos, que te quiere mucho. Bueno, te imaginarás lo contenta que estoy. Él vive en una ciudad que está bastante cerca y se ofreció a ayudarme en lo que sea. Como él ya está super instalado acá, me dijo que si necesito algo lo llame.

Irse. Irse ahora. Quizás es el momento justo. ¿Quién va a reparar en su nombre en medio de una avalancha de bajas, pases y retiros?

Entra en una página, carga su destino, mira con espanto el precio desproporcionado de un vuelo que sale al otro día. Duda un segundo pero sabe que no hay dinero que pague lo que puede pasar.

Si supiera quién. Por qué. Si supiera que lo de Ayala fue por otra cosa. Si pudiera olvidarse de esa mano trunca.

Pero ahora ni siquiera sabe quién manda. Qué pasa. Cómo van a reorganizarse las fuerzas.

Compra el pasaje. Mañana verá cómo decirle a Lila que lo espere. Cómo explicarle, cómo disfrazar las cosas. Que no pueden quedarse en la ciudad donde ella se ha instalado. Que quizás tengan que buscar algo más chico, más lejos. Cómo saber hasta dónde escapar sin saber qué es lo que nos persigue.

No quiere asustarla. Quizás sea mejor no avisarle. Llegar de sorpresa. Quizás. Para darse un respiro, para frenar un poco la cabeza, se dice que puede decidirlo en Chile. Durante la escala. En ese tiempo muerto.

68

Llegan casi al mismo tiempo. Brandán baja de un taxi en la primera puerta. Marucha estaciona unos metros más adelante. Este es el tramo que falta. Quizás el más riesgoso. Para ambos. La amenaza de que estén esperándolos.

Brandán ha pensado qué decir si se encuentra con alguien. Es todo plausible. Una emergencia, un viaje de apuro, su hija en el extranjero. Durruti sabe que si lo encuentran nada de lo que diga puede ponerlo a salvo.

Se acercan a la zona de embarque. La gente está haciendo fila. De los altoparlantes sale una voz mecánica. Las palabras se pierden pero todos llegan a oír la partida del vuelo con destino a Santiago de Chile se encuentra demorada. Muchos hacen gestos de fastidio sin abandonar la fila. Otros arrastran su valija para sentarse cerca de los ventanales que dan a la pista. Durruti reacciona enseguida. Brandán vacila, mira alrededor, empieza a sentir el miedo. Y entre toda la gente que hay ahí, la mirada se le queda en ese hombre que está recorriendo el hall con la vista. Y en ese ir barriendo, los ojos se encuentran. Lo suficiente para que cada uno haya visto en el otro algo que lo inquieta.

Durruti ya está caminando, alejándose de la puerta donde la gente protesta. Brandán da unos pasos y se mete al baño. Quizás esperar ahí sea lo más seguro. Traba la puerta del cubículo, se sienta, apoya la cabeza en su valija.

Van a pasar quince minutos antes de que la voz de un hombre pregunte del otro lado:

–¿Se siente bien, señor?

–Sí, sí, ya salgo.

Ha estado un poco ausente. En una bruma. Ahora le llegan los

ruidos de afuera, la misma voz.

–Se te instalan dos y tenés la mitad de los baños ocupados. Para eso están las sillas en embarque.

Muy apagado, atrás, los altoparlantes:

Anuncia partida, Santiago de Chile.

Brandán abre la puerta y al mismo tiempo ese hombre de la sala de embarque sale de otro cubículo. Un frío espantoso en la columna. Otro cruce de miradas. El miedo se vuelve insoportable cuando lo ve sumarse a la fila de gente que está terminando de embarcar.

El avión carretea y despega. Brandán no deja de mirar la nuca de Durruti. El miedo es diablo y empieza a trabajar. De ese trajinar brota una fantasía: si consigue subirse al vuelo de Air France va a estar a salvo. Ahora tiene que pensar qué hacer al llegar a Chile. Identificar enseguida el lugar más seguro del aeropuerto y esperar.

Durruti sabe que, cinco filas atrás, a su derecha, viaja ese tipo. No le gusta. Cómo lo miró. Si lo mandó Tapia eligió uno que está verde. Se le nota el miedo. Pero sabe que a veces es así. Que están verdes, muertos de miedo y dispuestos a hacer cualquier cosa para salvarse.

No hay forma de que hayan rastreado tan rápido el pasaje. Tendrían que haber encontrado al copista, a Marucha, a su nieto. En menos de 24 horas eso es imposible. Salvo que lo hayan estado siguiendo y él no se haya dado cuenta. Pero no. Lo hubieran boleteado en territorio propio. Se hubieran metido anoche en la casa de Marucha. ¿Para qué esperar?

En algún momento, sobre la cordillera, los dos se preguntan si no será mejor bajarse en Chile, descartar el destino final para despistar. Brandán se dice que no. Que así dejaría a Lila desprotegida.

Durruti calcula que si tiene que sacarse a alguien de encima, mejor Chile. Limpiar eso y después seguir. Pero quizás en Santiago éste tenga apoyo. Y él está desarmado. Si ya tienen el nombre nuevo tendría que hacer otros papeles y eso demora todo. Lo más seguro es atrincherarse en el aeropuerto. Aunque Tapia toque a alguien en Francia siempre es más difícil. Justo tener a alguien ahí, alguien que le deba, alguien a quien pueda apretar. Si llega a París, baja hasta Marsella. Ahí se puede perder. Quizás cruzar a Argelia. Hacer tiempo. Dejar que se calme. Ahora debe tener a todos buscándolo. Pero se va a cansar. Y cuando se canse, él va a volver.

El avión carretea, toca el piso con un leve rebote. La voz del capitán repite algo en distintos idiomas. Ninguno de ellos comprensible. La gente se pone de pie. Brandán espera sin moverse. Que ese tipo se pare y salga. Pero enseguida piensa que es peor si quedan solos. Agarra su valija y se suma a la gente que se aprieta en los pasillos del avión.

Al bajar, una mujer repite:

–Pasajeros con conexión a París, por aquí.

Brandán y el espanto de confirmar que ese tipo también va a Francia. Una parte de su cabeza diciéndole sin parar que es una casualidad, que no es nadie, que en qué se basa para creer que lo sigue a él, que seguro que hay otros pasajeros del vuelo a Chile que hacen conexión a Francia, que la única diferencia es que no se ha fijado en ellos. Que para deshacer el miedo, lo mejor que puede hacer es enfrentarlo.

Se sienta en la cafetería que está cerca de la puerta de donde sale el vuelo. Ve que ese tipo también busca una mesa. Se miran. Y en ese cruce Durruti cree ver algo. El otro no lo está persiguiendo. Lo mejor para saber si alguien está huyendo es perseguirlo. La mano del tipo tiembla cuando levanta el pocillo de café.

El resto del viaje va a ser así. Sin sacarle los ojos de encima y el otro sin dejar de temblar. Como sea, es buena estrategia. Si es un pichi con la orden de matarlo, meterle miedo es volverlo frágil. Si sólo es uno que está escapando, mejor que corra y lo agarren lejos suyo. No

vaya a ser que los que buscan a ese sean los mismos que lo buscan a él.

Una noche en vela pensando cómo hacer para llegar a la ciudad donde vive Lila, cómo hacer para sacarla de ahí enseguida, adónde ir, cómo protegerla.

Aterrizaje, migraciones. Las preguntas sobre el motivo del viaje. En francés primero, en un inglés agudo después. Todo el tiempo sintiendo encima la mirada de ese tipo. Han quedado en casillas contiguas y lo escucha decir Turismo.

Brandán se queda parado al lado de un gendarme, mirando un panel con las conexiones del metro. Necesita llegar a la estación de trenes que van al norte. A unos pasos, Durruti espera. Hace un paneo tratando de ver si alguien lo sigue. No ve a nadie.

Brandán camina siguiendo las instrucciones del panel. No puede evitarlo: se da vuelta para ver qué hace el otro. Un relámpago de miedo. Lo está mirando. Pero no se mueve. Quizás se ha imaginado todo. Un delirio. Algo se afloja. El terror se vuelve líquido, baja a los pies, va cayendo a medida que camina. Brandán que sólo piensa en llegar a casa de Lila, ponerla a salvo. Que cuando no se presente y pasen los días lo van a dar de baja por abandono de servicio. Que se va a perder, buscar una ciudad nueva. Otro país. Que va a poder limpiarse lo horrible de este último tiempo. Balazos en los ojos, un dedo cortado, Ayala. Que el tipo del avión no tenía nada que ver con eso. Que fue puro miedo desbocado.

69

Silvina se sienta en el sillón cerca de la ventana, prende un cigarrillo, la pantalla le ilumina la cara de azul.

El teléfono suena en la casa vacía, Saravia siente una descarga, corre, se golpea contra una mesa ratona, corre, cuenta las veces que ha estado sonando, corre.

–Soy yo. ¿Cómo estás?

No sabe contestar a esa pregunta.

–Tenemos que hablar –dice ella.

Una frase repleta de todo lo posible: lo deseado, lo temido.

–Nos veamos –dice él.

Está a punto de llorar pero no quiere. No quiere. Se aprieta la pierna con una mano. Ella oye ese silencio, lo siente en la nuca, calibra su peso, la presión, la fuerza. Dice:

–Te extraño.

Él llora. Ella escucha. La respiración entrecortada de ese cuerpo amado, la boca en una posición que incluso podría dibujar.

–Contame algo. Cualquier cosa.

–Te había comprado un tocadiscos.

–¿Para mí?

–Sí. Estaba en el auto.

–¿Lo compraste ese día?

–Cuando te vi en el centro.

Y ya siente la espina, la oscuridad, todo lo que podría arruinar ese inicio de acercamiento.

Ella también oye algo, la punta de un filo. No sabe qué es pero no está dispuesta a dejarlo crecer:

–Podemos ir juntos a comprar otro.

Algo se desarma. Algo que promete aire. Es mejor no ponerle un nombre. Ser cautos.

Hablan un rato más.

Acuerdan dónde, cuándo.

Saravia llega primero. Busca una mesa cerca de la ventana. Quiere algo fuerte. Un whisky. Algo que lo queme y lo encienda. En ese orden.

Pero es temprano. Y está ese veneno que se suelta sin aviso. Trata de darle un nombre, ubicarlo, contenerlo. Se dice que no está bien, que no corresponde, que no tiene que ver con lo que quiere.

Y siente ese ruido, un silbido de fondo, el rencor, los anónimos en el parabrisas de la cupé. Basta pensar en eso y llega una nueva descarga.

El tipo ese, la mano de ella en su espalda. El vestido verde.

Tendría que haberle preguntado.

Pero si ella hubiera dicho que sí, que el tipo ese, que ella.

O peor. Si hubiera dicho que no pero él hubiera dudado.

No importa. Ahora no importa. Silvina está por llegar y si intuye ese veneno no va a querer volver. Y él quiere que vuelva. Incluso ha pensado decirle que si ella quiere estar con el tipo ese, que esté. Pero que vuelva. Que si ella vuelve, él entiende. Él podría.

Sabe que no es cierto. Pero quisiera poder.

Cuando ella llega, él se avergüenza de ese rencor. De esas sospechas. Pero de a ratos siente que es lo único que le queda. Un escudo. Perderse ahí, que nada lo afecte. Que cuando ella despliegue lo que esconde la frase tenemos que hablar, él va a estar protegido. Que el veneno busca palabras y dice yo ya sabía, yo siempre supe. Y quizás eso lo salve del espanto si ella dice que no va a volver.

70

Acostado. Un cigarrillo. La cortina sobre la ventana. Se incorpora y espía los ruidos del barrio. Pasos que no deberían sonar ahí. Un acordeón que viene desde el patio de los Funes.

La botella en el piso. El envase demasiado liviano. La falta de peso que acusa vacío.

Pichón se incorpora. Se sienta en la cama, se agacha, el dedo en el talón de la zapatilla. El cuerpo elástico pero aturdido. Todo lo que parecía estar al alcance de la mano se escapó.

Se había equivocado, sí. Pero no era para echarlo. Si él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Ese había sido su error. No medir. No medir su agradecimiento, su devoción.

Qué iba a saber.

Había vuelto a lo de Sosa. El día después de que el Nene le cerrara la puerta. Y el viejo lo había echado. Como si nunca hubieran trabajado juntos.

Pichón se enojó. Qué se creía. ¿Que él mandaba? Lo cuerpeó un poco, para que viera. Y el viejo hizo un movimiento con la mano, la llevó detrás de la espalda y la trajo al lado del cuerpo con un chumbo. No lo apuntó. Pero Pichón vio el brillo. El moverse manso del otro, como avisando. Y aunque lo vio, y entendió, igual volvió a tirar el hombro adelante para cuerpear al viejo. Esa era otra de las cosas que no tendría que haber hecho.

Porque Sosa, todo tranquilo, levantó el chumbo y se lo apoyó en la cara. Sin hundir el caño, sin apretar, sólo esa boca fría cerca de la barbilla.

–Te vas a ir. Calladito. Acá no tenés paraguas. En ningún lado tenés. El Nene te soltó. Y cuando te suelta uno así ya nadie te quiere. ¿Entendés? Ahora sos el apestado. No venís acá ni vas a ningún lado de los que ibas antes. Hacete una vida nueva. Esta te la gastaste.

El cañón empujó como si fuera un dedo delicadísimo hasta que Pichón retrocedió y Sosa cerró la puerta del negocio.

Esa fue la primera de las cosas que pasaron.

Se agacha un poco más para buscar la otra zapatilla. Se oye un ruido a metal pesado. La pistola que tenía sobre la cama, caída en el piso. El Nene siempre lo retaba por eso. Que no prestaba atención, que dejaba el arma en cualquier lado. Se te va a caer al suelo, se va a disparar y te va a sacar un ojo.

Pichón se sacude. Está cansado de pensar en el Nene. En cómo todo se desmoronó. Cuando fue al desarmadero. En los días que dejó pasar antes de ir a buscarlo. En que podría haber ido antes.

Sale de la pieza y va atravesando las callecitas hasta llegar a lo de doña Norma. La cortina de plástico, las moscas. Esa semipenumbra que hay siempre en la despensa.

Cuando la vista se acostumbra piensa en irse. Hay tres personas esperando y no quiere ver a nadie. No quiere hablar, no quiere que lo molesten. Conversaciones de barrio.

Doña Norma habla con una chica que está de espaldas.

–No sabía que habías vuelto.

–Estoy visitando a mi mamá, nomás.

–Hace unos días que estás.

La chica cabecea. Pichón ve que ella tampoco quiere hablar. La voz, el aplomo, la caída del cuerpo. Algo hace eco en la memoria pero no está seguro. Ha estado emborrachándose tantos días, no puede

distinguir bien qué piensa, qué imagina, qué es lo que realmente ve.

Doña Norma sigue tirando redes que parecen volver vacías.

–Porque te habías ido a vivir al centro vos, ¿no?

La chica asiente.

–Y tenés trabajo allá.

–Sí.

–Qué bien. ¿De qué?

La Negrita trata de controlar el impulso de romper, de gritar, de golpear. Se lo había dicho a su mamá: No me hagas ir a mí, por favor. Y la madre insistiendo, insistiendo, insistiendo. Quizás en la esperanza de que la hija vuelva a sentirse en casa. Que pierda ese aire de intemperie que trajo. Que vaya aceptando lo que ella sabe desde siempre. Hay dos lugares de los que nunca se sale del todo: la cárcel y este barrio.

Y la Negrita haciendo ese trayecto hasta la despensa sabiendo que la espera la trilladora por la que pasan todos los que han tratado de irse y han tenido que volver. Volver peor que antes. Probaron y perdieron. Los que nunca se han ido todavía tienen una esperanza. Una puerta abierta que quizás nunca crucen. Pero ahí está.

Y la Negrita sabiendo que, antes o después, va a pasar por eso. Entregándose a regañadientes. Quizás así vaya borrando lo que creía haber conseguido. La calma minúscula con Maciel. Ese departamento, ese cotidiano, ese pequeño, ínfimo, atisbo de protección. Todo eso. Perdido.

Doña Norma mira al chico que está parado cerca de la puerta. El que viene varias veces al día a buscar botellas. El que vive borracho, aturdido. Otro de los que parecen volver de la guerra. Se meten en el barrio como en una trinchera cavada en tierra donde los soldados fingen estar muertos. Donde ruegan estar muertos.

–¿No eran compañeros de escuela ustedes?

La Negrita gira y lo ve a Pichón, flaquito como cuando era chico. Y Pichón la mira, esos ojos negros, esos ojos de los juegos. Y se sonríen y cuando se sonríen reconocen en el otro el propio derrumbe. Y aunque la Negrita ya ha terminado, espera al lado de la puerta y cuando Pichón paga la cerveza salen caminando juntos y es enorme alivio que nadie hable, que ninguno de los dos necesite decir nada, oír nada.

Y la Negrita debería doblar justo aquí y entonces Pichón hace una pausa, como si fueran a despedirse, pero ella orienta el cuerpo hacia el pasillo donde vive él y entonces él retoma el paso y caminan juntos y él saca un banquito a la puerta y trae dos vasos de vidrio verde y destapa la botella y se sientan los dos en la puerta de la casilla y van tomando de a sorbos ese litro de cerveza sin decir palabra.

Ella se levanta, le da un beso en la frente y se va. Pichón quisiera que se quede. Ha sido casi perfecto ese rato. La cerveza, los cigarrillos, los dos ahí, sin preguntarse lo que todos preguntan, sin contarse lo que están obligados a contar.

Hubiera querido que se quede. Vuelve a pensarlo cuando la ve doblar por el pasillo que la lleva a lo de su mamá.

Y ahora se ha quedado solo. Obligado a entrar otra vez a la pieza. A la cama deshecha. A los recuerdos. A lo que no quiere pensar. Al día que fue al desarmadero a buscar al Nene. Para hablar. Para explicarle.

Y cuando estaba llegando escuchó tiros y se quedó en la esquina y hubo un patrullero que salió a toda velocidad y él se asomó y pensó que si ayudaba el Nene lo iba a perdonar y todo iba a volver a ser como antes y querría ser otra vez su padrino y él le iba a mostrar que había entendido, que iba a hacer las cosas mejor y entonces se asomó y vio en el piso tres policías y Durruti pegándole un tiro en la cabeza a uno que se arrastraba. Y él ya había visto mucho pero eso, un disparo en la cabeza, eso, el ruido y algo como de fruta partida, eso no lo había visto nunca. Y tuvo que doblarse contra el suelo porque ese

miedo se hizo náusea y arcada y se dobló y tuvo vergüenza y no quiso que el Nene lo viera así, vomitando como un flojo. Y se sacudió y quiso mirar otra vez tratando de no poner los ojos en eso, lo rojo, esa cosa horrible y lo que vio fue a Durruti arrastrando el cuerpo de su hermano menor, ese cuerpo, el cuerpo más hermoso que Pichón había visto en su vida, ese cuerpo precioso vacío de toda fuerza como si fuera un muñeco, el cuerpo del Nene arrastrado por su hermano para subirlo a la camioneta, el cuerpo con un pie torcido, doblado, el cuerpo que decía en su abandono soy el muerto más precioso del mundo, Durruti llorando y arrastrando. El Nene, muerto, subido a los empujones a una camioneta que su hermano saca del desarmadero.

No quiere pensar en eso.

71

La espera en uno de los pasillos, donde el barrio se amontona como si a las casillas las hubiera creado el viento. La chapa, la lona, un huracán que parece haber depositado eso ahí. Justo antes de que el barrio se abra como una boca para soltar casitas más aisladas, satélites sobre la frontera de los que pueden tener un poco de aire, no compartir la pared, quizás un jardincito, no sólo patio de tierra aplastada. Quién sabe dónde termina el barrio. Al final es todo lo mismo. Franjas adonde van a vivir los que están mejor. Huecos adonde caen los que están en la mala. Pero siempre es el barrio. Cambian los nombres pero es lo mismo.

La espera sabiendo que tiene que pasar por ahí.

Cuando la Negrita la ve, hay un sobresalto. Son muchos años. Rita sonríe, abre un poco los brazos. La chica da los pasos justos para que su tía la abrace.

Tendrían que hablar. Ya podrán después. La chica se afloja. Un agua que se escurre, piensa Rita. Ella sostiene. La chica llora.

Que no se preocupe, que las cosas van a mejorar. Que qué va a decir la madre, que hace cuánto que no se hablan. Que no se preocupe por la madre, que ella va a hablar con su hermana, que ahora lo importante es otra cosa, que ella pueda reponerse, hacerse fuerte. Que salió todo mal, que no sabe qué hacer, que tuvo que irse con lo puesto, que perdió todo. Que no, que no perdió nada, que esas cosas no eran suyas, que anduvo perdida pero ahora van a encontrar por dónde. La Negrita aprieta el abrazo. Que por favor la acompañe. Que sí, que no se preocupe.

Caminan las dos un tramo, allá, la casa de la madre. Rita que golpea las manos. Su hermana que se asoma. El desconcierto, la punta de la furia. Pero ahí está su hija. Toda rota. La cara marcada de lágrimas y tierra. Ya habrá tiempo después para decirle a Rita que no crea que por esto va a poder acercarse. Mucho menos ahora que la

chica está frágil. Que sepa que sólo es tregua. Desaparecerse todos esos años por una discusión. No se lo va a perdonar así nomás.

Cuando sea de noche y la Negrita duerma, las dos en la mesa, el mantel de hule, el mate frío. Todas esas cosas que no van a decirse. Ese infierno de ceniza ciega. Por ahí tendrían que caminar. Debería haber algo como un juicio. Las acusaciones, las excusas, los motivos, la evidencia de cada miseria puesta sobre la mesa. Gastarse la boca mordiendo cosas viejas. Están dispuestas. Un campo de batalla que es esa mesa, esa casa, el barrio, la ciudad, el mundo si hace falta. No renunciar a la herida, no hacerla cicatriz, no soltar los dientes ahora que se ha alcanzado la presa. El ataque se va armando, una tormenta que crece hacia arriba. Cuando la furia ya ha envenenado casi todo, las dos oyen un quejido que viene de la pieza. Se levantan en un gesto que parece un espejo. Se asoman al cuarto. Una cree que tiene más derecho. Es su hija. Suya. Pero ese derecho de propiedad se disuelve. Las dos asomadas al umbral de la puerta mirando a la chica que se queja dormida. Algo se deshace. Quizás las dos preferirían que permanezca. Que siga siendo fácil odiar a la otra. Tener en la boca todo lo necesario para el reproche.

Pero no se trata de lo que uno quiere. La chica se queja en sueños y lo demás desaparece. Dos mujeres que miran al cachorro, que han logrado traerlo a casa, que van a ponerlo a salvo.

Carmen apoya la mano en el brazo de su hermana. Sólo eso. Rita se inclina, los hombros se tocan. Ahora sólo queda el trabajo de reconstrucción.

72

El día en que ella vuelve a la casa.

Ese perfume.

Como si todo hubiera estado detenido y ahora recomenzara en un tiempo sin tiempo. Como si nunca hubiera pasado nada. La casa llena de algo que no puede nombrarse. El tono de voz que tiene una casa. Su ritmo, su modo de moverse.

Todo eso, recuperado.

Silvina llega con una bolsa de verduras. Como si la ausencia hubiera sido una salida a hacer las compras. Entra y apoya las cosas sobre la mesa. Saravia la ve desde el living. Se ha quedado sobrepasado de verla llegar como si fuera un día cualquiera.

Y aunque habían acordado eso, que ella iba a volver, él se queda inmóvil mirándola. Como si fuera un evento imposible de asimilar. Y cuando ve que ella no lo ha visto, se mueve rápido por el pasillo, se encierra en el baño, abre la ducha, se sienta al borde de la loza blanca y empieza a llorar.

Después, vapor y ollas y un repasador y un fuego prendido. Él se apoya en el marco de la puerta y la mira hacer. Los pies como piedras sobre el suelo, las piernas que apenas lo sostienen. Quizás recién ahora pueda calibrar el abismo al que se había asomado.

Vendrá la cena. La sobremesa. Los platos que lavar. Un cigarrillo que él empieza y ella termina. Una coreografía de cotidiano hasta que sea el momento de llegar a la cama. Como si ambos supieran que ahí, en la confianza de dormir al lado de otro, recién ahí, van a poder decir que ella ha vuelto, que están juntos.

Vendrá la mañana. El desayuno. Ella dejando las llaves de su auto sobre la mesa. Y él aceptando esa ofrenda.

73

Hoy ha visto a Saravia bajarse de un autito ridículo. Debe ser de la esposa. Ahora él podría decirle este auto no es para cualquiera.

Pelotudo. Él y su auto perfecto. Esos aires de coleccionista. Tendría que haberle pegado una trompada ese día. Por no reaccionar a tiempo juntó veneno. Quién mierda se creía. ¿El rey de las cupé? Tendría que haberlo golpeado.

Igual, lo de los anónimos había funcionado. Verlo entrar a la universidad desencajado, con esa cara de espanto.

La primera vez lo había hecho pensando que iba a ser la única. Pero lo vio tan trastornado que le agarró el gusto. A ver si se daba cuenta de que no era tan especial. Pelotudo. Lo vio bajar de peso, lo vio ojeroso, en la oficina dijeron que no daba pie con bola. Bien hecho.

Y después esa justicia rara que tiene el mundo. Cuando le robaron la cupé ya lo demás fue cuesta abajo. En sala de profesores dijeron que la mujer lo había dejado.

A Cepeda le gusta pensar que esto ha sido un dominó. Que su primer anónimo fue el detonante de una avalancha.

Estaba bien que perdiera todo ese pelotudo. Venir a decirle que no era nadie, tratarlo como si fuera un bruto. Este auto no es para cualquiera. Entonces no es para vos, Saravia. Vos sos el rey de los nadies.

Se había calmado un poco. La bronca, las ganas de hacerle daño. Se habían calmado. Pero se ve que no están tan dormidas porque algo se mueve y eso aflora. Quizás tendría que empezar de nuevo con los anónimos.

Por ahora se complace en verlo subir a ese autito ridículo. Un

juguetito color turquesa.

74

Pensar. Qué fue lo que arrasó con todo. Tratar de recuperarse. Haber visto ese cuerpo hermoso lleno de sangre y de tierra.

Necesita saber qué pasa. ¿Y a quién preguntarle por Durruti? Los Acosta, Sosa, el Laucha, Frasquito. Todos muertos.

Tiene que ver las noticias, como hacen las ovejas. Leer entre líneas.

Volver a la pieza. Tomar, tomar, tomar tirado en la cama. Empezar a entender qué es lo que ha quedado en el territorio de lo irrecuperable. Agitar la furia. Cultivarla. Ir alimentando eso.

Pensar. Tomar. Buscar el punto en que todo empezó a desarmarse.

Lo perdido.

El Nene muerto. Eso es lo irreversible.

Sabe que Durruti se va ocupar del que disparó. O ya se ocupó. No les va a alcanzar el mundo para escaparse de Durruti.

Pero él. Él. Lo que le quitaron a él. Lo que le tocaba vivir con el Nene.

Pensar. Tomar. Si no hubiera robado ese auto de mierda.

Pero él no lo fue a buscar. El tipo ese había estado dando vueltas, relojeando lo de Sosa. Se metió en su territorio.

Si no le hubieran dicho que cuidara el negocio. Si él no hubiera seguido a ese tipo para ver quién era, qué quería, por qué estaba rondando. Si no hubiera visto el auto al que se subía.

Tomar.

Pichón sale a los tumbos de la pieza. Patea la moto hasta que arranca. Va cruzando calles sin pensar. Árboles, semáforos, focos, esquina, gente, curva. Cuando se da cuenta dónde está piensa que quizás lo ha traído hasta acá una fuerza más grande que él. Quizás.

Se queda cerca de la puerta de la universidad. Espera. Horas. El sol se va poniendo flojo, el frío avanza. Pichón golpea los pies en el suelo para calentarse. Queda poca luz.

Casi al final del día ve a ese tipo cruzar una casilla y saludar al guardia levantando la mano. Unos minutos después sale manejando un auto turquesa.

Pichón se pone el casco, patea la moto, arranca, se deja caer sobre el asiento. Baja a la calle. Sigue esa mancha de color entre los autos.

75

En una casa de las afueras un hombre de uniforme arrincona un chico en la esquina de su pieza. La mano busca la cara, la mano abierta, la cara del chico aterrorizado. No quiere pegarle pero tiene que hacerlo. La madre le ha dicho que ha roto el tocadiscos que tenía prohibido tocar. La única cosa que le gustaba a ella en este barrio de mierda. Entonces le pega. Un golpe macizo. Sin darse cuenta ha cerrado el puño. El chico queda tirado en el piso y él dice nunca vuelvas a tocar las cosas de mamá. No entiende cómo, unos minutos después, su mujer está gritandole, abrazando al chico que parece un muñeco. Sos una bestia, grita. No sabe en qué momento la golpea. Después va al living, agarra el tocadiscos y lo tira contra la pared. Astillas de plástico, de metal leve. La carcaza ha caído cerca de la cocina, antes de salir la aplasta con el borcego. La mujer oye el portazo, el motor del auto que arranca y sale. Curar los golpes. Juntar los pedazos. Barrer. No hay más que hacer.

La Negrita come lo que le han servido. Su madre, su tía. Dos sombras que no dejan de dar vueltas a su alrededor. Un vaivén suave entre el agobio y la necesidad de que otros se ocupen de ella.

Una tregua. El acuerdo mudo de no hacer mención de aquello. Ahora lo urgente es la chica. Cuidarla. Tratar de que se arme un poco. Sostenerla.

Carmen que sigue atenta a que su hermana no salga con esas cosas, no le meta estupideces en la cabeza a la Negrita. Menos ahora que está vulnerable.

Rita que sabe que no es momento, después verán, ahora la vanidad de tener razón no vale nada.

Silvina va y viene del living a la cocina. El televisor larga su monólogo.

Voceros del gobierno nacional desestimaron hoy el rumor de que la provincia podría ser intervenida. En minutos, en estudios, conversaremos con dos constitucionalistas que explicarán las condiciones que requiere una intervención.

Saravia se sienta en la mesa. A pesar de que han acordado conversar un poco más, él sube el volumen.

La ola de inseguridad que azota nuestra ciudad es inédita en su historia. El índice de criminalidad ha crecido exponencialmente. Con una renovación completa de la cúpula policial y un nuevo ministro de seguridad, el gobernador toma medidas para contener la situación.

Aún se encuentra prófugo el antiguo responsable de la cartera de seguridad. Se baraja la hipótesis de que la muerte del ex jefe de policía en el transcurso de un asalto haya sido en realidad un ajuste de cuentas ordenado por el mismo Maciel. Se especula que el ex ministro habría comandado una asociación ilícita y que el ex jefe de policía lo habría descubierto. Hasta ahora sólo tenemos hipótesis. Lo que podemos confirmar es la orden de detención librada por Interpol en contra del ex ministro. Una auditoría externa será la encargada de evaluar los movimientos financieros del ministerio para corroborar o descartar un caso de corrupción de una magnitud nunca antes vista en nuestra provincia.

La puerta del patio hace un levísimo ruido a chapa cuando Pichón la fuerza. La voz del televisor lo envuelve. Se queda de pie, calculando las distancias. Cuando sabe los pasos que necesita para llegar, prepara el arma.

Con el tipo le hubiera bastado pero ella se cruza. Mal hecho. Saravia ve caer a Silvina y no llega a entender. Va a morirse sin entender. Una bala corta todo de cuajo.

Dos cuerpos. La sangre. La televisión que sigue escupiendo sus ruidos.

Pichón se sienta. Todo el cansancio del mundo. El tiempo se mide por cuánto se extiende la mancha en el piso. Un rato después, las luces azules van a repicar contra la pared. Los gritos, un golpe brusco en la puerta, él que levanta las manos, alguien que lo tira al piso, los brazos hacia atrás, la presión en las muñecas, el precinto cortándole la piel, botas, borcegos, gente en la calle, alguien que le empuja la cabeza hacia abajo para que entre en la parte de atrás de un patrullero.

76

El ojo hinchado sólo permite ver la mitad de las cosas. Pero da igual. Ahora no tiene que pensar en nada. En algún momento se van a cansar de golpearlo.

Vienen a buscarlo y lo llevan a un cuarto sin ventanas. Una silla. Oye afuera el trajín de una oficina.

Alguien ha hecho una llamada. Alguien habilita corredores, puertas, salas.

Cuando Tapia entra al edificio le basta con inclinar la cabeza para que le den paso.

El nuevo jefe pregunta quién es ese. Uno de los policías viejos se apura a hablar antes de que alguno diga una estupidez.

–El asesor legal del nuevo ministro.

–¿Y qué hace acá?

–Quieren hablar con el chico. Parece que estuvo metido con lo de Lanbro.

–¿El asesor sabe más que nosotros?

Uno se ríe. Una risa innecesaria que el más viejo corta con un gesto invisible.

–Lo manda el ministro, señor.

–¿Quién está de los nuestros?

–Pidió entrar solo.

–Pero esto es cualquier cosa. ¿Cómo que pidió entrar solo?

–No sé, señor, es orden del ministro. ¿Quiere que lo saque?

El momento de vacilación del que es nuevo. Ese territorio pantanoso. Dudar también es ser débil.

–No. Avisenmé cuando termine.

Si se hubiera quedado un minuto más habría oído decir este va a durar dos días.

Cuando Tapia entra en la sala Pichón lo mira tratando de ver si es uno de los que lo han estado golpeando. Y no. Este es nuevo.

–¿Por qué te quedaste?

Pichón mueve los hombros.

–Contestame. ¿Por qué te quedaste anoche?

–Yo qué sé.

Tapia saca una etiqueta de cigarrillos y la deja sobre la mesa.

–¿Qué pasó?

–Ya declaré.

–Conmigo tenés que hablar.

–Ya dije lo que tenía que decir. Ya está.

–De anoche. Pero lo otro no.

–Qué otro.

–Dale, no te hagás el boludo. ¿Vos sabés lo que les pasa a los que matan a un cana?

–¿Qué cana?

–¿Por qué lo mataste a Lanbro?

Pichón conoce el nombre. Mil veces lo escuchó cuando andaba cerca del Nene. Sin saber nunca si era rey o peón. Lanbro.

–No tengo nada que ver yo.

–Sí, claro.

–Anoche me quedé. No me fui. No me resistí.

–¿Por qué?

–Qué importa.

–Mataste al ex jefe de policía. ¿Vos te creés que eso tiene vuelta atrás?

–De lo de anoche me voy a hacer cargo. Con lo de Lanbro no tengo nada que ver.

–Se te va a poner espeso porque hay un montón de gente que cree que lo hiciste hablar. Y Lanbro estaba metido en todo. Y si creen que habló van a hacer fila para hacerte mierda. Los tuyos, los canas, los penitenciarios, los buches.

–No lo vi en mi vida a Lanbro, no tengo nada que ver.

–Ahí afuera se están haciendo una fiesta con vos. Una pila de muertos además de Lanbro.

Pichón piensa que da igual uno que muchos, que sólo quiere que lo dejen solo. Que lo metan dentro y lo dejen solo. Algo de eso dice en voz alta, no todo. Pero Tapia entiende.

–¡Qué solo! ¿Vos sabés lo que es la cárcel? Nunca en tu vida vas a volver a estar solo.

Pichón se quiebra. No quiere llorar pero no aguanta. Se va desarmando. Como un flojo. Delante de ese tipo. Tendría que haberlo pensado mejor. Tendría que haberse ido.

Tapia lo deja llorar. No va haber alivio ahí. Sólo más desesperación, miedo, pavor.

Esperar el tiempo que falta para que el chico entienda lo que le ha dicho. Que empiece a pensar qué es mejor. Que lo maten pronto -faca, filo, pasillo- o pasarse la vida en un pabellón de gente que se rifa su cuerpo.

Cuando Tapia ve que han llegado al punto exacto de quiebre, dice:

–Estuve viendo la prueba antes de entrar. Tienen para hacer dulce. No te das cuenta el quilombo en el que te metiste con lo de Lanbro.

–No le hice nada yo.

–Es que no importa. Eso es lo que no entendés. No importa. Afuera tienen todo para demostrar que fuiste vos. A mí me da pena. Sos muy chico. Todavía te podés enderezar. Pero a este quilombo no lo vamos a arreglar fácil.

Pichón levanta la vista. No puede decir qué pero hay algo ahí. Una puerta, una brecha, una grieta. La voz de Tapia que dice:

–Dejame ver qué puedo hacer. El panorama es feo. Pero no sé. Quizás. No llores. Yo te voy a ayudar.

Eugenia Almeida nació en Córdoba en 1972. En 2005 ganó el Premio Internacional de Novela "Dos Orillas" organizado por el Salón del Libro Iberoamericano de Gijón (España) por El colectivo (Edhasa, 2009), libro que fue publicado en Argentina, España, Grecia, Francia, Italia, Portugal, Austria e Islandia. Su novela La pieza del fondo (Edhasa 2010), publicada en esta misma colección y en Francia por Editions Métailié, fue seleccionada como finalista del Premio Rómulo Gallegos 2011. Además publicó el libro de poesía La boca de la tormenta (2015), la novela La tensión del umbral (Edhasa, 2017), galardonada con el premio Transfuge Prize as Best Hispanic Novel en 2016 y el libro de ensayos Inundación (2019). Como periodista ha trabajado en medios gráficos, radiales y televisivos. Ha publicado textos periodísticos y de ficción en revistas y diarios argentinos y europeos. Actualmente coordina talleres de lectura y clínicas individuales de escritura. Es licenciada en Comunicación social, egresada de la Universidad Nacional de Córdoba.